Una última
OPORTUNIDAD

RUTH M. LERGA

Una última noche en Almack's 2

Selecta

Una última oportunidad

SERIE

Una última noche en Almack's 2

Ruth M. Lerga

Selecta

A todas las que pedisteis que Kit tuviera su historia
Gracias

Capítulo 1

Londres, primeros de abril de 1853

En cuanto entró en el cuarto de juegos el pequeño Alexander, este corrió hacia ella para abrazarle las faldas. Feliz con el recibimiento, la dama se agachó a darle un beso en la regordeta mejilla.

—Buenos días, tesoro.

—Hola, tía Emma —la saludó el niño, contento.

—¿Has desayunado ya? ¿Sí? Es cierto, has crecido desde ayer, seguro que te has tomado un elefante entero.

Alexander rompió a reír.

—¡Los elefantes no se comen!

—¿No?, vaya, estoy muy mal informada. ¿Qué sabes tú de elefantes?

Orgulloso, la tomó de la mano y la llevó a la estantería de libros, a la altura de su corta estatura.

—Mira, tía Emma. —Cogió con cuidado el manual que su padre le había regalado sobre animales extraños y se lo tendió—. El libro que me regaló papá dice que viven en otros lugares, pero no en Inglaterra, solo en los zoos. Y que tienen las orejas enormes.

—¿En serio? Déjame ver —preguntó con exageración—. ¡Caramba, es cierto! Tienen las orejas tres veces más grandes que los de Asia. —Dudaba que supiera nada sobre continentes, pero colocó tres dedos frente al pequeño. Los números comenzaban a sonarle.

—Sí. —Y también él levantó la manita—. Tres, mira: uno, dos y tres. Yo haré

los mismos muy pronto.

En efecto, en mayo cumpliría los tres años. Hablaba muy claro para su edad aunque, por lo que sabía, el padre del niño a sus años apenas gritaba y balbucía. Supuso que había heredado la capacidad más temprana de la madre para el habla, Anna siempre fue una charlatana.

Apartó aquel pensamiento, no queriendo recordarla: cuando le venía a la mente su trágica historia, por fortuna cada vez con menor frecuencia, el pecho se le llenaba de tristeza. Se apartó unos rizos cobrizos que le caían sobre la mejilla —llevaba un moño flojo y se había puesto un vestido de mañana muy sencillo para visitar a sus vecinos— y le mostró su delicada oreja.

—¿Dirías que yo soy africana o asiática?

—¡Tía, que tú no eres un elefante, que eres una persona!

Rio Alexander con placer.

—Es cierto —se golpeó la frente con la palma de la mano, cual actriz de comedia—, ¿en qué estaría yo pensando?

—¡Pues en elefantes, claro!

Entonces fue ella quien soltó una carcajada. Adoraba a aquel niño al que acudía a ver casi a diario desde que naciera. Sabía que, cuando comenzara sus estudios con un tutor, en un año o dos como máximo, tendrían que cesar sus entradas en aquella casa: no eran familia y sus constantes visitas empezaban a ser pasto de murmuraciones después de lo ocurrido.

Lo ocurrido, qué eufemismo, se quejó para sí.

La madre del niño había perdido la vida hacía más de doce meses, pero las circunstancias de su muerte seguían siendo susurradas por las matronas cada vez que lord Christopher Saint-Jones, el viudo de Anna, aparecía en algún salón. Tanto como cotilleaban sobre ella desde el pasado noviembre, cuando su prometido no llegó al altar, pues la noche anterior a la boda había puesto rumbo a Escocia con la hija de lord Barrow.

Que una dama soltera de veintitrés años, rechazada en su cuarta temporada, habiendo participado también de las pequeñas temporadas, acudiera con tanta frecuencia a la mansión de un viudo que seguía llevando el brazalete del luto era uno de los temas preferidos de *la ton*.

Al menos él tenía la protección de tres de las mejores familias de Inglaterra. Cuando salía, lo hacía en compañía de sus padres, los duques, cuyo apoyo estaba siendo ejemplar, y de algún hijo de los marqueses de Cramwell o de los condes de Westin.

Ella, sin embargo, era la hija de un baronet de la campiña que se casó con una americana. Eran una familia muy rica, cierto, pero la elitista aristocracia

inglesa no los tenía en alta consideración y se lo habían hecho notar en cada temporada, masticando *lady* Emma casi con disgusto.

¿Y la culpaban de preferir un cuarto de infantes a Almack's?, un lugar que, por cierto, ni siquiera había pisado. Eran todos unos hipócritas o, como diría su madre, neoyorquina hasta la médula a pesar de llevar casi veinticinco años viviendo en Londres, una pandilla de vagos que no habían movido el trasero en su vida ni se habían manchado sus pulcras manos con nada que no fuera comida o alcohol.

El niño, sentado sobre la alfombra con su libro, llamó su atención con otro dibujo:

—Mira, esto es un cocodrilo.

—¡Hala!, parece muy fiero.

—Lo es —le sonrió, aprobando su comentario—: mira qué boca, ¡y qué dientes!

Se instaló a su lado, también en el suelo, y se dedicó a la complacencia de su compañía favorita.

***

Kit, lord Christopher Saint-Jones, escuchó risas en la habitación de juegos de su hijo y supo que Emma estaba allí. Solo con la vecina de la casa de al lado el niño se mostraba tan abierto. Cuando lady Emma Towsend, la que fuera la mejor amiga de su difunta esposa, llegaba cada mañana después del desayuno, Alexander se volvía charlatán, intrépido. No le sorprendía que la adorara, pues en lugar de tratarle como un adulto, como casi todo el personal hacía, la joven se transformaba en una niña, jugando con él a lo que fuera, compartiendo intereses y hablando en el mismo idioma, el de los niños, ese que casi todos los mayores habían olvidado ya. Era lo más parecido a una madre que tenía, de ahí que la llamara tía aunque no lo fuera.

A veces se preguntaba qué habría sido de su hijo si no hubiera estado ella.

Iba a acercarse cuando los vio salir a la carrera en dirección a las escaleras.

—¡Buenos días a los dos! ¿Dónde vais tan deprisa?

Cuando Alexander lo vio, se detuvo y lo saludó con solemnidad. Emma se paró tras él e hizo una pequeña reverencia.

—Padre.

—Milord.

Saludaron a un tiempo.

—Milady, Alexander —les devolvió el saludo—. ¿Y bien? —preguntó tras un pesado silencio—, ¿puedo saber hacia adónde os dirigíais?

—La tía Emma dice que cuando el Capitán Cook descubrió Australia comió carne de cocodrilo.

Kit los miró con creciente curiosidad. La dama le había aconsejado que comprara un libro de animales al niño y, como siempre, había acertado de lleno: llevaba toda la semana hablando de sus ilustraciones.

—¿Ibais a buscar uno en el Serpentine, acaso?

—Claro que no, papá —lo miró como si fuese lelo; solo se sentía seguro para corregirle cuando ella estaba cerca—, en Inglaterra no hay cocodrilos.

—Solo en el zoo —le recordó ella.

—Sí, claro, en el zoo están todos los animales. Cuando yo nací trajeron un hipopótamo.

—Tu hijo iba a preguntarle a la cocinera si ha preparado alguna vez una especialidad con cocodrilo.

Soltó una carcajada solo de pensar en el azoramiento de la vieja señora Duncan.

—No lo creo.

Demasiado tarde se percató de que, al responder, había fastidiado la excursión hasta las cocinas y la ilusión de su hijo por preguntárselo él mismo.

—Pero quizá sí haya cocinado elefantes —animó de nuevo el ambiente la joven—, ¿vamos?

Emma extendió la mano a Alexander, quien se la tomó y tiró de ella.

—De acuerdo, pero lo dudo. Ya te he dicho que los elefantes no se comen.

Los vio marcharse y suspiró. Sus padres, así como su hermano y su cuñada, le habían repetido hasta la saciedad que no podía ser el padre y la madre de su hijo, y que como única figura paterna no era malo que tuviera un comportamiento más serio. Alexander lo admiraba, era cierto, buscaba siempre su aprobación, pero hubiera preferido la adoración que le profesaba a la hija de sir Edward Towsend.

***

Tiempo después, ya relajado en la planta baja en uno de los sillones del comedor, pidió té y cogió el libro que había sobre la mesa, con ánimo de entretenerse un

rato. En la biblioteca había un montón de documentos legales que provenían del abogado que la familia tenía en América. Su hermano Alex y él manejaban las inversiones propiedad de su madre quien, a la muerte del único familiar de su primer esposo, había acabado por heredar un imperio.

En los últimos meses se había planteado mudarse a Nueva York para llevarlo todo desde allí: necesitaba un cambio de aires.

Estaba enfrascado en la lectura, una novela de aventuras sobre espadachines, cuando escuchó que llamaban a la puerta y Emma asomó la cara con su perenne sonrisa dibujada.

—¿Te importa? Creo que hay té…

—Por supuesto que no, adelante. Sírvete, por favor.

La dama se preparó una taza y se sentó frente a él.

—La niñera está dando de comer a Alexander. Es un poco pronto, pero tenía hambre —le informó—. Y la señora Duncan me ha pedido que repase el menú de la semana con ella, espero que no te importe.

Negó con la cabeza.

—Al contrario, gracias. Llevas encargándote de ello desde hace más de un año.

Se percató en aquel momento de que era así y de que nunca le había reconocido su ayuda.

—Quizá debí preguntarte antes —dudó.

—Tal vez yo debí agradecértelo antes.

Durante unos minutos solo se escuchó el tintineo de la cucharilla contra la porcelana.

—Los menús, el funcionamiento de la casa, mi hijo… —pensó más para sí mismo que para ella.

—Es una buena forma de practicar para cuando tenga mi propio hogar —bromeó Emma.

Callaron otro poco. No solían estar a solas, el pequeño acaparaba a la joven casi siempre. O ella se marchaba cuando la reemplazaba la nana.

—En ocasiones me siento una intrusa —confesó.

Como él antes, tampoco hablaba a nadie en concreto. Kit tardó en contestar.

—¿Por Anna?

—Sí, aunque es absurdo: cuando ella vivía venía aquí todavía más a menudo —respondió en voz baja—. Éramos buenas amigas, coincidimos en la academia para damas de la señorita Wallis y nos volvimos íntimas. Debutamos juntas y compartimos secretos hasta que se casó. Pero entonces quedó en estado de buena esperanza y…

—Puedes decirlo: estando embarazada entró en una depresión de la que ya no salió, se encerró en su dormitorio y se alejó de todos, su propio hijo incluido, y acabó dejándose caer desde el balcón de su habitación. Tú más que nadie puedes decirlo, pues cuidaste de ella y sigues cuidando de Alexander.

—Era tu esposa, Christopher. Solo tú puedes hablar de lo ocurrido.

—Tú la conocías mejor que yo —dijo con dureza, dejando la taza en la mesa con un golpe seco.

Emma tardó en encontrar una buena respuesta.

—La conocimos de maneras distintas.

—No es cierto —se empecinó—. La cortejé ¿cuánto tiempo?, ¿cuatro, cinco semanas?, y siempre bajo la atenta vigilancia de su dama de compañía o de su madre. Apenas tuvimos cinco conversaciones de verdad antes de casarnos. Y al mes quedó encinta y dejó de ser ella para convertirse en una sombra.

—La querías —afirmó, queriendo reducir su dolor.

Un hombre debía proteger a su esposa, y sabía que él se culpaba por no haber sabido cómo hacerlo.

—¿Quieres que te sea sincero? —Estaba enfadado, pero consigo mismo, no con ella—. La quise, claro que sí, pero no llegué a enamorarme de ella, no tuve tiempo. Veo a mi hermano y a mis familiares más cercanos y me doy cuenta de que mi matrimonio no fue como son los suyos. No teníamos esa complicidad, ese deseo que se palpa y que los más íntimos pueden ver aunque no lo comenten…

—Como has dicho, no tuvisteis tiempo.

El caballero no podía creerse que hubiera contado su mayor angustia. Suponía que Emma sabría que se consideraba un fracasado como marido, pero nunca habían hablado de ello.

—Fue feliz contigo, Christopher, eso lo sé. ¡Estaba tan emocionada con la boda!

Cabeceó tras su comentario pero no había mucho más que decir.

—Te lo agradezco, Emma, te agradezco todo lo que haces por nosotros. Me doy cuenta ahora de que nunca te lo he dicho, pero has estado siempre por aquí, desde que me casé; tanto, que a veces doy por sentado que formas parte de esta casa, que te mantendrás con nosotros eternamente.

Anna, su amiga del colegio, se había desposado con el que, por casualidad, era vecino de los Towsend, por lo que desplazarse hasta allí era cuestión de pocos pasos.

—Casi os libráis de mí —quiso bromear, restando drama a la conversación—. Pero no, aquí sigo.

Tampoco ella solía hablar de su fallido enlace, pero después del momento

que acababan de vivir, en lugar de embarazo lo que sentía era confianza. También él, que aun sin deber, le preguntó:

—¿Lo querías?

—¿A Malcolm? —Así se llamaba el que fuera su prometido—. Me empeñé en él. Era el hombre más guapo de toda Inglaterra y un libertino, el tipo de hombre contra el que todas las madres te advierten. Pero lo quise para mí, supongo que pretendía demostrar que una medio americana de baja estofa, como muchos me consideran, podía atrapar al incasable lord Johnson. Lo perseguí sin tregua, arriesgando mi reputación para… ¡No hasta ese punto! —Se sonrojó al darse cuenta de lo que sus palabras podían implicar.

—No dudo de tu decoro y, aun así, lo que decidieras hacer solo a ti te compete.

Rio sin ganas.

—Por fortuna no fui tan tonta. Estoy convencida de que ni aun habiéndome comprometido se hubiera casado conmigo, y hubiera quedado en ridículo y arruinada. Así solo he quedado en ridículo. Él se casó con una dama tan rica como yo, pero con mejor pedigrí.

Callaron otro rato. Fuera había comenzado a llover y solo el repicar de las gruesas gotas contra el cristal perturbaban su cómodo silencio. Kit se sorprendió al comparar Emma a las mujeres con perros de raza y pensó que, cuando viera a May, se lo contaría. Seguro que a su cuñada le encantaba la metáfora.

Acabado el té, mucho tiempo después de que lo hiciera la conversación, la joven se marchó con una pequeña reverencia de despedida. Ni siquiera entonces volvieron a hablar.

Capítulo 2

Al día siguiente no fue a la casa de lord Christopher, se sentía azorada después de la charla que mantuvieran la mañana anterior. Cuando su madre la encontró en la sala de costura le preguntó la razón de no haber salido, como solía acostumbrar.

—No ocurre nada, madre, he querido quedarme en casa y acabar este pañuelo, eso es todo. No puedo pasar más tiempo en esa casa que en la mía.

—Pero lo haces. No, no te critico, siempre me ha parecido bien.

—¿Entonces?

Había un pero detrás, lo sabía.

—La gente habla.

—Y él y yo hemos dado conversación para un lustro entero, lo sé.

—Sí, pero no solo sois pasto del cotilleo por separado —introdujo al fin su madre el tema que más le preocupaba desde hacía semanas.

Levantó ella las cejas, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Él es viudo, tú tienes ya veintitrés años… su matrimonio fue un fracaso, tanto como tu compromiso… y cuando acudes a la mansión de lord Christopher, estáis a solas, Em.

—¿A solas? Con un niño que aún no ha cumplido los tres años, un mayordomo, una ama de llaves, una cocinera, una niñera…

—Sí, lo sé, pero nadie sabe qué ocurre dentro de esa mansión.

—Pues para no tener ni idea no parecen tener inconveniente en inventárselo.

—Son unos cotillas malintencionados —le concedió lady Adele Towsend—, pero tú estás dando que hablar.

Era condenadamente cierto y lo sabía, pero ya había sido plantada en el altar, ¿qué podía ser peor?

—Madre, no me he casado antes porque quise que fuera Malcolm y ningún otro, pero tuve más de media docena de peticiones de mano, lo sabes. Varios de esos caballeros siguen solteros y me desposarían si les hiciera el más mínimo gesto a pesar de mi edad y mi maltrecha reputación. Mi dote es lo bastante cuantiosa para que así sea y, si no, padre siempre puede aumentarla. ¿Qué importa, pues, lo que haga, si el año que viene me venderé a un marido?

Incluso para sí misma sonó a vieja amargada. E injusta. Dudaba de que su madre se opusiera a que se quedase soltera; era su padre quien más insistía al respecto de la posición social de Emma y se debía más al temor de que quedara desprotegida cuando ellos murieran que al hecho de unirse a una familia de mayor rango, por más orgulloso que pudiera sentirse de haber entrado a formar parte de la nobleza.

—Puedes irte a nueva York —prosiguió Adele—, puedo hablar con cualquiera de mis hermanas. Eres hija de un *sir*… aquí no significa nada, pero allí es sinónimo de estatus. Y como tú misma has señalado, tienes una dote magnífica.

Lo había pensado durante el verano, pero eso significaría mudarse para siempre a otro país, a otro continente. Y alejarse de lo que conocía, de sus padres, del pequeño Alexander…

—Creo que no, pero gracias.

—Cuando te cases, te alejarás de todo —adivinó su madre su preocupación —, todo lo que sea que ahora te retiene. Con lord Johnson te hubieras mudado a Lancashire, con McDonald a las Islas Spey, con aquel irlandés…

—Lo sé.

Lo sabía: cuando fundase una familia, dejaría atrás todo lo que conocía para adaptarse a lo que su esposo pudiera —o quisiera— ofrecerle. ¿Qué más daba Irlanda que Nueva York? Y allí nadie la miraría por encima del hombro. Pero le parecía tan definitivo…

Suspiró, frustrada por la situación, y volvió a su costura, desanimada.

Dubitativa, lady Adele se sentó a su lado.

—Hija, nunca he querido opinar en tus decisiones del corazón. Al contario que otras madres, lo que deseo para ti es el amor, no una posición social o económica.

—Te lo agradezco, me consta que…

—Déjame terminar, por favor. —Calló Emma, a la espera de que prosiguiera

—. Cuando elegiste a lord Johnson nada dije…

—Nunca te gustó.

—Lo que no resultaba de mi agrado era la obsesión que parecías tener con él —le reconoció—. En cualquier caso, no era a mí a quien tenía que gustar. Lo que quiero decirte es que pasas mucho tiempo en casa de lord Christopher y no sé si has pensado en casarte con él o solo vas por el niño.

—¡Madre!

Se levantó, escandalizada.

—¿Cuál es el problema? —prosiguió la americana, serena—. Siéntate y no hagas aspavientos. Siento ser dura, pero Anna ya murió, feneció en vida. Él necesita una nueva esposa, su hijo una madre y tú un marido.

Era cierto, así explicado era cierto, y en alguna ocasión le había rondado la cabeza, pero al siguiente instante se había sentido una usurpadora. Como si estuviera robándoselo todo a la que fuera su mejor amiga.

—Voy a casa de Christopher por Alexander.

Lady Adele ya había dicho lo que quería, así que no insistió.

—De acuerdo, querida. ¿Quieres que pida que te traigan un té?

—Por favor.

—Ahora avisaré a Mildred.

Y salió del cuartito de costura, dejándola sola.

Apartó el bastidor de su regazo, malhumorada. Claro que había pensado en que un matrimonio sería la solución ideal, y tenía que reconocer que antes de avistar a Malcolm se fijó en él, ¡cómo no hacerlo si era tan guapo que quitaba el aliento! Pelo negro, ojos azul índigo como los de su padre el duque, alto y elegante… Pero entonces Anna dijo que sería suyo y se apartó. Tampoco fue un gran sacrificio y nunca la envidió.

O no hasta que nació Alexander y ella comenzó a creer que se quedaría para vestir santos. Entonces sí quiso tener su vida y, en ocasiones, se enfurecía con su amiga por tenerlo todo y no disfrutarlo, lo que la hacía sufrir por la existencia tan vacía que ambas parecían tener: Anna y ella misma.

Entonces Malcolm comenzó a cortejarla, se ilusionó y… Y volvía a estar igual que hacía doce meses: soltera y planteándose participar de la pequeña temporada.

¿Casarse con él? ¡Pero si, a pesar de que había pasado ya más de un año, continuaba portando el brazalete negro! Ya fuera por la pena de su pérdida o por la culpabilidad de esta, pero el menor de los Saint-Jones no parecía tener intenciones de adquirir una esposa nueva.

La doncella llamó a la puerta y, tras el preceptivo permiso, entró con una

bandeja. Agradeciendo la interrupción, Em señaló la mesilla en la que dejar el servicio de té, la despidió y se sirvió ella misma.

Su abuela inglesa siempre dijo que no había nada que no se solucionara con un té dulce.

***

Kit estaba en el comedor de casa. Llevaba todo el día lloviendo con mayor o menor intensidad y, aun así, había salido temprano. Al regresar subió al cuarto de Alexander para descubrir que Emma no los había visitado. Estuvo valorando si enviarle una nota o no, no era habitual que faltase y cuando ocurría era porque solía estar enferma, pero al final desistió, temeroso de que ella se sintiera obligada a ir.

Comió temprano y se encerró en su estudio. No sabía cuánto tiempo llevaba enfrascado en sus quehaceres cuando su mayordomo le anunció que tenía visita.

—Los marqueses de Wilerbrough, milord.

No pudo decir más, tras él entraron sin esperar a ser invitados Alex y May, su hermano y la esposa de este, a quien antes de cuñada había considerado una de las primas Bensters, como a Edith, la actual lady Morrington.

—No sabéis cuanto me alegra que hayáis venido. —Se levantó a dar la mano a su hermano y a besarle la mejilla a ella y los invitó a sentarse—. Estoy atascado con el informe de la Great Western Railway. La competencia con el Ferrocarril de Londres empieza a ser demasiado pujante.

—Lo tengo pendiente —le respondió su hermano.

May no sabía de economía ni le interesaba demasiado, ella prefería escribir, pero disfrutaba de las conversaciones entre los Saint-Jones sobre sus finanzas. En especial, cuando su suegra, la duquesa, participaba también. Su admiración por lady Judith, la que fuera sencillamente su tía Judith durante años, crecía cada vez que hablaba de rendimientos o inversiones.

—De todas formas, necesitaba consejo femenino, May, así que tu visita es providencial. Por cierto, os quedaréis a cenar, ¿no? —Mientras hablaba, sacó del cajón un estuche grande de terciopelo y se lo pasó—. Dime qué te parece.

La marquesa se encontró con un juego de pendientes, collar y pulsera de rubíes de un rojo intenso oscuro engarzados en platino. La elección de la calidad de las gemas resultaba perfecta. Era soberbio. Miró a Kit, sorprendida.

—¿Para quién es?

Este se extrañó, más todavía al sentir su propia reacción: se puso a la defensiva.

—Es un regalo.

—Es un gran regalo —objetó su hermano.

—Hay mucho que agradecer.

—Kit, es precioso. Creo que esta noche yo misma usaré los pendientes de oro y rubíes para la cena, tantas ganas he sentido de ponérmelos en cuanto los he visto. ¡No, Alex! —Se volvió presta a su esposo, dispuesto siempre a concederle cualquier capricho—. Tengo joyas más que suficientes, dejemos que la… amiga de tu hermano lo luzca sin competencias.

Si a Alex no le gustó que no le permitiera complacerla, al menor de los Saint-Jones le gustó aún menos lo de «amiga».

—No es para ninguna amante.

—No debería serlo, Kit. Ese es el regalo que se hace a una prometida.

Volvió a cogerlo y lo miró con detenimiento. ¿En verdad se habría excedido? Pero es que la familia de Emma era rica, ella poseía joyas de gran calidad, no podía regalarle una nadería. Además, y como les había señalado un minuto antes, había mucho que agradecer y él no se había percatado hasta el día anterior.

—Estamos esperando que nos confirmes si te has prometido o no, hermano.

—¡Claro que no lo he hecho! Nunca haría algo así sin presentárosla antes y saber si os gustaba.

—Si quien sea te hiciera feliz, a nosotros también —quiso animarlo May.

—¡Son para Emma!, ¿de acuerdo? —espetó, irritado ante tantas preguntas y explicaciones—. Por todo lo que está haciendo por Alexander. —Los marqueses se miraron y mantuvieron una de esas conversaciones silenciosas que él nunca llegó a experimentar con su esposa, lo que lo puso de mal humor—. Cuidó de Anna mientras estuvo enferma y de mi hijo desde que Alex nació, y el ama de llaves y la cocinera hablan con ella más que conmigo. ¿Qué pretendíais que le comprara, una aguamarina colgando de una cadena de plata?

—¿Lady Emma Towsend? —preguntó el marqués con intención, marcando el título de cortesía de la vecina de su hermano.

—Sí, Emma —se empecinó.

¿Desde cuándo tenía Alexander que decirle cómo hablar? May, viendo que se avecinaba una discusión, tomó la palabra:

—Lady Emma es una dama maravillosa y se merece esto y mucho más, Kit. Pero ¿has pensado en qué posición la pones si le regalas algo así?

—¿Qué quieres decir?

—La gente habla.

—¿De lo del imbécil de Johnson?

—Y de ti.

Se enfureció. ¿Cómo se atrevía May a hablar de los cotilleos de salón que todavía corrían sobre su esposa? Ni aun con la mejor de las intenciones permitiría que nadie… Wilerbrough leyó sus pensamientos y se apresuró a defender a su marquesa.

—De lady Emma y de ti en la misma conversación —especificó al punto.

Levantó las cejas, anonadado.

—¿De Emma y de mí… juntos?

—Exacto.

—No seas ridículo.

—Piénsalo, Kit —continuó May—, pasa mucho tiempo aquí y es una dama soltera.

—Pero…

Calló e hizo lo que le pedían: pensar. Era cierto, maldita fuera la realidad, Emma pasaba mucho tiempo en su casa. ¡El día anterior habían estado a solas tomando un té! ¡A solas!

—¿Creéis que la estoy comprometiendo? —preguntó con calma.

—Sabemos que no lo estás haciendo, pero la gente gusta de hablar, ya lo sabes, y después de que ese desgraciado la dejara plantada en el altar, siendo un libertino, se cuestionó su virtud. Que pase tantas mañanas en la mansión de un caballero soltero…

—Viudo —intercaló.

—Soltero a los efectos de la sociedad —insistió el otro, igual de testarudo—, no es bueno para su reputación.

—Y ese regalo —sentenció May— no ayudará a calmar los cotilleos.

Tenían razón. En todo.

—¿Cómo no he podido darme cuenta antes? —murmuró, quejumbroso.

¿Qué hacer ahora con la joya?

—Porque llevas demasiados meses culpándote por la muerte de Anna y revolcándote en tu propia pena.

—¡Alex! —lo regañó su esposa.

—No he descuidado las inversiones ni a mi hijo ni un solo día.

—Ni te has divertido, tampoco. ¡Pero si todavía llevas ese maldito crespón!

Se levantaron los dos hermanos, enfadados el uno con el otro.

También lo hizo la marquesa, para dirigirse a la salida. Creyendo ambos Saint-Jones que May se marcharía, se calmaron al momento. La adoraban, cada cual a su manera.

—Cariño, espera…

Abrió la puerta y llamó al mayordomo para decirle que finalmente sí se quedarían a cenar. Sonrieron los caballeros y esperaron a que regresara a su silla para sentarse ellos.

—No hemos venido a discutir, ni siquiera teníamos a lady Emma en mente cuando hemos entrado.

—Yo hace mucho tiempo que la tengo en mente —rebatió Alex—. ¿De verdad vas a malinterpretarme, Kit? ¿Tan obtuso eres?

—Lo que tu hermano quiere decirte de un modo tan poco acertado es si te has planteado desposarla.

Ahora sí, se quedó patidifuso. ¿Lady Emma Towsend y él, casados? Emma fue la mejor amiga de Anna y quien hacía feliz a Alexander. Podía considerarla, incluso, una amiga, mas no tenía un interés romántico en ella.

—Piénsalo —insistió el marqués—, sería una unión muy conveniente.

—Ella merece algo más que una unión conveniente.

—Difícilmente lo tendrá; la elegirán por su dote, y si no lo sabes, debes de ser el único en toda Londres. ¡Y tú mereces también mucho más que una unión conveniente! Pero para eso has de decidir que quieres casarte.

Seguía sin entender lo que le decían. Escuchaba, pero no asimilaba.

—¿Podemos dejar esta conversación? —pidió.

—Desde luego —aceptó May.

—Gracias.

Sabía que su hermano se estaba mordiendo la lengua, que tenía mucho más que decirle, y ahora que había empezado —hasta ese día había mirado su señal de luto con desagrado, aunque no le hubiera increpado por ello—, no se detendría.

—¿A qué habéis venido, por cierto?

Guardó de nuevo el estuche en el cajón; ya decidiría qué hacer con él cuando estuviera más sereno.

—El día once es…

—El cumpleaños de Richard, el conde de Bensters —acabó por ella.

Dos temporadas antes se reunieron en Londres todos los hijos del duque de Stanfort, el marqués de Cramwell y el conde de Westin, y aunque les pareció increíble al caer en la cuenta, era la primera vez que se veían todos juntos en más de diez años. Así que May propuso reunirse de manera periódica, y pactaron —las damas lo hicieron— dos fechas y dos lugares: Londres en el cumpleaños de Richard Cramwell, pues era la fecha señalada más cercana antes del inicio de la temporada, y una de las dos fincas de Berks para Acción de Gracias, una

costumbre americana que su cuñada había adoptado en el tiempo que estuvo en América, de gira literaria y conociendo a su editorial allí. Tanto como su propia madre la celebró durante los seis años que vivió en Estados Unidos y que su padre evitaba mencionar.

En Berks vivían los Westin y los Saint-Jones en predios vecinos. Los Cramwell, no obstante, vivían en Durham durante el año, cerca de la frontera este con Escocia.

La idea de reunirse con ellos lo ilusionó.

—¿Cuándo nos reuniremos? —quiso saber, satisfecho ante la idea de sentarse alrededor de una mesa llena de comida con los suyos.

—A eso hemos venido —respondió May, también emocionada—. Dado que este año la temporada no comenzará hasta mediados de abril, hemos decidido acudir unos días al campo. He hablado con vuestro padre y podemos ir a la finca el tiempo que deseemos, está en la ciudad preparando las sesiones para cuando el Parlamento abra, y vuestra madre le acompaña. He pensado en enviar las invitaciones para esta a finales de semana para pasar unos días, tantos como ellos deseen.

—Para el cumpleaños aún faltan nueve días, ¿no? —Le vino a la cabeza Emma, quizá podría invitarla en agradecimiento y guardar los rubíes—. Quizá podría decírselo a…

—Piénsalo bien, Kit —adivinó su hermano su intención—. Si lo haces, acrecentarás los rumores en el caso de que se sepa que estuvo en una reunión familiar.

—¿Quién va a esparcir cotilleos al respecto por los salones de Londres?

—Ninguno de nosotros, pero estas cosas al final acaban sabiéndose. Es tu casa tanto como la mía, cualquier dama, amiga, amante o esposa que traigas de tu mano es bienvenida. Solo te pido que seas prudente.

—Y con esto se acaba la conversación —sentenció la marquesa, contenta por cómo habían abordado el tema de la vecina de Kit sin habérselo propuesto siquiera—. ¿Qué decíais de unos ferrocarriles?

Recibió dos miradas cargadas de cariño.

Capítulo 3

Al día siguiente recibió una carta de May:

Querido Kit:

No podría estar más de acuerdo contigo en la importancia de lady Emma en la vida de tu hijo y de lo conveniente que ha sido su presencia en tu casa. ¡Me parece tan injusto que la estrechez de miras de unos pocos ponga en entredicho la bondad que siempre ha mostrado la dama hacia vosotros!

Entiendo tu deseo de agasajarla con un obsequio tan caro aunque, como hablamos ayer, no sea apropiado y, como mujer, dudo mucho que ella lo aceptara si te decidieras a regalárselo.

No obstante, me he permitido pensar cómo podrías agradecérselo sin comprometerla. La idea fue tuya, en realidad, cuando insinuaste la posibilidad de convidarla a Berks a nuestra reunión familiar. Si cursaras tú la invitación empeorarías todavía más su posición. En cambio, si soy yo quien lo hace, por un lado, como anfitriona, y tu hermano como marqués de Wilerbrough y padrino de Alexander por otro, sería el reconocimiento de los Saint-Jones hacia ella. Nadie se atrevería a dudar de la probidad de nuestra casa.

Ahora bien, ¿estás seguro de que deseas que nos acompañe? Quizá su familia pudiera confundir tus intenciones. O peor todavía, podrías confundirla a ella.

La decisión es tuya y, sea cual sea, sabes que tu hermano y yo la respetaremos.

Tuya,
MAY

Pasó el resto del día reflexionando al respecto de las palabras de su cuñada, una de las mujeres más sabias que conocía. Tal vez debiera consultarlo con su madre, también. La duquesa dominaba los entresijos de la sociedad como pocos y su situación como solo una madre podía hacerlo.

Quería, como decía la carta, agasajarla, pero antes se cortaría un brazo que hacer daño a Emma.

¿Podría confundir ella su agradecimiento con otros sentimientos? ¿Tendría ella otras intenciones? Lo dudaba; según Anna, había estado enamorada de lord Johnson desde el mismo momento en que puso los ojos en él, o empeñada, como la propia dama había descrito sus sentimientos el día anterior. Cuando la boda, que al final no se celebraría, fue inminente, dejó de acudir con tanta frecuencia y se resintió por su ausencia. Aunque fuera egoísta, le había aliviado que aquel malnacido la plantara, y no solo porque no la mereciera.

Emma aportaba equilibrio a su casa, pero también risas, luz… quizá no hubiera podido ayudar a Anna, nadie pudo hacerlo, pero había sabido sanar a todos los que vivían en su hogar: a empleados, a Alexander y a él mismo, después de la tragedia.

Le ofrecería el mundo si se lo pidiera. Pero ¿le ofrecería matrimonio para no perderla, como le había insinuado su hermano?

Negando con la cabeza, se sirvió un brandy y se sentó a leer en su estudio, no queriendo tomar ninguna decisión sobre su vida. Esta se había detenido cuando encontró el cuerpo inerte de su esposa en el jardín.

***

Emma regresó dos días después. El ama de llaves le avisó de su visita y, en cuanto acabó la carta que estaba escribiendo a May, subió a buscarla a la segunda planta. La encontró como casi siempre: sentada en el suelo, con un peinado sencillo y un vestido cómodo y sin adornos. Al principio de su matrimonio le sorprendió que, resultando tan elegante en los salones, Emma no

se engalanara para salir de visitas, o no a su casa; sin embargo, comprendió después que Alexander la manchaba casi siempre y que no tenía sentido acudir con los trajes más bonitos. Como tampoco lucirse frente a Anna mientras vivió.

La joven, que ya no lo era tanto, se percató, no parecía ser vanidosa a pesar de su evidente belleza.

—Buenos días —saludó Kit con voz alegre.

—Padre. —Se puso en pie su hijo para saludarlo con solemnidad.

—Christopher, buenos días. —Continuó ella sentada en la alfombra, recogiendo los títeres del pequeño teatro con el que jugaban a menudo.

—Emma, antes de irte ¿podrías acercarte a la biblioteca, por favor? Quisiera hablar contigo si te es posible.

Sus ojos se llenaron de sorpresa primero y cautela después. Se levantó y besó a Alexander en la coronilla antes de responderle.

—Puedo bajar ahora, si quieres. Alexander quiere pintar un tigre de Bengala, ¿no es cierto, tesoro?

Algo intimidado por la presencia de su padre, a quien quería impresionar, se encogió de hombros con vergüenza.

—Cuando lo termines, me encantaría verlo. —Aún no había cumplido tres años, apenas serían rayas amarillas y negras que bien podrían confundirse con una abeja, pero no le importaba: lo elogiaría y pediría que lo enmarcasen si lograba que su hijo lo compartiera con él—. ¿Me acompañas, Emma?

Y le cedió el paso para bajar con ella. Entraron en la enorme sala llena de libros, cerró y la invitó a sentarse en uno de los sillones, eligiendo él el de enfrente. Había una jarra con agua y varios vasos. Una vez acomodados, fue él quien comenzó a hablar, con evidente incomodidad pero directo al grano.

—Me han hecho saber que, quizá, toda la situación entre nosotros podría ser incorrecta y que, además, ha dado que hablar.

—Cuando dices que nuestra relación podría malinterpretarse, ¿te refieres al hecho de charlar en tu estudio a puerta cerrada y sin una carabina?

Se sonrojó, lo hizo como hacía años que no le ocurría, desde que era un crío que vistiera pantalones cortos.

—Mierda… ¡Disculpa! —volvió a sentir calor en el rostro. ¿Desde cuándo juraba delante de una mujer?

Le alivió la carcajada que le devolvió, Emma era una dama distinta al resto. De todas formas se levantó para abrir la puerta de nuevo.

—Por mí, déjala como está; el servicio te es leal —lo detuvo—. Intuyo que esta va a ser una conversación complicada y, dado que no es la primera vez que nos hallamos en esta situación, mejor sigamos con la costumbre de evitar ser

escuchados.

—De acuerdo —accedió viendo que, en efecto, era lo mejor—. Confiemos en que sea la última.

En lugar de sentarse de nuevo, prefirió pasear por la habitación, no quería sostenerle la mirada.

—¿Me decías? —lo animó a seguir cuando el silencio se le hizo insoportable.

—Al parecer tus constantes visitas a mi casa han levantado falsos rumores sobre tu reputación.

—Mi reputación se arruinó cuando me quedé sola en aquel altar. Antes de mi fracaso nadie comentaba nada sobre mis idas y venidas.

No supo decir qué le impactó más, si la verdad de sus palabras o que tildara su soltería de fracaso. Se vio en la obligación de corregirla.

—No consideres como propio el error de otro: fue él quien falló, no tú. Hay decisiones sobre las que no tenemos ningún poder.

—Tampoco fue tu fracaso lo que le ocurrió a Anna. Como bien dices, hay situaciones que no podemos evitar.

Se detuvo y la miró soliviantado. Nadie solía hablar de su esposa, y aunque ella tenía ciertos privilegios concedidos, no esperaba escuchar nada sobre algo tan íntimo en aquella conversación. Ya la habían mencionado la otra vez, quizá le había hecho creer que, desde entonces, tenía derecho a opinar libremente sobre algo de lo que nada tenía que decir.

Emma notó su frialdad.

—Lamento si me he excedido, entendí que esta sería una conversación tan sincera como la que compartimos la otra mañana.

Saltaba a la vista que no lo lamentaba, que le estaba poniendo en su sitio, que el primero en poner el dedo en la llaga había sido él al opinar sobre su compromiso frustrado, concretando la situación que vivió con Malcolm y dándole pie, así, a que ella hiciera lo mismo con su matrimonio fallido.

—Quizá ambos nos hemos excedido.

—Eso es lo que hacen los amigos, supongo.

Incómodo, aprovechó para continuar con su discurso.

—La sociedad no entiende que un caballero y una dama, ambos solteros, puedan ser amigos, Emma. Se da por sentado que les une algún tipo de relación sentimental.

Era ese el momento en el que él debía preguntarle si también ella lo había dado por sentado, o su familia si no, pero se le atragantaron las palabras.

—Sobre eso versó la conversación con mi madre antes de ayer.

—¿Tiene tu familia… expectativas sobre nosotros?

—¡No!

No supo que había estado reteniendo el aire en el pecho hasta que sus pulmones se vaciaron ruidosamente.

Cauto, continuó.

—¿Las tienes tú?

—¡Christopher!

La ofensa en su voz le hizo sentirse mal por muchos motivos que no pudo analizar por falta de tiempo. Primaba una disculpa.

—Lo siento, solo quería estar seguro de no estar haciéndote daño sin querer.

Tampoco a ella le gustaron sus palabras.

La realidad era que se estaban rechazando sin haberse pedido nada, y era todo muy incómodo.

—¿Estás dudando de mis motivos para venir aquí?

—No, claro que no, como te dije el otro día no he sabido agradecértelo, quizá porque he estado demasiado centrado en mí, como me señaló mi hermano ayer. Mi temor sería que mi egoísmo te hiciera daño. No me refiero a romperte el corazón, de verdad que no, aunque me alivie estar seguro ahora. Hablo de las consecuencias sociales.

—¿Al hecho de que tengo veintitrés años, soy poco elegible y esto no ayuda a mi causa?

La corrigió una vez más.

—Eres más que elegible, Emma: eres más que capaz de llevar una casa, eres inteligente, bonita, serás una gran madre, aportas una dote considerable —hablaba sin sentimiento, constatando una realidad—. Eres fuerte y, a la vez, un soplo de aire fresco. Johnson fue un imbécil.

A pesar de su tono, se emocionó. Ningún pretendiente había logrado conmoverla como acababa de hacerlo él. Que no la hubiera tildado de hermosa sino de «bonita», ni siquiera le preocupó, valoraba más que viese en ella a una mujer capaz e independiente. ¿Qué importaba si a él no le gustaban las mujeres pelirrojas?

Callaron ambos un tiempo.

Kit, ya calmado pues lo peor había pasado, volvió a sentarse, sirvió dos vasos de agua y se bebió el suyo.

—Creo que necesito algo más fuerte, ¿te importa?

Ella lo invitó con la mirada a que se sirviera de la licorera. Cuando regresó, estaba incluso de buen humor.

—Te compré un regalo. Al día siguiente de hablar —sabía a qué se refería, era la primera conversación de verdad que habían tenido— fui a una joyería y te

compré un regalo.

—¿Una joya? Un caballero no regala alhajas a una mujer si no…

—Mi cuñada me lo hizo saber.

Fue al escritorio, sacó el estuche y se lo mostró.

—¡Es del todo inaceptable! No me malinterpretes, es magnífico. —Sin querer tomó la caja y lo miró con atención, paseando sus dedos por las piezas.

Christopher nunca se había fijado en sus pequeñas manos ni en la elegancia con la que las manejaba.

—Lo guardaré para tu compromiso.

—¿Qué compromiso? —su voz destilaba sarcasmo.

—El tuyo. Algún día te casarás y yo te regalaré esto.

—Y yo lo luciré en el altar —rio.

—Entonces añadiré una tiara, los rubíes quedarán magníficos en tu pelo.

—Las pelirrojas somos más de esmeraldas o zafiros.

—Por eso elegí rubíes, supuse que no tendrías.

Así que había comprado el conjunto pensando en ella. Le emocionó saberlo.

—Acertaste.

—Pues ya los tienes, solo te falta el marido.

—Ese sí sería un gran regalo: un esposo —bromeó, poniendo los ojos en blanco.

—Sobre eso… sobre el regalo y sobre el esposo… ¿Conoces a mi cuñada May?

Toda la nobleza la conocía: era escritora, hija de los marqueses de Cramwell, había regresado a Inglaterra con veinticinco años hacía dos temporadas y había atrapado a un futuro duque, convirtiéndose por derecho en marquesa también ella.

—Conozco a la marquesa de Wilerbrough como no podría ser de otro modo, pero no hemos sido presentadas.

No dejaría nunca de sorprenderle la importancia que May había adquirido entre la aristocracia. A pesar de que él tenía mayor relación con su hermana menor, lady Morrington, había sabido del carácter independiente por los comentarios de Edith. Y, desde que se casara con su hermano, había descubierto a una mujer sencilla, alejada de los elitismos de la alta sociedad.

—Pues ella desea conocerte. —La vio sorprenderse—. Después de reñirme por mis excesos contigo…

—¿Te regañó?

—No te dejes engañar, no es nada dócil y tiene propensión a decir lo que piensa. El Señor no la llevó por la senda de la pusilanimidad. La cuestión es que

cree que un agradecimiento de los Saint-Jones por toda la ayuda que nos has prestado durante estos dos años acallaría cualquier rumor entre nosotros en concreto, así que quiere invitarte a nuestra próxima reunión de primos.

—No sabía que Alexander tuviera más tío que tu hermano y los de la marquesa.

—En realidad ,no son primos de sangre, o no todos, nos reuníamos a menudo de niños porque nuestros padres son amigos desde la universidad, remaban juntos en Cambridge, con independencia de si somos familia o no. Los lazos que nos unen son íntimos e indestructibles.

—¡Vaya! —fue lo único que se le ocurrió responder.

No parecía el duque de Stanfort un hombre dado a mantener amistades durante años. ¡No es que no pudiera!, pero lo veía siempre tan solemne que nunca se había planteado que pudiera tener una vida como el resto: amigos, diversión…

—Aunque no me haya dicho nada, estoy seguro de que May pretende, además, que cuando las hayas conocido a ellas, puedan presentarte a los mejores partidos de la sociedad, que les permitirás jugar a casamenteras, en realidad. Visto así —pensó en voz alta—, tal vez deberías declinar la invitación.

Ser en cierto modo amadrinada por la marquesa de Wilerbrough sería un honor. Si su madre se enteraba, comenzaría a comprarle un nuevo ajuar.

—¿Cuándo sería?

—El viernes doce. —Le explicó la nueva tradición familiar que cumplía ya dos años—. Aunque puede que lleguemos antes y nos vayamos más tarde, la invitación no tiene fecha de expiración.

Emma, cuyo padre no tenía buena relación con sus hermanos, y viviendo la numerosa familia de su madre al otro lado del Atlántico, sintió envidia. Y el reflejo de esta en su mirada terminó de convencer a Kit de que invitarla sería la mejor forma de devolverle, al menos en parte, todo lo que había hecho por ellos.

—Está decidido, May escribirá a tu madre para cursarle la invitación y tú pasarás unos días en Stanfort Manor. No, no me lo agradezcas hasta que no volvamos, cuando nos juntamos somos muy ruidosos y, tal vez, acabes arrepentida de haber aceptado.

***

Los marqueses de Wilerbrough recibieron la misiva de Kit con reservas.

—¿Qué opinas? —quiso saber Alexander.

Aunque él conociera mejor a su hermano, o precisamente por eso, prefería conocer la opinión de su esposa antes de hablar él.

—Que está loco por ella pero no lo sabe.

Fue directa, como siempre que hablaba con su marido. Aunque aún no llevaran dos años casados, se conocían desde siempre. Durante los años que estuvieron separados mantuvieron correspondencia con asiduidad —más May que Alexander, como solía recordarle ella para fastidiarle—, tanto se habían querido antes de enamorarse.

—Es posible. O que le ocurra como a ti y algo le haga mirarla con otros ojos y se enamore para siempre.

—¿Algo como la conversación en su biblioteca?

—Por ejemplo.

Y sonrió, maquiavélico.

—¡Eres un celestino!

Se echaron a reír.

—Otra opción es que sea ella quien le haga ver que están hechos el uno para el otro.

Al escucharla, Alex se puso serio.

—¿Y si ella no piensa así?

May lo tranquilizó.

—Para Emma, tu hermano sería un regalo: veintitrés años, un fracaso sentimental, una familia insignificante…

—Quiero que lo elija por algo más. No por conveniencia o porque mi ahijado los una. Ni por comodidad, tampoco. Quiero que mi hermano se case con una mujer que lo ame y lo valore.

Tras unos segundos de vacilación, también ella respondió con seriedad:

—Todos queremos lo mejor para los nuestros, pero en ocasiones los nuestros no coinciden con nosotros en qué es lo mejor.

—¿Quieres decir que Kit no se casaría por amor?

—No estoy segura. Además, está el hecho de que la esposa de Kit era la mejor amiga de Emma. Hay quien cree que ayudaría a una amiga querida y fallecida sustituyéndola, hay quien consideraría que está traicionando su recuerdo. Y apenas conozco a lady Emma, no puedo opinar.

Alex tomó la mano de su esposa.

—Quiero que Kit sea feliz —insistió, entre la frustración y la resignación.

—Lo sé, pero me da la sensación de que él no quiere, que siente que no lo merece.

Acabaron de cenar en silencio, desanimados. May no soportaba verlo triste, así que, una vez terminado el postre se levantó y fue hasta él, le pidió espacio y se sentó sobre su regazo, pasando las manos por sus hombros.

—La historia me suena: alguien que cree no merecer un buen matrimonio y que no sabe que tiene a la persona perfecta delante de sus narices.

Se refería a ella misma. El marqués sonrió:

—Es cierto, si tú lograste pescar al mejor partido de la temporada con veinticinco años y casi desahuciada del mercado del matrimonio, entonces todo es posible. ¡Ay, May!, pactamos que pellizcos no, ¿recuerdas?

Y como tenía razón, se dedicó a besarlo.

Capítulo 4

Emprendieron la marcha hacia Stanfort Manor, la finca de los Saint-Jones en Berks, temprano. Un desfile de carruajes tomó dirección oeste cargados con baúles y algunos sirvientes. Los caballeros iban sobre sus monturas; los niños, con sus nanas en un landó descubierto, y ella acompañaba a la marquesa de Wilerbrough en un carruaje también descapotado.

Aunque hubieran sido presentadas formalmente en una ocasión y aun habiendo coincidido en algunos eventos, Emma apenas había cruzado más de cinco frases con lady May y, tras los saludos y agradecimientos iniciales, el carruaje quedó en silencio. No fue hasta que salieron de Londres que su anfitriona se decidió a hablarle:

—A pesar de ser yo quien extiende la invitación, es obvio que es Kit quien quería que vinierais.

Se sonrojó.

—No pretendía imponer mi presencia en modo alguno, milady —respondió con voz avergonzada.

—Y no lo hacéis. Lo que me gustaría saber, dado que no he sido yo la que en última instancia ha decidido convidaros, pero soy responsable de vos, es cuánto os ha contado mi cuñado sobre este fin de semana.

—Poco en realidad.

Emma la vio poner los ojos en blanco y no pudo evitar sonreír.

—Los hombres no entienden que invitar a un evento es mucho más que decir «¿por qué no vienes a mi finca unos días?».

Ahora fue ella quien soltó un pequeño bufido.

—En defensa de lord Christopher diré que sé que es una especie de reunión familiar, los hijos de los amigos de vuestro suegro.

La otra le resumió primero la nueva costumbre que, esperaban todos, se convirtiera en tradición, antes de especificar quiénes acudirían.

—¿Algunos hijos de los amigos del duque, os ha dicho? ¿Es eso todo lo que os ha contado, el muy tunante? Así que ni siquiera sabéis quiénes son los invitados…

—No, milady.

—Emma… ¿puedo llamarte Emma? Gracias. Este va a ser un viaje largo, creo que será mejor que me llames May y nos evitemos las formalidades más rígidas. —Asintió—. En realidad, quienes nos reunimos no somos primos, o no todos. Solo a algunos les unen lazos de sangre. ¿Conoces a mi suegro?

—No personalmente.

¿Cómo iba a conocer la hija de una americana y un *sir* advenedizo de la nobleza rural a uno de los duques más importantes del reino, uno cuyo hijo y heredero era amigo personal del príncipe Alberto? Si no hubiera sentido una cálida, sincera bienvenida, hubiera pensado que aquella marquesa se reía de ella mediante subterfugios.

—Ya, imagino. No se prodiga en sociedad, la duquesa prefiere una vida tranquila. ¿Y a mi padre? No, supongo que tampoco, mi familia pasa en Durham más de medio año y tampoco mi madre es aficionada a los grandes eventos. Pero tal vez sí conozcas a la tía Nicole, la condesa de Westin.

—A milady la condesa sí la conozco.

Era una de las damas imprescindibles en cualquier acto social que se preciase de ser importante.

—A tía Nicole le gusta mucho alternar con *la ton*, y además Eliza, su hija menor, está por casar todavía.

Emma conocía a la hija de los condes de Westin, una dama hermosa pero tímida en extremo. Hasta donde sabía, debió debutar el año anterior, pero apenas pasó el último mes en la ciudad.

—También conozco a lady Eliza, mila… May.

Sonrieron ambas.

—El duque y el conde se conocen desde niños, las fincas de sus familias están a apenas quince minutos a caballo y estudiaron juntos en Eton, además. En Cambridge conocieron al marqués de Cramwell, se hicieron íntimos en el equipo de remo y se volvieron inseparables. De hecho, salvaron la vida de mi padre en la Guerra de la Península. —Adivinó el cariño entre las familias por la mirada de la

marquesa, llena de afecto—. Solían jugarse a cara o cruz quién sería el padrino de boda y quién del primer vástago en una especie de costumbre ridícula.

—Debe de ser una relación muy especial, entonces —susurró, admirada.

—Es única —le confirmó—. Y los hijos nos criamos igual de unidos. Es curioso, porque los Stanfort y los Westin son primos por ambas partes, de padre y de madre, y aun así los Cramwell nunca nos sentimos menos.

—Con vuestro… con tu matrimonio todos los hijos que tengáis serán primos unos de otros.

—Así es. —La sonrisa de May se ensanchó—. Así que estaremos todos, eso es lo que quería decirte. O lo que para nosotros significa *todos*, al menos.

Sintió cómo se sonrojaba.

—Me temo que no estoy segura de quiénes son todos.

—Por parte de los Saint-Jones estaremos Alex, Kit y yo. Los Illingsworth son cuatro: vendrán los vizcondes de Sunders, Phillipe y Louisa, y John y Sophie, Richard y Helena y la pequeña, Eliza. Y por los Cramwell vendrá el conde de Bensters, Richard, y los Morrington, Jared y Edith.

—¿Vuestra hermana es lady Edith?

May soltó una pequeña carcajada.

—Sí, la célebre anfitriona de Londres, cuyas invitaciones son tan codiciadas como las de palacio, es mi hermana pequeña. En resumen: cinco matrimonios, y Kit, Richard y Eliza.

Emma deseó haber podido anotar los nombres. Tenía una memoria excelente y esperaba no cometer ningún error. Aun así, eran muchos.

—Me temo que no nos movemos en los mismos círculos, May.

La marquesa no negaría que, en efecto, los Towsend eran considerados casi unos arribistas, siendo sir Edward el hijo segundo de un empresario textil convertido en noble rural, y su esposa, lady Adele, una heredera de las antiguas colonias.

—Si deseas moverte en esferas más altas puedo ayudarte, aunque te advierto que es más de lo mismo: mujeres con lenguas viperinas, caballeros interesados y damas casaderas.

Emma se encogió de hombros.

—En este momento ninguna dama que quiera ser bien vista debería amadrinarme. Pero confieso que daría mi dote por una noche en Almack's.

—¿No has estado en Almack's?

—No he sido invitada.

¡Vaya!, May no conocía a ninguna dama que no pudiera ir al famoso club. Daba por sentado que era un derecho y no un privilegio. Uno aburrido, además.

—Irás a Almack's —aseveró, resuelta—. Y conocerás a la reina, también.

May pasó el resto del viaje, menos de tres horas, hablándole de la finca y los invitados en cómoda conversación. Para cuando llegaron a Stanfort Manor, parecían dos amigas que hacía tiempo que no se veían.

***

Al llegar a la enorme mansión rural quedó maravillada. Emma nunca había estado en palacio pero, en su ignorancia, quedó convencida de que debía de ser algo similar a aquella increíble edificación. No podía imaginar cómo era Buckingham más allá de la fachada que podía verse desde el parque. Nunca se había aventurado a acercarse demasiado al palacio real.

Para su fortuna, eran los primeros en arribar a Stanfort Manor. Creyó que era una cuestión de deferencia, que nadie se instalaría en una residencia estando ausentes sus anfitriones. No podía saber que la casa del duque de Stanfort era el hogar de todos ellos, aunque no tardaría en descubrirlo. Desde su dormitorio, mientras la doncella que su madre se había empeñado en que la acompañase, deshacía el equipaje y enviaban una tina a su alcoba porque, como se empeñó May, «el polvo del camino se quedaba pegado incluso en el paladar», vio desde la ventana cómo otros carruajes iban aparcando en la entrada principal y, los que estaban ya en la casa, recibían con abrazos a los recién llegados. Podía escuchar las risas desde allí y, de pronto, se sintió cohibida y se planteó si, tal vez, no se hubiera precipitado al aceptar aquella invitación. Tenía ganas de conocer el entorno de Christopher; en las contadas ocasiones en las que hablaba de su familia su rostro cambiaba, dejaba atrás la casi perenne melancolía y se volvía sonriente. Los ojos le brillaban, sonreía con naturalidad y volvía a ser un atractivo caballero de treinta años lleno de vitalidad.

No esperó sentirse una extraña. La curiosidad le había podido y comenzaba a maldecir el impulso que le había llevado a confirmar asistencia.

—Mary, ¿podrías pedir a alguna de las doncellas que me trajese una bandeja para cenar? Y discúlpame con la marquesa, por favor, y dile que no me encuentro bien.

Por primera vez en su vida se había acobardado, pero ¿quién iba a culparla? Dudaba mucho de que lo hicieran los Stanfort, sus anfitriones, y confiaba en no ofender tampoco a los Cramwell ni a los Westin.

Cenó algo ligero y, sin esperarlo, se quedó dormida poco después.

No pudo saber que la conversación de la cena giró por completo en torno a ella.

***

Kit vio entrar a May en el comedor. Su cuñada y anfitriona llegó la última y, como sospechara, sola. Estando únicamente la familia, no esperaban al resto en otra sala para acudir juntos al salón, sino que fueron acudiendo al refectorio, donde había una gran zona con sofás en la que cabían todos ellos. Cuando llegó él, se dio cuenta de que faltaba una silla y sospechó que Emma se había excusado.

En principio se sintió algo molesto. ¿Por qué no le había avisado de que no bajaría? Se dio cuenta al punto de que no era su invitada, sino la de la marquesa de Wilerbrough. Extrañado por su propia actitud, tomó nota mental de no volver a confundirse. Emma era una amiga de la familia, no su amiga. Dar una imagen equívoca sería un error que pagaría la joven, no él. Nadie hablaría pero, de algún modo, los dragones de Londres acabarían sabiéndolo todo, dichosas fueran aquellas cotillas.

No fue el único en reparar en la ausencia.

—¿No bajará lady Emma? —preguntó Alexander a su esposa.

—No se encontraba bien —le contestó, sin más explicaciones.

El resto de mujeres, cómo no, se solidarizaron, haciendo que algún caballero resoplase por lo bajo.

—Es lógico, desde Londres se hace en una única jornada y, en ocasiones, el carruaje resulta agotador —dijo Louisa.

Estaban a dos horas a caballo y seis en coche. Podía ser tedioso, no agotador, quiso replicar su esposo Phillipe, vizconde de Sunder.

—Además, después de tanto tiempo en la ciudad, el primer viaje cansa más —corroboró Edith, la hermana de May.

No la conocían, no podían saber cuánto había viajado, fue la respuesta que se tragó lord Jared Morrington, esposo de la hermosa dama que acababa de hablar.

—Además… —quiso añadir Eliza.

—¡Pero si no la conocéis, por el amor de Dios! —estalló Richard, el conde de Bensters, solo para fastidiarlas.

Hubo risas y una dura mirada de reproche por parte de Helena, la esposa del otro Richard: Eliza era una joven tímida, interrumpirla cuando se decidía a

participar de una conversación estaba mal.

El conde entendió el gesto y se volvió hacia su prima menor, quien le sonrió. Era inteligente, sabía por qué la miraba; y era demasiado amable, también. Rehuía de cualquier discusión.

—¿Nos sentamos a cenar? —los animó May.

Cada uno se colocó donde consideró. Nunca habían tenido unos puestos preestablecidos. De niños solían sentarse los chicos en una esquina y las chicas en la otra. Conforme crecieron, cambiaron los lugares buscando una edad similar e intereses más o menos comunes.

En aquel momento, con tantas parejas y todas bien avenidas, se asentaban en función de la conversación que quisieran mantener, más política, social o familiar.

O del humor que prefirieran, más ácido o menos, recordó Christopher en cuanto su primo Bensters le interpeló:

—Si lady Emma Towsend no va a bajar, entonces no hay nada interesante aquí, y mejor pido un refrigerio en la sala de billares. ¿Vienes, Kit?

No entraría en su juego, ser recordó. Nada que tuviera que ver con Emma era cosa suya.

—Me gusta este comedor, pero ve tú, si lo prefieres.

Hubo risas.

—No habrá apuestas —advirtió May con los brazos en jarras—. Lady Emma es mi invitada, no la de mi cuñado, y exijo que se la respete.

—Bravo, cariño —dijo Alexander—. Si querías detener a las bestias, acabas de dar el pistoletazo de salida.

—¿He oído una exigencia? —se burló John Ilinngsworth.

—¿Quieres escucharla deletreada? —le advirtió Sophie, su esposa.

—Bueno, bueno…—fue todo lo que dijo, especulativo, Richard, el tercer hijo de Westin, y eso era malo.

Iba a responder con más fuerza May, pero pidió Christopher la palabra.

—Lady Emma era amiga íntima de mi esposa. Estaba en su vida antes de que yo la conociera y siguió en ella hasta el último día. —Se hizo un silencio incómodo; en aquella mesa menos de la mitad de los presentes había visto a la esposa de Kit más allá del día de la boda—. Y, durante el último año y quién sabe si más tiempo, ha estado haciéndose cargo de la casa y jugando con mi hijo.

Había mucha gravedad en sus palabras y el grupo se puso serio. Nadie pensó que la desconocida pretendiera usurpar el puesto de la fallecida Anna. Su contención se debía a la culpabilidad que Christopher sentía por la muerte de esta y que, al parecer, ahora se acrecentaba por no haber atendido como él

consideraba mejor a su hijo y su casa durante el duelo.

Alexander quiso gritar a su hermano que, en ocasiones, ocurrían desgracias y que la vida consistía en afrontarlas y seguir adelante; que no había una forma correcta de hacerlo y sí mil equivocadas y que cada uno hacía lo que podía.

Pero sería malgastar saliva, todos lo sabían.

—¿Podemos tener una conversación seria sobre ella, Kit? —preguntó Edith—. ¿O lo dejamos pasar?

Era mejor hablar en ese momento, que Emma no estaba. Si no, acabarían haciéndolo en una situación que le pudiera resultar embarazosa a su amiga.

—Sí, claro.

—Sé que ha recibido más de media docena de proposiciones y que aceptó una en la pequeña temporada, el noviembre pasado, por parte del infame lord Johnson, para ser dejada prácticamente en el altar. —No había nada que lady Morrington no supiera. No porque fuera una cotilla, sino porque su salón era muy codiciado y, siendo considerada la mejor anfitriona de la ciudad estaba, sencillamente, bien informada—. Tiene veintitrés años y su padre es un noble rural, título recién adquirido, y su madre es una rica heredera americana que acabó casándose por amor con un empresario textil con buenos contactos.

Se hizo un silencio. Era casi inaceptable y, sin embargo, había sido invitada por los futuros duques de Stanfort a su hogar en el campo.

Con una señal, Alexander pidió al mayordomo que se retirase junto con el servicio: serían ellos quienes se encargasen de llenar sus platos y copas.

Una vez solos, siguieron:

—¿Qué importa eso? Si Kit quiere…

—Yo no he dicho que quiera nada —objetó.

—Tienes que casarte —insistió Edith.

—¿Dónde lo dice? —preguntó con voz seria, rayando el desprecio.

Callaron casi todos. Bensters quería mucho a su primo, tenían la misma edad y habían ido juntos a clase. Quizá podría tener aquella conversación después, pero eso significaría que su primo Christopher la tendría por duplicado, pues las presentes no dejarían pasar la oportunidad de darle sus puntos de vista.

Así que decidió hablar entonces. Al menos allí el sujeto de la preocupación del resto tendría refuerzos.

—Kit, como dijera Austen, el estado natural de todo hombre con una fortuna es el matrimonio. —Lo escuchó gruñir, pero prosiguió—. No te salió bien a la primera y dudo de que vayas a seguir a tu corazón una segunda vez, pero tienes otra oportunidad y deberías aprovecharla.

—¿Quieres decir que debería agradecer que Anna esté muerta?

—No seas obtuso —lo regañó Alexander, el único con confianza y autoridad suficientes para responderle así.

Suspiró.

—No sé si quiero pasar por lo mismo otra vez.

—Lo que le ocurrió a Anna es algo excepcional, lo dijo el médico. A veces las mujeres se ponen tristes durante la gestación, en lugar de histeria[1] sufren el efecto contrario. Se esperaba que remitiese con el nacimiento de Alex…

—No necesito que me cuentes lo que viví.

—Ni pretendo —se defendió Sophie en voz baja.

—Cuando volvimos a vernos a mi regreso de los Estados Unidos —le recordó May, cariacontecida—, me dijiste que hay matrimonios que funcionan y otros que no. El tuyo fue de los desafortunados. Quizá ahora…

—Ya tengo un heredero, que por cierto es el vuestro de momento. —May aún no había quedado en estado—. Y no tengo un título que pasar.

—Si es por eso —interrumpió su hermano…

—No es por eso. Digo que no necesito de una esposa.

—¿Y Alex de una madre? —Fue Bensters quien atestó aquel golpe bajo—. No digo que tenga que ser Emma, solo que la valores. Que valores, mejor, la idea en general.

—Fin del tema —sentenció él.

Lo que significaba que lo pensaría, que agradecía la preocupación y que estaba harto y necesitaba espacio.

Así que el resto de la velada, que fue corta, hablaron de los niños, que ya habían cenado y debían de estar jugando en el dormitorio general que habían preparado para ellos y cuyo estruendo simularían no escuchar.

Todos habían sido niños, y niños muy felices, en aquella casa.

Capítulo 5

A la mañana siguiente fue su doncella quien la despertó, situación poco frecuente. Había dormido horas suficientes para dos días. Ya fueran el agotamiento, los nervios o la tranquilidad del campo, la cuestión era que se sentía más relajada y fuerte; su seguridad había aumentado. Sí, se dijo, si tenía que conocer a parte de la élite del reino, aquel era un buen momento.

Se puso un alegre vestido de mañana amarillo, pidió que le recogieran con elegancia el largo cabello, que llegaba un palmo más allá de su cintura, insegura de la etiqueta en la casa de los duques, se dio ánimos y abrió la puerta de su alcoba.

—Buenos días —la saludó Christopher.

Dio un gritito.

—¡Me has asustado! —protestó, la mano en el pecho fruto de la sorpresa.

—No era mi intención —respondió Kit, acercándose a ella—. Estoy aquí para escoltarte hasta el comedor.

Emma lo miró, escéptica.

—¿Y cómo sabías a qué hora estaría preparada?

Se encogió él de hombros. No le diría que llevaba cuarenta minutos esperándola o que la había instalado en la planta de la familia y que su dormitorio estaba al otro lado del corredor, desde donde podía escuchar el momento en el que su puerta se abriese.

Le ofreció el brazo y Emma colocó apenas la mano sobre este, dejándose guiar hasta la sala de desayunos. Agradecía el gesto, sería más sencillo entrar en

una estancia llena de desconocidos si iba acompañada de uno de los dueños de la casa. La detuvo frente a una entrada sencilla, lejos de la gigante puerta de nogal que daba al comedor principal.

—Comemos y cenamos en un lugar mayor —le explicó—, somos muchos y necesitamos espacio. Pero no solemos coincidir a primera hora. Las damas casadas suelen desayunar en su alcoba y bajar después a tomar un té. Solo Eliza se reúne con el resto, y es muy madrugadora, tanto como Bensters, por lo que dudo mucho que vayas a conocerlos antes de la hora del almuerzo.

—Buenos días, Emma —escucharon a su espalda la voz de May, alegre—. Espero que hayas descansado bien.

Para Kit era obvio que su cuñada había estado esperando que su invitada bajase para unirse a ella y realizar las presentaciones. No la criticaría, no cuando él había hecho exactamente lo mismo.

—Buenos días, May —la saludó ella, alegre.

La idea de estar a solas con unos caballeros completamente desconocidos la ponía nerviosa; con May sería más sencillo, y estaba convencida de que por eso había acudido la marquesa.

Entraron en una sala luminosa y acogedora. Lo poco que había visto de la mansión auguraba un lugar grandioso y, sin embargo, no había reparado en ningún signo de opulencia, sino todo lo contrario, cada rincón por el que había pasado parecía hecho para disfrutarlo: una silla sobre una *Aubusson* cerca de una ventana orientada al oeste para, suponía, poder leer durante las tardes; un cenador en el jardín que se veía desde su ventana y que parecía recio, hecho para ser usado, no de adorno; una casita cerca del lago en la que, dedujo, guardarían cosas o se quitarían las damas los pesados vestido si decidían bañarse, asegurando intimidad… Era una residencia, se reafirmó, hecha para vivir en ella, no para presumir de ella.

Apartó la vista de los ventanales que daban a un pequeño patio y se centró en los lores presentes, que habían cesado su conversación, una que parecía animosa, al verla entrar acompañada de May. No se levantaron a recibirla, lo que prefirió interpretar como un signo de informalidad, no de mala educación o, peor aún, como consecuencia de no reconocerla como miembro de la nobleza.

No sería la primera vez que le hicieran un feo semejante pero, se recordó, los Saint-Jones no la habían invitado para humillarla sino todo lo contrario.

—Buenos días, queridos primos —saludó la anfitriona con voz alegre, exagerando su amor por ellos de forma evidente para la diversión de los aludidos —. Permitidme presentaros a mi amiga lady Emma Towsend. Él es Joseph Illingsworth… te recomiendo que olvides títulos y formalismos aquí o nos

pondrás a todos en una situación difícil si no hacemos lo mismo; Jared Morrington y Richard Cramwell. Conocerás al resto a la hora de la comida si no tropiezas antes con ellos en algún lugar.

La saludaron los presentes, evitando mirarla demasiado por más que sospechara que sentían una curiosidad enorme por saber de ella.

—Milores. —Les hizo una ligera reverencia.

La marquesa la tomó del brazo y la llevó al mueble donde estaba la comida.

—Solemos servirnos nosotros cuando no hay invitados… quiero decir, cuando estamos en familia.

Emma asintió, sintiéndose honrada. Le parecía muy extraño que aquellas personas se tratasen por sus nombres de pila o que olvidasen las estrictas normas de educación cuando estaban juntos. Le gustó, también, le resultó muy americano; lo que, desde luego, no mencionaría. No obstante, había estado en un par de ocasiones en Nueva York de niña, visitando a la familia de su madre, y recordaba una etiqueta más relajada que la británica, que le solía oprimir en los grandes eventos.

¿Habría de tratar así a Christopher?, se preguntó de repente. Nunca lo había hecho, en los casi cuatro años que hacía que se conocían. La idea en sí le resultó ajena. Mantuvo el plato de fina porcelana en la mano mientras May lo iba llenando sin preguntarle qué le gustaba y ella se abstraía en sus propios pensamientos. Para cuando se sentó a la mesa, se percató de que tenía suficiente comida para pasar el día. Sonrió sin pretenderlo. Tenía un apetito excelente, pero incluso su insaciable estómago, como su madre lo llamaba, tenía sus límites.

Escuchó que uno de los caballeros, de cabello rubio muy claro y ojos verdes, bromeaba con la otra dama.

—Se diría que pretendes cebarla y cocinarla, May, como en el cuento de los Hermanos Grimm.

No sabía a qué se referían, pero la mera imagen le pareció a Emma macabra.

—¿Los Hermanos Grimm? —quiso saber, su tono lleno de curiosidad.

Christopher se sentó a su lado, su plato contenía la mitad de alimentos que el de ella, lo que la avergonzó.

—Buscaremos el cuento y se lo podrás leer a Alexander.

Aquel sencillo comentario, dicho sin ninguna intención, creó un silencio incómodo. Tosió el esposo de lady Edith Morrington, el único rostro que conocía, y otro de los presentes, el que no había bromeado con May, bajó la vista a su plato como si jamás hubiera visto una loncha de tocino.

Carraspeó la anfitriona, incómoda ante el comentario de su cuñado, explicándose:

—La madre de Richard, el conde de Bensters, tiene una editorial. Aunque ella solo publica a mujeres, su yerno, Jared, dirige una empresa que se dedica a publicar algunos periódicos, como *The London Gazette*, y también, aconsejado por la marquesa de Cramwell, libros de algunos autores extranjeros, que traduce al inglés.

—Por esa razón —prosiguió el caballero que aún no había hablado y que supuso sería Joseph, relegando al fin el interés en el tocino de su plato— conocemos bastantes libros publicados en el continente.

Preguntó con educación y descubrió una de las pasiones de aquellos desconocidos y que compartía: la lectura. La idea de que pudieran recomendarle —no osaría pedirlos prestados— nuevos géneros o libros le pareció fantástico.

Cuando acabaron el desayuno la charla era distendida y, en contra de sus peores augurios, se sentía cómoda entre ellos. Cuando salieron de la sala, en cambio, todos parecían tener un lugar al que acudir. Todos, claro, menos ella.

—Acompáñame y te enseñaré los jardines, Emma —le pidió Christopher.

No era una joven inocente, tenía veintitrés años y sabía que el comentario sobre comprar el cuento para leérselo a Alexander había incomodado a los demás, levantando especulaciones innecesarias por más confianza que pudiera tener con ellos. Que le dijera dónde ir, en lugar de pedírselo, tampoco ayudaría a su causa.

También él se había dado cuenta, pero una posesividad rara en él lo había superado. Conocía a su primo Richard y para él era obvio que Bensters estaba interesado en Emma, lo que le hacía sentir mal. Este no era un mujeriego, era tan serio como lo fuera su padre, lord Julian, a su misma edad. Si miraba a una dama así era porque quería conocerla mejor. Se sentía traicionado por su propio primo y había cometido un par de errores con Emma. ¿No se había prometido la tarde anterior ser cauteloso?

En cualquier caso, cuando acabasen el paseo, con suerte, podría hacer su anuncio y todo quedaría en una anécdota. La familia bromearía de su precipitación, incluso.

La condujo hasta la puerta principal y anduvieron por un sendero empedrado rodeado por un seto a media altura, rodeando el edificio, hasta llegar al jardín trasero de la casa. Comenzaba allí una enorme extensión de parterres y senderos perfectamente diseñados con algunas fuentes y figuras griegas diseminadas de tal modo que podían ser vistas desde casi cualquier parte de los jardines.

—Son obra de Turner. —Se refería al mejor paisajista inglés de la primera mitad de aquel siglo—. Mi madre decidió contratarlo y poner orden al vasto jardín que mi abuela descuidó durante años.

—Es un trabajo excelente —reconoció sin aliento.

Le encantaba la jardinería, y la idea de poder ensuciar sus manos en un lugar así hacía que los dedos le cosquilleasen.

—Es un desperdicio, si se me permite opinar —le respondió con buen humor —. Mi madre está demasiado ocupada con… —No le contaría que su madre se dedicaba a administrar un patrimonio pecuniario de dimensiones inimaginables —. Y May tampoco tendrá tiempo para él. Son los jardineros los que se ocupan. Sí, lo disfrutamos paseando, pero ¿qué sentido tiene poseer algo perfecto si no participas de esa perfección?

Si la intención de Emma había sido la de regañarle por ponerla en evidencia delante de los demás invitados, dando a entender una relación más íntima de la que en verdad compartían, tras esa declaración prefirió dejarlo pasar. Acababa de descubrir que el Christopher del campo parecía un hombre proclive a bromear, como había hecho durante el desayuno, a opinar y también a compartir confidencias.

Sentía una curiosidad enorme por aquel caballero al que veía casi a diario y del que tan poco sabía.

No contaba con que él, en cambio, sí hablaría de su descortesía.

—No debí decirte que compráramos juntos un libro para mi hijo. Tampoco debí exhortarte a acompañarme…

—Exhortar es una forma culta de decir que me lo has ordenado.

—Tampoco debí esperarte para escoltarte; conozco a May e imaginaba que también ella tendría las mismas intenciones.

¿Qué podía decirse a eso? Mucho, se respondió, divertida.

—Estás en lo cierto y, sin embargo, no escucho arrepentimiento en tu voz.

Suspiró, le rozó el codo y la instó a pasear. Era más fácil sincerarse cuando no tenías el rostro de la otra persona frente a los ojos.

—Sé que he insinuado una confianza, un cierto grado de intimidad entre nosotros que, extrañamente, no existe a pesar del tiempo que nos conocemos.

Ahí estaba, se dijo Emma. También él tenía la extraña impresión de que sabían todo y nada del otro.

—No ha sido prudente —le confirmó, buscando evitar que su tono sonase a reproche.

—¿Sería una locura?

Se detuvo y lo miró, temerosa de haberle entendido.

—¿Qué sería una locura, que nos conociésemos íntimamente? —No pudo evitar el rubor; no era una joven inocente, de acuerdo, pero sí una mujer inocente, después de todo.

Tenía que preguntar, tenía que hacerlo, pero no se hacía el ánimo.

—¿Sería una locura, Emma? —repitió él, insistente.

Se armó de valor.

—Antes de darte una respuesta a algo que, entiendo, consideras importante, tal vez deberías decirme con exactitud a qué te refieres.

—Hace meses que diriges mi casa y cuidas de mi hijo. Pasas más tiempo en mi residencia que en la tuya… quizá no, pero sí durante el día, que es cuando importa. ¿Sería una locura que nos hubiéramos vuelto íntimos?

En sus venas corría sangre americana y burguesa: no se amedrentaría, dando ventaja a Christopher en aquella charla completamente fuera de lugar.

—¿Quieres decir amantes?

Negó él con la cabeza.

—Quiero decir enamorados.

La palabra cayó sobre ellos al ser pronunciada.

Para Kit era casi una traición a su esposa y, al mismo tiempo, una liberación. Para Emma era desconcertante, atrevido e insultante. Aun así, no se sentía agraviada ni humillada; desconcertada, eso sin duda.

—Si pretendes hacerme creer que me amas… no, es obvio que no lo has pretendido, sin duda sabrías hacerlo mejor.

No supo el noble si lo criticaba o se burlaba de él.

—Lo que quiero decir es que, si ahora mismo anunciásemos un compromiso, nadie se sorprendería, dado el tiempo que hace que nos conocemos y la frecuencia de nuestros encuentros. Esa que tanto está dando que hablar —se obligó a añadir.

Se paró de forma abrupta. Viendo que él hacía lo mismo pero que evitaba enfrentarla, lo tomó de los hombros en un acto sin precedentes, pues nunca le había tocado más allá de reposar la mano sobre su brazo en alguna ocasión, como aquella mañana, o en contados bailes antes de que Anna enfermase, y lo giró hacia ella.

—¿Me estás diciendo que deberíamos casarnos?

Se encogió el caballero de hombros y rehuyó la mirada verde de la dama.

—Tenemos que casarnos. Tú y yo, por separado o juntos.

—Así que quieres que nos casemos —No podía evitar la irritación en su tono, por más que tratase de rebajarla se sentía ofendida, aunque no estuviera segura de la razón.

Se creyó él acusado de un delito.

—Lo he estado pensando mucho…

—¿Mucho? ¿Cuánto tiempo es eso? Porque la semana pasada prometiste

entregarme unos rubíes como regalo de matrimonio. Una boda, por cierto, con otro hombre.

—Lo he estado pensando con detenimiento, entonces —se corrigió, su voz destilaba enfado.

—¿Desde cuándo? —insistió, enfadada.

Merecía la verdad.

—Desde hace tres días, maldita sea.

—Mi futuro no debería decidirse en tres días. Ni el tuyo tampoco —se obligó a añadir.

—Nuestro futuro fue decidido por otras personas en apenas un instante: el mío, cuando Anna se abalanzó al vacío desde el balcón de su alcoba —hablaba con dureza, enfadado con él por lo mal que estaba dirigiendo la conversación y con ella por sentirse ofendida en vez de halagada—, y el tuyo cuando Johnson se subió a un carruaje rumbo a Escocia con otra mujer.

Dio un paso atrás, como si la hubieran golpeado. Comenzó a caminar, sin importarle si la seguía o no. Desde luego, Kit lo hizo. Tras más de diez minutos, habló, ya serena.

—No niego la verdad de tus palabras, ni lo práctico que resultaría un enlace entre nosotros, Christopher. —Ahí estaba, lo tuteaba por primera vez—. Pero existe una razón por la que rechacé media docena de peticiones y acepté la de Malcolm. Y no he cambiado de opinión a ese respecto: me casaré enamorada o no lo haré en absoluto.

—¿Pretendes que te enamore?

—No seas pretencioso —espetó, sin pensar.

—¿Quieres que trate de enamorarte?

—Christopher, ¿qué está ocurriendo?

Vio cómo él se pasaba una mano por el cabello antes de responder con honestidad. Después de todo, Emma se merecía la verdad.

—Que he descuidado mi casa y a mi hijo. Ahora no hablo con culpabilidad, pero es cierto. Necesito una dama que se encargue de eso y sé que tú cumplirías ese rol a la perfección. Lo estás haciendo ya, de hecho. Y también que serías una buena esposa, que jamás me avergonzarías. Así que, ¿por qué no?

¿Por qué como petición era horrorosa y le había dicho que creía en el amor? No trataría de razonar con él a base de sentimientos: la demagogia no funcionaba con alguien como él.

—¿Y qué ocurriría si quisiera tener hijos propios? —La mirada que recibió hablaba de asombro—. En todo tu detenimiento, no has pensado en ello, ¿verdad?

—Podría darte un hijo. O dos, si lo prefieres —respondió en voz baja.

—Podrías, pero la cuestión no es esa. Un matrimonio de conveniencia entre nosotros sería perfecto y no dudo de que cada uno cumpliría su parte. No obstante, si deseara uno no me habría mantenido soltera hasta ahora, sino que me hubiera casado en mi primera temporada con el barón de Harley. Era la mejor proposición que jamás recibiré y hubiera supuesto un éxito.

Se sintió ninguneado a pesar de la verdad de sus palabras: un barón era mejor que él en la escala social.

—¿Me rechazas únicamente por eso?

Necesitaba estar seguro de que era la necesidad de Emma de amor, de romanticismo, la razón de su rechazo; que no lo consideraba insuficiente. Su ego se había resentido al ser comparado con un barón y haber perdido.

—¿Por qué si no? —inquirió ella, extrañada. Creía haber sido muy clara.

—Porque te sientes mal por Anna —dejó caer con tiento.

—Y de repente ¿tú no te sientes mal por sustituirla?

—Me siento peor por mi hijo y por el servicio. Anna ya no está y será mejor que lo asuma, según me han hecho ver.

Suspiró Emma.

—¿Puedo ser brutalmente honesta, Christopher?

—Puedes.

No podía negárselo, no después de la conversación que estaban manteniendo.

—Si quieres casarte con una mujer que se encargue de tu casa, del servicio y de tu hijo, comienza por quitarte el crespón, espanta a las mujeres. Acude a la temporada con la mente abierta y encontrarás a una mujer que te diga que sí.

—¿Será adecuada?

—No eres tonto. Y si te equivocas, los tuyos te lo harán saber.

Asintió: era cierto.

—Quizá deberíamos volver.

El peso de su charla había caído sobre sus anchos hombros de repente.

—Sí, será lo mejor.

—¿Debería disculparme? —quiso saber, ya de vuelta, cerca de la casa.

—¿Por considerarme lo bastante buena para tu casa y tu hijo? No, claro que no.

—Las formas…

—¿Qué importan las formas cuando no era una petición real, sino una conversación sobre si sería conveniente o no?

Aunque algo en ella le gritaba que la manera importaba y que la de él era casi imperdonable. ¿Acaso a la hija de un duque la habría tratado igual? ¿Habría

dado por sentada la propuesta de matrimonio si hubiera sido una dama de alcurnia quien hubiera escuchado aquellas palabras?

—Así pues —concluyó Kit, pensando en voz alta—, nada tienen que ver Johnson o Anna en tu negativa. Sencillamente —no había nada de sencillo, pero no se lo reconocería— no es viable porque tú buscas el amor y yo alguien que recomponga mi vida.

—Y a quien querer, Christopher. Busca a alguien a quien querer —había súplica en su voz.

—Quizá debí decirte que te amaba —intentó bromear.

—Quizá deberías haber intentado demostrarlo mediante engaños, aunque me temo que soy demasiado lista para mi propio bien, según mi padre.

Rieron los dos con desgana. Habían llegado a la entrada principal.

—Subiré a mi alcoba.

—Si prefieres compañía, las damas deben de estar en la sala de costura. No cosen, ninguna de ellas y, a pesar de ello, es allí donde ser reúnen.

—Tal vez más tarde.

Subió las escaleras sin mirar atrás. ¿Qué diablos acababa de ocurrir? Como fuera, necesitaba soledad para analizarlo.

Capítulo 6

Fue directamente a la sala de billares. Como sospechara, Bensters estaba allí, jugando solo a hacer carambolas. Era un excelente jugador y disfrutaba entrenando, le ayudaba a aclararse las ideas cuando estaba tenso. Manejaba, junto con su padre, el negocio familiar, aunque él lo hiciera desde Londres, pues prefería no subir al norte, más frío e inhóspito, más allá de celebraciones íntimas e imprescindibles. Vivía en la capital todo el año, como algunos de sus primos, y tenía una existencia tranquila. Mucho trabajo, pocas mujeres, nada de apuestas. Si los padres de todos ellos habían dado que hablar a *la ton* durante su juventud, en el caso de la siguiente generación parecían ser las mujeres de la familia quienes escandalizaban a los dragones. Ninguno de los Illingsworth había sacado el carácter alocado de su padre; Bensters era tan serio como su propio progenitor, y tanto Christopher como su hermano eran dos caballeros responsables.

De ahí la sorpresa del conde cuando entró Kit y cogió la licorera.

—¿No es un poco temprano para beber brandi?

—El brandi poco tiene que ver con las horas y mucho con las circunstancias. Y dado el ridículo que acabo de hacer, creo que… Tienes razón, nada de brandi: mejor whisky. ¿Dónde guarda mi padre…?

Comenzó el moreno a abrir algunos armarios de la *boiserie* que ocupaba toda la pared lateral de la sala de juegos de los Saint-Jones. Cuando dio, al fin, con la botella que buscaba, la abrió y se sirvió un generoso vaso.

—¿Gustas? —ofreció a Richard.

—Paso, prefiero verte caer borracho, porque entiendo que es lo que harás.

¿Es por mi cumpleaños? —Mientras respondía, dio a la bola blanca, haciendo que una roja golpeara en hasta cuatro extremos de la enorme mesa de tapete verde sin rozar las otras bolas.

—Más para mí. Y feliz día.

Debía de estar muy avergonzado, dedujo el rubio, cuando no se acercaba a abrazarle, siendo amigos íntimos, no solo familia. Siendo estudiantes habían celebrado los cumpleaños juntos y de forma alocada.

—Bebiendo para olvidar ¿a tu edad?

No respondió. Prefirió sentarse a mirar cómo jugaba; era un gozo para cualquier aficionado al billar ver a Richard con el taco entre las manos.

Esperó Bensters a que su primo se terminase el vaso y, al ver que se ponía otro, se decidió a inquirirle.

—¿Por qué no me lo cuentas? Te sentirás mejor. Y puede que me ría de ti durante meses, pero sabes que no se lo contaré a nadie más.

—Acabo de pedir matrimonio a Emma. —El taco salió disparado hacia arriba, golpeando la lámpara de cristal sobre la mesa. Afortunadamente, no se rompió ninguna pieza—: Rectifico: acabo de exponerle la posibilidad de que debiéramos casarnos y abocarnos a un matrimonio de conveniencia.

—¡Kit!

Fue todo lo que pudo decir, exasperado.

Este bebió de golpe el contenido del vaso. Iba a servirse un tercero; Richard se lo impidió.

—Cuéntamelo primero y, si en verdad te has ganado la borrachera para olvidar, yo mismo te serviré y te acompañaré después hasta tu alcoba. Puede que, incluso, te perdone las burlas. —Era un trato generoso—. Pero habla antes.

Si Kit hizo caso fue porque necesitaba recapacitar sobre su actuación, darle perspectiva. Tal vez así no se sintiera tan estúpido.

—Le he dicho que, dado que estamos dando que hablar, que conoce bien mi casa y a mi hijo, y que ambos vamos a tener que casarnos, ¿por qué no hacerlo juntos y solucionar todos nuestros problemas?

—¿Y la parte en la que la halagas?

—Le he dicho que es una buena mujer y muy competente en las tareas de esposa.

Richard cogió la licorera y rellenó el vaso.

—Definitivamente, te lo has ganado.

—Definitivamente, no me siento mejor.

—¿Qué ha dicho ella?

—Que quiere casarse por amor.

—Es una respuesta elegante, sin duda. Es un buen final para una conversación desafortunada. Porque entiendo que la charla ha acabado ahí.

Negó despacio con la cabeza.

—Le he preguntado si quiere que la enamore.

Richard amagó un grito escandalizado. Quizá más adelante pudieran reírse de aquello; en ese instante estaba… no tenía palabras para definir su estado.

—Creo que también yo me serviré algo. Será brandi, no me siento tan mal, después de todo.

Hizo lo propio y se sentó a su lado.

—Lo más curioso es que no está enfadada. Le he preguntado, incluso, si me rechazaba porque se sentía mal por su mejor amiga… era la mejor amiga de Anna, creo que ya lo he mencionado, y me ha dicho que no. Y creo que era sincera, además.

—Me parece increíble que no tengas la palma de su mano grabada en tu mejilla.

—Así es Emma, una mujer práctica.

—Y bella —dijo para sí Richard.

Se puso en pie Kit. Los tres vasos de whisky habían actuado deprisa, haciendo mella en su equilibrio; seguramente por un desayuno deficiente y la rapidez con la que los había ingerido. Se tambaleó apenas y regresó a su asiento.

—Sabía que te había gustado.

—Tendría que estar ciego para que no fuera así: no es una cría, sino una mujer; una pelirroja de ojos verdes, exactamente mi tipo, y parece tener la cabeza bien asentada.

—Es la hija de una americana y un sir de poca monta, poco para el futuro marqués de Cramwell.

Richard le rectificó:

—Si es buena para ti, también lo es para mí.

Dejaron pasar unos minutos. Fue Kit quien habló.

—¿Vas a cortejarla?

—¿Puedo hacerlo?

—¿Quién te lo impide? —espetó el moreno, molesto.

—¿Nuestra amistad, tal vez?

Lo estuvo pensando durante un buen rato. Tanto, que Richard dejó el brandi a medias y regresó al billar.

Christopher se sirvió un cuarto vaso y se lo bebió de un trago.

—Emma quiere casarse por amor y merece ser querida. Si crees que es la mujer a la que vas a querer, entonces yo no tengo nada más que decir. Solo

desearos lo mejor.

—¡No recordaba lo dramático que te pones cuando bebes, Kit! Creo que no te veía así desde Cambridge. En pie, anda, te llevaré a tu dormitorio, te disculparé frente a May y, quién sabe, quizá incluso te perdone las bromas más pesadas sobre esto.

—Me compadeces —protestó.

—Te lo mereces —le confirmó el conde.

Y, pasando el fuerte brazo de su amigo por sus hombros, Richard se asomó al corredor, no vio a ninguna de las damas, quienes sin duda estarían parloteando sobre tres cosas al mismo tiempo e interrumpiéndose en la sala de costura, y subió a Kit a su dormitorio evitando que fuera visto por nadie más.

Lo depositó en la cama y lo miró, despatarrado. El valet se afanaba en quitarle los zapatos, tras retirarle la chaqueta.

—Al menos ya no te compadeces y has comenzado a convertirte en el mismo idiota de siempre —le dijo al cuerpo dormido—. De una forma retorcida, pero avanzas.

***

Emma se obligó a salir de su dormitorio. Tras el desayuno y un paseo por los jardines podía entenderse que pasase un lapso en su alcoba, pero ya había evitado la cena de la noche anterior; lo correcto y también lo más sencillo para ella sería conocer primero a las damas a solas e ir con ellas al almuerzo cuando correspondiese. Se armó de valor, pues, y salió con el mismo vestido cómodo y una sonrisa dibujada a base de esfuerzo. Preguntó a la primera criada que encontró por la sala de costura; resultó ser el ama de llaves.

No le gustaban las amas de llaves; tenían un estricto sentido de la jerarquía a todos los niveles y, para quien regentaba la casa de un noble, Emma era una advenediza. Aquella mujer, en cambio, le sonrió con sinceridad y le pidió que la siguiera, ofreciéndose a acompañarla.

—Si desea ver la mansión y milady está ocupada, puede pedírmelo, será un placer enseñarle Stanford Manor.

—Gracias.

Sonrió y a punto estuvo, incluso, de hacerle una reverencia. Aquella mujer era toda una señora, con o sin título, y mucho más educada que algunas aristócratas que había conocido a lo largo de su vida.

La anunció incluso, invitándola a entrar en la sala cuando dio permiso alguien desde dentro y le preguntó si quería un té.

—Tenemos té, gracias, señora Mest. Aunque quizá podría enviar una tetera caliente, esta se ha enfriado ya.

Con una breve reverencia, asintió y se marchó la sirvienta, dejándola sola frente a varias damas. Reconoció únicamente a May, a lady Eliza, quien pasara apenas cuatro semanas el año anterior en la ciudad durante la temporada, y a lady Edith Morrington, señalada por la nobleza como la anfitriona de Londres.

—Siéntate, por favor. —Señaló May un sillón—. Espero que tu paseo haya resultado agradable. Imagino que conocerás a mi prima Eliza.

—Así es, coincidimos en alguna ocasión la temporada pasada.

Se saludaron ambas solteras y alivió a Emma ver que no era la única cohibida.

—También a mi hermana, claro. ¿Quién no conoce a Edith en la capital?

Hubo risitas y esta puso los ojos en blanco. Se levantó, le tomó las manos y la saludó con calidez.

—Me ha dicho mi hermana que vives en Londres todo el año. Tendrás que venir a visitarme a casa cuando acabe el ajetreo de la temporada. La ciudad se vuelve aburrida en septiembre.

—¿Soy yo o acaba de prohibirle visitarla durante la temporada y la quiere como entretenimiento?

Hubo muchas risas.

—No, no —se apresuró a disculpar a quien la convidaba con generosidad—. Creo que…

—Déjalas, van a burlarse de mí un buen rato y eso es bueno para ti —le dijo Edith, ofreciéndole asiento a su lado—: Mientras se entretienen conmigo, te dejarán tranquila.

Dubitativa, se sentó donde le había señalado la marquesa. Aún quedaban algunas damas por conocer. Se presentaron ellas mismas:

—Sophie.

—Louisa.

—Helena.

Sin apellidos, sin formalidades. Podría acostumbrarse a un ambiente relajado como aquel. Ese que vivió de niña, hasta que la reina Victoria honró a su padre con la *Royal Victorian Order*.

—Emma —dijo con voz tímida, presentándose con la misma informalidad.

Salvó su azoro el ama de llaves. Debía de tener ya una tetera preparada, cuando tardó tan poco en traer una nueva, ya dispuesta y humeante.

Se ofreció Emma a servirlo, repitiendo los nombres de cada dama para asegurarse de que los había memorizado bien, y desde ahí continuó la conversación donde la habían dejado.

—Hablábamos de lady Osmond, ¿la conoces? ¿No?

—Afortunada tú —murmuró Eliza.

—Es un dragón de la alta sociedad. Pretende saberlo todo y, si no, lo inventa. La cuestión es que ha decidido que Bensters debería estar interesado en…

Agradeció que continuaran charlando como si ella fuera una más. Nadie parecía intentar que se sintiera cómoda, sino que la aceptaban tal cual y la hacían sentirse bien, sin más. Parloteaban divertidas sobre la nueva temporada cuando, minutos después, Eliza se le acercó.

—¿Pasearías conmigo por la habitación?

Extrañada —desde que la conociera tuvo la impresión de que era una joven muy tímida— asintió y dejó que le tomase la mano.

—Creo que este año volveremos a los salones. Tal vez podríamos acudir a los mismos eventos y protegernos la una a la otra.

—¿De la tal lady Osmond? —respondió con frescura, sin pensar.

Vio cómo la muchacha negaba la cabeza y señalaba con discreción a las damas sentadas.

—De ellas.

Tuvo que contener una carcajada.

—Ojalá pudiera ayudarte, Eliza, pero me temo que no nos invitan a las mismas fiestas.

—Si quieres que siga siendo así, será mejor que se lo hagas saber. —Se refería a las damas presentes—. Algo me dice que van a encargarse de que asciendas a la cumbre de la temporada y que lo hagas de su mano. Donde vayas, irán; donde no estés invitada, no acudirán.

Levantó las cejas.

—¿Lo harían?

—Si te has portado con Kit como él afirma, te acompañarían hasta las mismas puertas del infierno. Todas lo haríamos —afirmó con convicción, aun sin mirarla a los ojos.

—Creo que me gustaría tener unas amigas, nobles o burguesas, que quisieran acompañarme tan lejos.

—¿Trato, entonces?

Asintió y le tomó la mano.

—Ya que habéis decidido confabularos contra nosotras —dijo Edith—, será mejor que os volváis a sentar. Hay una temporada que preparar.

Y la siguiente hora estuvieron parloteando sobre fiestas y familias que desconocía. De repente, la idea de participar en la temporada no le pareció horrible, sino una aventura.

Incluso Almack's le parecía posible.

Cuando sonó el gong bajaron a comer. May se quedó retrasada y Emma se vio en la obligación de esperarla, siendo ella la dueña de la casa. Como sospechara, quería hablar con ella a solas.

—Emma, ¿podríamos dar un paseo después de comer? Me gustaría preguntarte por Kit. Si no quieres hablar de él o te sientes violenta, puedes negarte y valoraré tu lealtad hacia mi cuñado.

—De… ¿de lord Christopher? —Asintió la marquesa, lo que le hizo preguntarse si sabría lo que había ocurrido unas horas antes—. ¿Qué deseas saber?

Suspiró, incómoda, May.

—¿Cómo está? Frente a nosotros simula estar bien, pero mi esposo está preocupado. Tenemos la sensación de que no es capaz de pasar página.

Asintió ella con un movimiento de cabeza firme.

—Paseemos después de comer. ¿Sería posible hacerlo mientras visitamos la casa? Me muero por husmear y preguntarte al detalle.

Cuando se dio cuenta de la indiscreción que eso significaba se sonrojó. La otra, en cambio, solo rio, aceptando con naturalidad su descaro.

—Te enseñaré la casa y después los jardines, donde hablaremos. Mis primos van a sospechar por qué te pido que paseemos a solas y conocen cada recoveco desde el que escucharnos sin ser vistos. —Su rostro se tornó serio antes de continuar—. Necesito que sepas que cualquier cosa que me cuentes, quedará entre tú y yo. Bueno, también Alex lo sabrá, si te parece bien. Me refiero a mi esposo, por si todavía no lo conoces.

No, no había coincidido nunca con Wilerbrough, pero por cómo hablaba Christopher de él, era obvio que se estimaban mucho y que, como la marquesa, debía de querer lo mejor para él.

—Me parece perfecto.

Ahora entendía por qué al esposo de Anna se le iluminaba el rostro cuando hablaba de «los suyos». Lo querían y respetaban a partes iguales.

Debía de ser hermoso tener una familia así, tan grande y bien avenida.

***

—¿Indispuesto? ¿Qué diablos se supone que significa indispuesto? ¿Cómo ha podido ponerse enfermo en apenas dos horas, tan enfermo como para no comer con nosotros? —La voz de la marquesa de Wilerbrough sonaba indignada—. ¡Richard!

El hijo del conde de Westin, casado con Helena como había descubierto, se burló de Bensters.

—Por Richard se refiere a ti, no a mí. —Solían hacerse bromas sobre el hecho de que ambos compartieran nombre; uno por su padre, el otro por su padrino—. Estaba contigo cuando se «indispuso».

—Significa que está completamente borracho —especificó el conde, aun sin necesidad.

El comentario hizo reír a los caballeros y escandalizó a las damas, que fijaron la vista en Emma, disculpándose en silencio por la sinceridad de Richard.

—¿Y crees que estará ya dispuesto esta noche? —continuó atacando May.

—Lo dudo.

Emma le reconoció el valor a aquel apuesto caballero; la marquesa parecía temible cuando se enfadaba.

—Pues no celebraremos tu cumpleaños esta noche —sentenció la marquesa, sentándose con satisfacción.

Se puso en pie el aludido y miró a Alexander, el anfitrión.

—¿Tu esposa me está castigando por la borrachera de tu hermano?

—Tu hermana está enfadada contigo por no cuidar de su cuñado —matizó.

Hubo más risas mal disimuladas.

—Bueno, pues no comeréis pastel hasta mañana —simuló conformarse, mirando a la mayor de los Cramwell con gesto travieso—. Aunque, May, diría que nuestra hermana Edith lo lamentará más que yo.

—¡Eres un patán insufrible, Richard! —se quejó la aludida—. Jared, ¿no deberías defenderme?

—Eres muy válida, mi amor, y, además, tiene razón. Sería una descortesía por mi parte negar lo evidente. May, ¿podrías pedir que comenzaran a servir? Me muero de hambre.

Aquella respuesta, cada palabra, rebajó el enfado de las damas y puso punto final a la conversación.

Sentada al lado de Eliza, quien se mantuvo tan callada como ella durante toda la cena, disfrutó de cada plato y, en especial, del buen ambiente.

Christopher ¿beodo?, no dejaba de preguntarse. ¿Acaso se había emborrachado tras su conversación? ¿Habría tenido una aspiración real sobre ella? No, se corrigió. Era sin duda la vergüenza la que había motivado su excesiva

ingesta de alcohol. Y no iba a negar que la idea le divertía bastante.

Más tarde llegó el paseo, por la casa primero y por el jardín después. Mientras disfrutaban de la caminata entre los parterres, Emma le contó a May que, de un tiempo a esa parte, tenía la sensación de que Kit —empezaba de forma inevitable a pensar en él como tal, aunque en ningún momento pronunció el apodo caroñoso que usaba su familia— había dado un paso de gigante en su recuperación y que estaba convencida de que al fin habría dejado atrás la pena y, lo más importante, la culpabilidad.

Eso sí, no se atrevió a explicarle las causas por las que estaba segura de ello.

Capítulo 7

Finalmente fueron seis los días que pasó Emma en Stanfort Manor. Cuando los Illingsworth anunciaron que a la mañana siguiente se irían a la finca colindante, propiedad del conde de Westin, padre de todos ellos, los Cramwell eligieron regresar a la ciudad, aunque de tarde. Entonces supo ella que era el momento de volver, a pesar de la insistencia de May en que se quedase unos días más y que la llevara a su hogar uno de sus propios carruajes. Lo único que la hizo dudar fue el hecho de que obligaría al matrimonio Morrington a viajar separado, pues, de ir juntos, ella tendría como compañero de viaje al conde de Bensters, algo inaceptable siendo ambos solteros.

La noche anterior la casa se engalanó para una cena llena de exquisiteces y una fiesta que se celebraría tras el copioso convite, un baile como cualquiera de los que se celebraban en Londres, aunque en exclusiva para ellos. Contrataron, incluso, un quinteto de cuerda para poder bailar. Se ataviaron con vestidos lujosos y los caballeros vistieron sus chaqués y disfrutaron de la compañía con la tranquilidad de que, en breve, volverían a coincidir. No lo harían solos, pero se verían en los salones de la capital y encontrarían sus momentos de intimidad.

Las damas ardían en deseos de amadrinar a Emma, y a Eliza se la veía más relajada al saber que las estrategas de sus primas tendrían que dividir su ingenio entre dos solteras. También ella, en teoría ajena a la unidad que conformaban los presentes y a los que apenas había conocido aquella semana, se sentía encantada. Había encontrado aliadas poderosas que le evitarían desaires. Aunque lo que más valoraba era que, al fin, parecía volver a tener amigas. Solo Anna la había tratado

como tal desde que los Towsend se mudaran a Mayfair y echaba de menos la fraternidad con otras mujeres.

¡Incluso le habían prometido una noche en Almack's! No le gustaba el mercado matrimonial, lo consideraba hipócrita, pero una velada en el famoso club, por mal que hubiera oído hablar de sus cenas y su ponche, era el sueño de cualquier dama que se preciase de serlo.

O eso había pensado hasta conocer a aquel variopinto grupo de mujeres.

—¿Me concederás un baile, Emma? —le susurró Christopher, a su lado.

Como en ese momento estaba pensando en el célebre club mixto, respondió sin pensar, confundida y confundiéndole.

—Si logro ser invitada, sería un honor bailar mi primer vals contigo allí. —La cara de su vecino le dijo que no esperaba una contestación así. Se corrigió al punto—. Quiero decir que sí, que esta noche será un placer bailar… un honor, quiero decir…

Rio él, atrayendo por enésima vez la atención del resto, aunque de forma disimulada.

—Será un placer para ti y un vals para mí, entonces. No puedes desdecirte.

Para Christopher sería un reto bailar esa noche, y algo le decía que esa era la razón de aquella precipitada, improvisada velada festiva con música. Esa mañana había bajado sin el crespón atado a su brazo, señal inequívoca de que había abandonado el luto de forma irrevocable. Todos suponían, de hecho, que pretendía dejar también la tristeza tras de sí.

Sin embargo, había cierto amago de ilusión en Kit por el hecho de ser con Emma con quien fuera a danzar. A pesar de la turbación por su rechazo a un hipotético matrimonio, la dama lo había tratado como siempre, facilitando que la relación entre ambos se normalizase enseguida.

—¿Me concederás una cuadrilla a mí? —pidió el conde de Bensters.

Con una sonrisa radiante, ella asintió.

—Bailaré con quien me lo solicite, el señor Painfoot incluido, si es que me pide una pieza. —El viejo mayordomo tosió, evitando la carcajada; también el jefe del servicio la había tratado con amabilidad y deferencia—. No me avergüenza confesar que en las *soirée* a las que soy invitada paso más tiempo sentada que en la pista, a pesar de que me encanta bailar.

—Tendría que haber confeccionado un carné de baile para ella —se quejó May, improvisando—. De acuerdo, abriremos con un vals, pieza reservada ya a Kit, tras él bailará con mi esposo por ser el anfitrión, después una cuadrilla con mi hermano Richard, le seguirá…

Y en un santiamén tenía a todos los caballeros adjudicados, uno tras otro.

Así fue, por tanto, como una hora más tarde se hallaba en el centro de la pista rodeada de los fuertes brazos de quien era su vecino en Londres. En aquel momento, en cambio, no pensaba en el padre de Alexander ni en el esposo de su difunta mejor amiga. Bailaba con un caballero al que tenía la sensación de no conocer en absoluto.

Christopher era alto, pero también ella lo era. Su cabeza superaba por poco el fuerte mentón del caballero así que, cuando alzó la vista, pudo mirarle directamente a los ojos. Para su sorpresa, descubrió que no eran negros como siempre había pensado, sino de un azul tan oscuro como el mar embravecido. Por un momento quedó hechizada por la intensidad de su mirada. ¿cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes de lo hermosos que eran sus iris?

Bajó la vista, sintiéndose tan tímida como una debutante en su primer baile, y sus ojos quedaron a la altura de su boca; volvió a asombrarse. Acostumbrada a que él mantuviera siempre un rictus serio, casi amargado, sus labios solían ser una delgada línea. En aquel momento, sin embargo, estaba sonriendo, y descubrió que tenía una boca llena, ancha. Quizá fuera inocente, pero no era una completa ignorante. Era imposible haber estado prometida con un libertino de primer orden y no haber experimentado los besos. La boca de Christopher era hermosa, tanto que sintió la suya propia seca de repente. Era un hombre muy atractivo. Pestañas cortas pero espesas, cejas rectas, nariz fina, pómulos marcados, tanto como su mentón, la barbilla partida y una boca… ya lo había dicho todo sobre su boca.

Suspiró. No podía bajar más la mirada, parecería que observaba sus propios pies por miedo a equivocarse y quedaría en ridículo. Se concentró en la música. Sus manos, en cambio, desobedecieron las recomendaciones de la razón y midieron su envergadura. Algunos caballeros rellenaban los hombros de sus chaquetas para dar una sensación de amplitud; él era, sencillamente, muy ancho. No creía que practicase deporte, claro que, ¿qué podía saber ella? Tal vez cuando desparecía se iba a practicar boxeo. Podía ir a un burdel, incluso, tan poco sabía de sus actividades.

La idea de que frecuentase lupanares hizo que sus mejillas se sonrojaran; notaba el calor en el rostro.

—Pagaría encantado un ajuar de rubíes por saber en qué estás pensando —bromeó él, divertido ante su evidente azoro.

Tal vez hiciera años que Kit no se acercaba a una mujer; demasiados, se dio cuenta. Pero eso no significaba que no reconociera el interés de una cuando lo miraba, y Emma estaba, sin duda, registrando cada rincón de su cara con ojos curiosos. Y, por la intensidad de sus pupilas, parecía gustarle lo que veía.

¿Sería posible que, hasta ese día, nunca se hubiera fijado en él? Aunque tampoco él la había visto nunca como a una mujer, o no hasta que Bensters le dijo que era hermosa.

Había pasado aquella semana viéndola como algo que más que la dama que alegraba los días de su hijo. Rodeada de mujeres había visto florecer a una nueva Emma, una elegante, relajada y bonita Emma.

—Ya has pagado por ese ajuar y me lo has prometido, además. Tendrás que ofrecer otro precio para conocer mis pensamientos, Christopher.

Kit sonrió. Lo hizo de verdad, como ella le había visto sonreír aquella semana en un gesto que, hasta ese momento, no le había dedicado y que resultaba arrebatador.

—¿Cuánto valen tus pensamientos? —insistió, travieso.

Por un momento, le pareció que flirteaba con ella; era imposible y, aun así, había algo en su mirada…

—Mucho más de lo que puedas pagar, me temo.

Se encogió de hombros en un gesto que, como había descubierto, hacía con frecuencia cuando se sentía cómodo, realzando su figura y haciendo consciente a Emma de su fuerza, pues tenía la mano derecha sobre él.

—Disfrutaré del vals, entonces.

Nada más dijo, se dedicó el resto del baile a llevarla con maestría por la pista. Para hacer tanto tiempo que no bailaba, la mecía sin problemas. Supuso Emma que había cosas que no se olvidaban; descubrió Kit lo sencillo que era acompasarse al mismo ritmo con ella y su imaginación tomó derroteros poco recomendables cuando se trataba de una dama inocente.

El resto de la noche transcurrió como en un sueño: bailó con todos los presentes y, en un descanso que pidió para que sus maltrechos pies, poco acostumbrados a tanta atención, descansaran, estuvo charlando con Sophie y Louisa.

Se acostó pasadas las cuatro de la madrugada, feliz, y soñó con unos ojos de color azul índigo que la miraban, alegres.

***

A Kit, sin embargo, el sueño le fue esquivo. Apenas durmió, obsesionado con el sonido de la puerta del otro lado del corredor. A las cinco y media de la madrugada, maldito reloj, había decidido que acudiría a despedirse de Emma e

intentaría hacerlo a solas. La conocía bien y era muy madrugadora, así que suponía que se marcharía antes de las diez de la mañana a pesar de haber trasnochado. Por lo que sabía por May, el equipaje de todos estaba ya abajo desde la noche anterior, listo para ser cargado, a falta de la bolsa de mano con los enseres que usasen ese día.

No estaba bien avisar a su valet a esas horas de que le despertara antes de las siete y media ni tenía una explicación plausible, tampoco, para pedirle que lo avisase cuando lady Emma Towsend bajase a la sala de desayunos. Así que, a las ocho y media de la mañana, cuando al fin reconoció el sonido de una puerta y se asomó por el quicio de la puerta, la vio.

Se puso un pantalón cómodo, camisa, chaleco y chaqueta, obviando el lazo, pues no podría ponérselo correctamente él solo y prefería no llevarlo a hacerlo mal, y bajó tras ella. Cuando entró sonrió tanto como la diosa fortuna le había sonreído a él: estaban solos.

—Buenos días, Emma.

Había oído la dama abrirse la puerta así que no se sorprendió al escucharle, aunque no esperase a nadie en concreto.

—Christopher —respondió, tomando después la taza de té para seguir con su desayuno.

—¿Te importa? —Y se sentó a su lado sin esperar respuesta—. Has madrugado.

—No sabía a qué hora partirían los Morrington, así que he preferido arriesgarme a esperar durante horas a obligarlos a ellos a dilatar su salida por mí. —Troceaba la loncha de tocino mientras hablaba—. También tú te has levantado temprano.

—Quería hablar contigo a solas.

Se le escurrió el tenedor por entre los dedos. Tratando de disimular el temblor de sus manos, cogió la servilleta, se limpió y tomó un sorbo de té. Lo que fuera, se dijo, cuanto antes lo supiera, mejor. La otra opción era esperar a que Eliza se uniese al desayuno, pues, hasta donde sabía, esa mañana no había bajado todavía al comedor, extraño en una joven que solía estar en pie a las siete y media de la mañana.

Se hizo el ánimo e inquirió.

—Dime, pues.

Kit carraspeó. Había ensayado aquel discurso durante las horas que no había podido dormir, así que estaba, hasta cierto punto, calmado, sabiendo qué quería decir y cómo. Y también qué callar.

—Respecto a mi petición del primer día, quería disculparme por mi torpeza.

—¿Torpeza? —preguntó Emma antes de poder detener su lengua.

Creía que, si se decidía a hablar de algo tan incómodo, bien sería para disculparse por haberse insinuado o para reiterarse en la idea; no para hablar de torpezas.

—Como declaración, fue un desastre.

Esa vez, sí, habló a conciencia, con gesto travieso.

—No te declaraste, Christopher.

Sonrió él, relajado al ver que no se sentía agraviada.

—Fue una declaración de intenciones. Y una muy torpe, insisto.

—¿No pretenderás repetirla?

El pavor en la voz de la dama le dolió.

—Quería matizarla, si te parece bien.

¿Podía una mujer negarle eso a un hombre? No, no podía. Si un caballero se declaraba, se esperaba de la dama que sonriera con estoicismo, aunque en su fuero interno prefiriera taparse las orejas con las manos y canturrear.

—Desde luego —su voz sonó falsa.

—Sigo pensando que, para mí, sería muy conveniente que fueras mi esposa. Y no solo porque el servicio de mi casa te respete o porque mi hijo te profese un cariño enorme; tampoco porque seas una dama inteligente, elegante y bonita. Es por tu alegría, Emma. Haces feliz a las personas que hay a tu alrededor solo con tu presencia. Eres espontánea, divertida y sincera en tus afectos; me atrevería a decir que eres traviesa, incluso. Brillas. Brillas tanto que podrías iluminar mi existencia.

Algo se removió en ella. Si escucharle decir que era hermosa mientras la miraba directamente a los ojos la había conmovido, escucharle confesar que podría hacerle feliz significó para ella mucho más que… que cualquier declaración que pudiera haber oído con anterioridad, la de lord Johnson incluida.

—Yo… —enmudeció, sin saber cómo responder.

—No tienes que decir nada. Fuiste honesta: solo te casarás por amor. Ojalá pudiera decirte que te amo, pero sería falso. Hasta ahora no he sido capaz de dejar atrás el pasado y, si me caso, será por mi futuro, el mío y el de mi hijo. ¿Quién sabe? Si no me hubiera precipitado la mañana del sábado, tal vez con el tiempo tú y yo…

Calló, dejándola con ganas de escuchar lo que faltaba, lo que fuera. Kit extendió la mano y la acercó lentamente a su mejilla, dándole la opción de apartarse si así lo decidía. No obstante, no habría podido moverse ni aunque la vida le hubiera ido en ello. Apenas podía respirar, a la espera de que sus manos le acariciaran la piel.

A punto estaban sus dedos de alcanzarla cuando se abrió la puerta.

—Buenos días —saludó Eliza, contenta.

La voz de la joven se apagó al percatarse de que había interrumpido algo, no estaba segura de qué.

Emma se levantó cual resorte.

—Buenos días, Eliza. —La voz le salió una octava más aguda de lo normal.

—Buenos días —respondió Kit—. Estábamos pensando en enviar a una doncella a buscarte, son casi las diez.

—¡Apenas son las nueve y cuarto! —se defendió.

El reloj le dio la razón, sonando una sola vez.

—Siéntate, te serviré yo —se ofreció, galante.

Conocía los gustos de su prima.

—Ya lo hago yo. —Se escuchó la voz de Bensters desde el vano de la puerta —. Si no cuido lo que mi hermana come, no le cabrán los vestidos, y en dos semanas comienzan los bailes.

—¡Eres…!

Eliza tomó una pieza de fruta y Emma estaba convencida de que aquella muchacha de apariencia complaciente, casi pusilánime, se la hubiera lanzado al conde de no estar ella presente.

Con una sonrisa, Christopher regresó a su lado.

Durante el resto del desayuno apenas la miró, pero dejó sentir su presencia en cada movimiento, acercándose a ella hasta casi rozarla, haciendo que su piel protestase por la exigida ausencia.

Emma se fue en cuanto pudo, escondiéndose en su alcoba.

Para cuando llegó la hora de las despedidas, él no estaba.

Capítulo 8

¡Al fin! Después de dieciocho días de espera, de mañanas de paseo y tardes de té de la mano de las damas de la familia de Kit, esa noche saldría por primera vez y lo haría estrenándose en Almack's.

Las dos semanas anteriores fue presentada como «una querida amiga» de todas ellas, que se habían esforzado al máximo en acompañarla a caminar por Hyde Park e invitarla a sus hogares, rodeándola de lo más granado de la alta sociedad. Aunque a regañadientes, *la ton* no había tenido más remedio que aceptarla, pues había quedado claro que era la única forma de conseguir que algún miembro de los Saint-Jones, Cramwell o Illingsworth acudieran a las *soirée*.

Esa noche no solo la acompañarían las primas de Christopher, sino también su madre y sus tías. Judith, duquesa de Stanfort, y April, marquesa de Cramwell, habían confirmado que acudirían a King's Street a disfrutar de la velada de aquel miércoles de la mano de sus esposos. Lady Nicole Ilingsworth, condesa de Westin y madre de Eliza, estaba en el campo tras caerse inexplicablemente de su montura.

La casa de los Towsend era un hervidero de nervios y risitas histéricas. Había hasta tres vestidos preparados, dos de los cuales se quedarían en el carruaje para que, en el improbable caso de que alguien manchase a Emma, pudiera cambiarse de ropa en el mismo club. Se habían decidido, tras muchas pruebas, por un traje sencillo cuya seda era de una calidad exquisita y corte al bies. Llevaba prendados pequeños lazos también blancos y una perla en el centro de cada uno. Con unos chatones en las orejas y una cadena de platino a la altura de la garganta con un

diamante también en forma de botón, estaba elegante y parecía modesta.

También había varios pares de zapatillas preparados que serían enviados a King's Street para que pudiera ir cambiándoselas conforme avanzase la noche, en el caso de que los caballeros le pisoteasen los pies, ensuciando las punteras y afeando su aspecto.

Nada, absolutamente nada, podía fallar en la presentación de lady Emma Towsend en su quinta temporada. Para muchos aquella era su última oportunidad de encontrar un esposo.

Mientras su madre daba el máximo de sí, su hija, en cambio, permanecía encerrada en su dormitorio leyendo una novela. Le habían concedido la posibilidad de alejarse del ritmo frenético de la casa en la creencia de que la pondrían nerviosa. La realidad era distinta: si bien era cierto que le emocionaba la idea de ir a Almack's, un hito para una dama que había intentado sin éxito entrar en el club durante cuatro años consecutivos, era otra la causa de su desvelo.

Y esta tenía nombre de caballero: lord Christopher Saint-Jones.

Se corrigió al punto, regañándose por su inconsciencia. Era a master Alexander Saint-Jones, el pequeño hijo de Kit, a quien añoraba.

Había abandonado la finca de los Stanfort en Berks hacía exactamente tres semanas y, desde entonces, no había vuelto a verle. Sabía que se había quedado… que padre e hijo, volvió a corregirse, habían permanecido en el predio familiar por otra semana y media.

Cuando regresaron a la ciudad lo supo, después de todo vivía en la acera de enfrente, solo dos casas más al este. Esperó un par de días a que se instalasen antes de enviar una misiva pidiendo visitar al pequeño esa semana. Para su sorpresa, recibió una nota de agradecimiento de puño y letra de Kit explicándole este que, dado que aquella semana comenzaba la temporada y tenía la intención de participar de esta y, por tanto, le sería imposible pasar tanto tiempo como debiera con Alexander, todos los días hasta el inicio de la temporada harían una u otra actividad: el zoo, el palacio de cristal, la abadía de Westminster, la Torre o el Museo británico.

La invitaba con educación a unirse a ellos si así lo deseaba, pero había declinado. Christopher había abandonado el luto y se estaba acercando más a su hijo; no debía interferir.

Pero por más que pudiera alegrarse por su amigo, añoraba aquella casa: jugar con el niño, tomar un café con Christopher y arreglar los menús de la semana con el ama de llaves. Incluso al mayordomo, un hombre recto y gruñón, echaba de menos.

Y recordar cada noche antes de acostarse la conversación que mantuvieron en su último desayuno juntos, así como la caricia de aquella última mañana, la que jamás llegó a sentir sobre su piel porque Eliza se la robó, no la ayudaba a convencerse de que debía mantenerse alejada de la residencia vecina. Lo había rechazado, era lógico que él pidiera espacio. Además, si iba a buscar una esposa, y algo le decía que así sería —aquel hombre era un cabezota y cuando se le metía algo entre ceja y ceja no parecía que nadie pudiera apartarlo de su decisión—, que anduviera cerca no ayudaría a la causa de Kit.

¡Ni a la de ella!, se recordó con ímpetu. Ese año tenía que casarse, le había recordado su padre por quinta temporada consecutiva. Ese año, con suerte, lograría enamorarse, le había dicho su madre aparte, amorosa.

A las seis llegaron dos lacayos con una tina en la que bien cabían dos cuerpos y la llenaron de agua humeante. Ya a solas con tres doncellas, la bañaron con agua de jazmín y le lavaron el pelo con mimo. La secaron, untaron su cuerpo con un aceite suavemente aromatizado, le rociaron unas gotas de perfume y esperaron con paciencia hasta que el largo cabello, rizado, fue secándose, trabajándolo con las manos y sin premura para darle forma y prenderlo después con horquillas en un recogido alto que destacaba su altura y esbeltez y dejaba completamente descubierto su rostro. Le aplicaron un poco de polvo de arroz para disimular las pecas del puente de la nariz y, vestida con una bata, le trajeron una bandeja al dormitorio para que cenase antes de acabar de vestirla. Se negó a que le aplicasen un poco de color en las mejillas, temerosa de ser sorprendida y tildada de actriz y, peor aún, expulsada de cualquier salón por el resto de su vida, y prometió a su doncella que se aseguraría a cada rato de pellizcarse los pómulos detrás de alguna columna para dar un tono más saludable a su rostro.

A las ocho y media de la tarde sus padres la esperaban en el recibidor de su casa para escoltarla hasta Almack's en un carruaje nuevo, comprado para aquella temporada a un lord empobrecido.

Su gran día había llegado.

***

Era temprano para que su hijo Alexander se fuera a dormir, así que, en lugar de acostarlo, prefirió cenar con él en una de las salas pequeñas y escucharlo parlotear sobre todo lo que habían ido descubriendo juntos durante aquella semana.

Le resultaba increíble el cambio que había dado el pequeño en tan pocos días. Cuando sus primos se marcharon de Stanfort Manor decidió quedarse un poco más en el que consideraba su hogar para poner distancia con Emma y darle tiempo y también dárselo a él mismo. Estando allí, la primera tarde Alexander preguntó por el lago y, a la mañana siguiente, May había pedido al ama de llaves que las cocinas preparasen una cesta de picnic para padre e hijo. Iniciaron de ese modo una serie de excursiones por la finca que Alexander disfrutó tanto como él.

Lo montó en su caballo, le leyó cuentos, pintó con él y, en fin, disfrutó por primera vez del pequeño sin reservas. Como su cuñada predijera, que se acercase a él para jugar y divertirse no significaba que Alexander fuera a perderle el respeto como padre.

Aquel día, sin embargo, sus pensamientos estaban en otro lugar; o, más concretamente, concentrados en otra persona: Emma.

Su petición de matrimonio, aunque ridícula, había significado un antes y un después para él. La idea de estar a solas con su vecina en la casa de Londres —y con Alexander y el servicio, sí, pero a solas según los cánones de cortesía— le incomodaba. No quería que se sintiera forzada a aceptarle por la presión de la alta sociedad. Y esa decisión era parte del problema: no es que no quisiera casarse con Emma, es que no quería hacerlo si ella se sentía obligada.

Por extraño que pudiera parecer, quitarse el crespón del brazo había tenido el mismo efecto que dejar caer también una venda de los ojos, como si, de pronto, las mujeres hubieran regresado a su mundo, y Emma había adquirido en este, aun sin quererlo ninguno de ambos, un lugar preeminente.

Aquella noche acudiría a Almack's, y no lo hacía porque quisiera ojear a las posibles candidatas a esposa, sino porque ella se estrenaba en el célebre club y quería que su primer vals fuera con él tanto como deseaba ver su rostro ilusionado ante su esperado debut allí.

Por esa razón, a las nueve y media entraba en la abarrotada sala de baile. No fue difícil localizar a su familia: su padre y sus tíos, así como sus respectivas esposas, estaban en un lateral de la sala y acaparaban una gran cantidad de atención, con seguridad, indeseada. Sus primos estaban a algunos metros de ellos y, siendo un grupo nutrido, eran también fáciles de divisar. A quienes no veía era a Eliza ni a Emma, quien, hasta donde sabía, desde que empezara la temporada solo salía acompañada de las damas de su familia.

Caminó decidido hacia sus hermanas o esa fue su intención. Varios caballeros, amigos que hacía tiempo que no veía, lo detuvieron para saludarlo. También alguna dama presente se acercó. Fue consciente de que, a su espalda, cuchicheaban, supuso que sobre el fin de su luto.

Afortunadamente, su primo Richard se acercó a rescatarlo.

—Bensters —lo saludaron varios al verlo llegar.

Si conocían a Kit, conocían al conde, pues habían estudiado en el mismo curso de Eton primero y Cambridge después y, hasta que aquel se casara, habían salido juntos casi siempre, el *grand tour* incluido.

—Buenas noches a todos —saludó en general, haciendo una ligera reverencia a las dos mujeres presentes—. Mi hermana May me envía a hacerte saber que la próxima pieza la tienes comprometida con Eliza.

Hubo risas divertidas entre los presentes; el carácter de la mayor de las hijas del marqués de Cramwell era bien conocido. Nadie sospechaba que el de Edith podía ser más duro, incluso.

—Entonces será mejor que me marche —dijo con exagerado tono de miedo.

Hubo alguna condolencia divertida más antes de que se separasen; no podía sentirse ofendido, le encantaba que, para todos, la marquesa de Wilerbrough fuera una especie de deidad a temer.

Dio unos pasos más antes de hablar:

—Te debo una —le dijo a su primo, seguro ya de que nadie podía oírlos.

—Me debes dos. Después de Eliza sonará un vals y lo bailarás con Emma. La tentación de pedírselo yo ha sido enorme y, de hecho, el trato ha sido que, si no llegabas a tiempo, yo la llevaría a la pista. Pero, cómo no, aquí estás.

Prefirió ignorar lo que insinuaba Richard; no era que a su primo pudiera gustarle la dama, si no que pudiera ser él mismo el interesado. Así que calló, había sido suficiente narrarle su absurda proposición.

Llegó al grupo de familiares, saludó y se acercó después a besar a sus tías en la mejilla. Apenas cruzaron media docena de palabras cuando acabó la cuadrilla que estaba sonando. Localizó a Eliza, se acercó y entraron juntos en la pista.

Durante el cotillón apenas hablaron. Se la veía muy concentrada en los pasos y, a decir verdad, él había perdido soltura, así que pasó más de media hora dejando que su cuerpo recordase la mecánica de las danzas y sonriendo a Els, ignorando a quienes con mayor o menor disimulo lo señalaban.

Al acabar la música llevó a su prima junto al vizconde de Westin, el hermano de ella, y se dispuso a buscar a Emma. No fue necesario; siendo como era ella una mujer práctica, lo vio antes y se aproximó.

Cuando la vio, se asombró y ese gesto fue malinterpretado por la dama, haciéndola dudar de que desease bailar con él. Era mejor que no supiera qué lo había sorprendido hasta el punto de, por poco, perder el habla.

—Lord Christopher —lo saludó, dubitativa.

—¿Kit? —preguntó Bensters, quien también había adivinado su instante de

vacilación, aunque hubiera durado este menos de un segundo.

—Lady Emma —respondió al fin, tomándole el codo con la mano de forma inconsciente en una actitud demasiado íntima para el lugar, y la llevó hacia el centro.

—¿Podríamos escorarnos un poco? —le pidió la dama—. No me gustaría llamar la atención.

Rio sin ganas.

—Es tu primera vez aquí y yo acabo de quitarme el crespón. Créeme, van a mirarnos estemos donde estemos.

Replicó también ella con una sonrisa torcida.

—En el centro entonces, no permitamos que las cotillas se pierdan algo y puedan pretender inventárselo —bromeó, relajándose los dos.

Kit apartó la mano del fino codo y se colocó frente a ella. Esa vez estaba prevenido y ocultó el placer que le producía verla. Aquella mujer no se parecía en absoluto a la que había acudido a su residencia durante casi cuatro años, ni tampoco a la que viera en Stanfort Manor; era una Emma diferente. Era, en realidad, una dama soltera, madura y hermosa.

Con delicadeza, alzó la mano ella y la colocó sobre el hombro de Christopher, nerviosa. Dejó que él reposase la suya sobre su estrecha cintura y esperaron a que la música comenzase, ambos en tenso silencio.

Como ocurriera unas semanas antes, en el momento en que sonó el primer acorde se acompasaron con facilidad, como si hubieran bailado juntos cientos de veces, y se dejaron llevar por la música, conscientes de la cercanía de sus cuerpos, del ligero roce de sus dedos en ocasiones o de la calidez de las manos del otro sobre el cuerpo, a pesar de los guantes que las protegían. Evitaron cruzarse las miradas, Emma temerosa de sonrosarse, Kit de no ser capaz de mantener la vista en sus pupilas.

A pesar de la agilidad de los movimientos, había una tensión crepitante entre ellos que reconocieron como pasión y que los sorprendió, incapaces ambos de manejarla.

—¿A quién has prometido la siguiente pieza? —le preguntó al fin Kit.

Tardó un poco en responderle, concentrada al máximo en bailar como correspondía y que sus gestos no delatasen la miríada de sentimientos que la estaban consumiendo.

—Al conde de Bensters.

Sonrió el caballero.

—¿Te parece si damos un paseo cuando acabe el vals?

—¿Cómo? ¿Dónde?

Alzó la vista buscando una terraza o jardín y a punto estuvo de perder el paso.

—El único lugar para pasear en Almack's es a la vista de todos, alrededor de la sala. Me gustaría charlar un poco contigo, hace tiempo que no nos vemos, y no me siento capaz de bailar y hablar al mismo tiempo, no con garantías. —Sonrió entonces, divertido—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que bailé vigilado por tantos dragones.

Emma quería decirle que sí, que también ella había acusado la ausencia. Pero la etiqueta no se lo permitía; ni el sentido común tampoco.

—No creo que sea correcto dejar al conde esperando.

—No te preocupes por Richard.

Con dos giros amplios la colocó de espaldas a quienes no danzaban, él de cara, e hizo un gesto casi imperceptible a Bensters, quien los miraba con interés. Entendió el rubio que había perdido su baile y se marchó a la sala de naipes para evitar especulaciones.

Aun sin deber, la volteó de nuevo para llevarla al centro, aunque su pretensión había sido que ella se aferrase a su cuerpo. La primera vez, la había tocado por sorpresa y le había complacido escuchar cómo Emma contenía la respiración ante lo abrupto del movimiento y presionaba con la palma de las manos su hombro. Por un segundo se había sentido acariciado y buscó repetir la sensación.

Aquella vez la pilló preparada, lo que, entendió, era más conveniente. Sentirse acariciado por una mujer después de tanto tiempo y en medio de Almack's era una forma óptima de quedar en ridículo sin la ayuda de nadie.

Terminada la melodía sintió alivio y, aunque no se dio cuenta, sus ojos lo delataron, haciendo sentir mal a la dama. Sin dejar que se separase, Kit cerró la mano que tenía cogida y la colocó sobre su propio brazo, asentándola allí con fuerza para que supiera la dama que no debía apartarla. Entonces sí, comenzaron un lento paseo. Hasta que la música volvió a sonar y su volumen diluyó la conversación, Emma permaneció callada, una extraña furia ardiendo dentro de ella. Después de cuatro años alternando en sociedad y manteniéndose soltera, que un caballero le dijera qué debía hacer le irritaba en grado sumo. El hecho de que minutos antes hubiera gozado de la compañía de Christopher más de lo esperado, de lo correcto en realidad, tampoco ayudó a su calma. No cuando él se había mostrado claramente apaciguado al terminar el vals.

—Para haberme dado a entender que no querías bailar conmigo, me arrastras por los laterales de la pista y me alejas de Bensters, quien no parecía molesto con mi presencia y sí hubiera apreciado… —No quiso acabar la frase, temerosa de

revelar demasiado sobre su estado de ánimo.

Tal vez se estaba excediendo, pero tras las miradas con la que la había recibido, de pasmo primero y alivio más tarde, aquel caballero volvía a ser para Emma lord Christopher el inaccesible, el padre de Alexander que solía encerrarse en su estudio. Ese que, para colmo, la había apartado del niño durante dos semanas.

—No sé de qué me hablas —escuchó que le respondía y, maldito fuera, su voz parecía genuinamente atónita.

Para su propio mal, era demasiado directa; más con un hombre con el que había hablado ya, incluso, de la desgraciada muerte de su esposa.

—Te hablo de que me has recibido con estupefacción y parecías tener ganas de que el vals terminase. Quizá hubiera sido mejor…

—¿Te ha parecido que no he gozado? —le susurró, el tono íntimo.

Suspiró ella. No, sabía que había habido una extraña corriente de deseo entre sus cuerpos.

—Me ha parecido que no querías verme primero y que te morías por salir de la pista después.

Lo vio dudar antes de responderle.

—Me he asombrado al verte, lo que no significa que me haya molestado.

Alzó las cejas, escéptica.

—¿Te he tomado por sorpresa?

Tampoco él fue diplomático; después de todo, había pedido matrimonio a esa mujer.

—Sí, maldita sea. Nunca te había visto tan hermosa.

No esperaba aquello y tropezó con sus propios pies, haciendo que él la rodease momentáneamente por la cintura, soltándola al momento, pero dejando sus cuerpos muy unidos. Su cabeza le gritaba que estaba siendo un inconsciente, la sangre que corría por sus venas, acelerada, rebatía diciendo que ella no se apartaba.

—¿Hermosa? —repitió, sintiéndose ridícula al hacerlo, como si buscara que la halagase—. Christopher, según tus propias palabras, no paso de bonita.

Lo escuchó bufar. ¡Había resoplado en Almack's!

—La mejor amiga de mi difunta esposa era tímida y amable. La mujer que ha venido a mi casa desde que Anna murió y se ha hecho cargo de Alexander es bonita. La dama que esta noche me he encontrado en este club es hermosa. —Aun sin querer, su voz sonaba acusatoria.

Sonrió Emma. Como ella, parecía que también su vecino tenía su extraña relación compartimentada. A veces era una amiga de Anna; otras, la señorita que

ayudaba al pequeño; ahora, una persona desconocida y diferente. No sabiendo qué más decir, continuó a su lado en silencio, consciente de la excesiva cercanía y sin apartarse a pesar de ello.

—Estás diferente —siguió razonando él—. Tú… tú… —Su tono parecía turbado.

Y movió la mano con disimulo delante de su amplio torso. Le costó entender que se refería al pronunciado escote de su vestido; también ella se soliviantó.

—Es la moda y muchas damas presentes visten igual, incluso más… más…

Fue el turno de él de callar. ¿Qué más podía decirle? No había reconocido a la mujer que se sentaba en el suelo a leer cuentos en la preciosa pelirroja de ojos verdes, figura pecaminosa enfundada en casto blanco.

—Lady Emma. —Tan concentrados iban que no se dieron cuenta de que el vizconde de Sunder, lord Phillipe, se les había aproximado desde atrás—. Creo que será mejor que la lleve a tomar una limonada. Kit, regresa con las primas.

El mensaje era claro: estaban llamando demasiado la atención.

—Sí, claro —murmuró. La soltó y se despidió de ella—. Milady.

Solo Emma pudo alcanzar a ver el destello de calor en sus ojos azul índigo y su estómago se encogió de placer.

El resto de la noche simularon ignorarse, deseando que nadie se diera cuenta de lo afectados que se habían sentido durante el baile, el paseo y la impuesta distancia luego.

Capítulo 9

Madrugó, como acostumbraba, a pesar de que la velada anterior trasnochara al ir al teatro y a un baile, después. Habían pasado tres días ya desde su estreno en Almack's y las citas para las siguientes semanas se acumulaban en la bandeja de plata ubicada sobre la repisa de la chimenea, a rebosar de pequeños sobres de papel de excelente calidad; no acababa de acostumbrarse a su nuevo éxito social. A las nueve y media pidió el coche; desayunaría en la residencia de los Morrington. Lady Edith le había pedido que se acercase a su casa para decidir a qué eventos acudir durante los siguientes días, ella y lady Eliza Illingsworth —acostumbraban las dos solteras a moverse juntas por jardines y salones, lo que las hacía sentir más seguras—, eligiendo unas invitaciones y rechazando otras.

No era, en cualquier caso, la esposa de lord Jared quien tomaba las decisiones al respecto, sino la madre de Eliza, lady Nicole Illingsworth, aunque, para desesperación de todos, la condesa de Westin había sufrido un accidente de equitación y permanecería inmovilizada en Westin House durante, al menos, diez semanas. Confiaba lady Nicole en sus amigas intimas, las esposas de los amigos de juventud de su marido, para controlar a Eliza, pero Edith se había ofrecido voluntaria para decidir la agenda y consensuarla con Nicole mediante cartas.

Como fuera, no podía estar mejor amadrinada o asesorada. Almack's había significado que se le abrieran las puertas de todas las mansiones de la ciudad y, si May se salía con la suya, Emma iría a Buckingham a tomar un té con la reina Victoria, siendo lord Alexander Saint-Jones, marqués de Wilerbrough, amigo personal del príncipe Alberto. Aquello significaría ser una de las favoritas, ¡a su

edad!

Tras la extenuante reunión con Edith, quien a cada encuentro le gustaba más, había ido a la residencia de los Farraway al norte de Mayfair; la familia recibía los sábados por la mañana. Eliza no la había podido acompañar, se encontraba indispuesta, pero igualmente había mantenido la visita; lady Farraway era una dama para tener como amiga; un desplante social podía significar decenas de insignificantes cotilleos en contra que, acumulados, podían implicar una mala impresión sobre ella.

Estuvo tomando algunos pastelitos que le habían ofrecido a modo de refrigerio mientras alternaba con invitadas y anfitriona y parloteaba sobre la última edición de French Fashion, irónicamente, dado su nombre, la revista de moda más influyente del Reino Unido. Llegó a casa, por tanto, pasada la hora del almuerzo y desganada.

—Buenas tardes, Alfred —saludó al mayordomo de la familia Towsend, mientras le entregaba sus guantes, sombrilla y bonete.

—Ha recibido una visita esta mañana, milady.

—¿Una visita, dices? —Era raro—. No recuerdo haber acordado una cita para hoy. ¿Le ha atendido mi madre?

—No, lady Emma. Cuando lord Christopher ha sabido que no estaba, se ha excusado y se ha marchado. Un tiempo después ha llegado una carta a su nombre, remitida desde la vivienda de enfrente.

En realidad, la residencia de Kit estaba en la misma manzana, pero dos casas más al este.

—Y ¿la misiva? —inquirió, tratando de que su tono no mostrase la enorme curiosidad que sentía.

—En su dormitorio, señorita. Se la entregué a su doncella en cuanto llegó.

Sonrió, agradecida.

Por supuesto, su madre sabría que Saint-Jones había enviado una nota, pero si el mayordomo lo hubiera depositado en la bandeja de plata, Adele habría estado sentada frente a la enorme chimenea con un libro en las manos, simulando estar enfrascada en la lectura, pero atenta en realidad a su llegada para saber cuándo la abría Emma y preguntarle por su contenido.

Desde que viajara a Berks, todo lo que tuviera que ver con Kit hacía a su madre arder en deseos de saber hasta el más mínimo detalle, lo que la ponía nerviosa.

Subió las escaleras y entró en su alcoba. Vio la nota sobre su buró y se mantuvo en pie a la entrada del dormitorio, mirando la carta sellada como si fuera un arma que le estuviera apuntando.

Desde Almack's algo había cambiado entre ellos, pero aún no sabía en qué sentido. Si reflexionaba a fondo al respecto, y desde luego que lo había hecho, su relación había comenzado a cambiar tras la extraña conversación sobre la muerte de Anna y la huida de su prometido, una mañana de mediados de marzo. Después de tan cruda charla, él le agradeció su ayuda durante tantos meses, los Wilerbrough la invitaron a Stanfort Manor, Kit dejó el luto y se comportó de un modo extraño con ella —aunque fuera imposible, lo hubiera podido tildar de posesivo— y el club de King's Street había sido la última vuelta que diese un giro completo a la comodidad que desde hacía cuatro años existía entre ellos.

Mención aparte merecía la caricia que no llegó a prodigarle la última vez que se vieran en el campo, esa sobre la que no quería cavilar y que, sin embargo, ocupaba su mente de manera caprichosa en cuanto dejaba volar su imaginación.

Como fuera que se hallaran en aquel momento, lo cierto era que no había sabido de él en tres días. En el baile le había dicho que era hermosa; hermosa y preciosa, se recordó, haciéndole saber que ya no la veía solo como la vecina que solía pasar más tiempo en la residencia del hijo menor del duque que en la propia.

Suspiró, se quitó los zapatos —adoraba caminar descalza—, se sentó en la silla del secreter y abrió con cuidado el sello, desdoblando la hoja. Se dio cuenta de que no conocía su letra, era la primera vez que le escribía, y se fijó en su elegante caligrafía, algo alargada y fácil de leer.

Emma:

Espero que estés disfrutando de la temporada. Sé por mi cuñada que tu presencia está empezando a considerarse como imprescindible y que estás recibiendo mucha atención. Mis felicitaciones. Solo confío en que mis primas no se estén imponiendo en exceso y te sientas presionada por las damas de mi familia.

Nosotros estamos bien. Llegamos a la capital hace quince días y, desde entonces, Alexander no ha dejado de preguntarme por ti. Durante la semana de nuestro regreso estuvimos haciendo varias excursiones que sin duda mi hijo querrá contarte, si encuentras un momento para visitarnos. Por favor, no te veas obligada a acudir, imagino que debes de estar muy ocupada. No entiendo cómo las mujeres lográis sobrevivir a tantos tés, *al frescos* y *soirées* durante meses y sin dejar de sonreír.

Ahora me doy cuenta de que fue egoísta por mi parte invitarte a acompañarnos a nuestras visitas al Museo Británico o Westminster. De Pascua a agosto una dama no debe atender a un niño de tres años, sino a los

caballeros que la cortejan y que, en tu caso, deben de ser muchos.

Aun así, si es posible, a mi hijo y a mí nos encantaría invitarte a comer este próximo lunes y que nos acompañases después a ver el Serpentine. A Alexander la idea de un pequeño riachuelo tan cerca del Támesis lo tiene intrigado, así como el hecho de que haya ardillas correteando por Londres.

Quedo a la espera de tu respuesta. Permíteme insistir en que los Saint-Jones entenderíamos que tu agenda esté más ocupada que nunca; lo último que querríamos es mermar tu éxito social, del que estamos tan orgullosos.

Saludos,

ALEXANDER Y KIT SAINT-JONES

Hasta tres veces leyó la carta para acabar tildándola de impersonal. Sí, le hacía saber que conocía bien lo que estaba haciendo en ese inicio de temporada y afirmaba ser feliz con la atención que estaba recibiendo, pero no había nada en aquellas letras que le hiciera pensar que no hubiera escrito una misiva igual a cualquier otra mujer. Únicamente la firma le había emocionado. Convencida estaba de que, si Alexander supiera escribir, no habría leído la letra de Christopher.

«La caligrafía de Kit», se corrigió, regresando a la cuestión de su saludo final. Había sonreído de manera inconsciente al leer el apelativo cariñoso que solo su familia le prodigaba en la carta, no el de lord Christopher, como exigía el decoro.

Aun así, ¿querría en verdad que acudiera? Porque la animaba a comer con su hijo y con él para, a renglón seguido, darle un pretexto para rechazar la invitación.

Dejó salir con fuerza el aire de sus pulmones, frustrada.

No es que hubiera creído que le diría que la añoraba o que le parecía hermosa; no, no era tan tonta como para esperar una carta apasionada de un hombre que le había pedido matrimonio en términos prácticos y sin un ápice de romanticismo, ni siquiera a modo de cebo, eso dando por sentado que teorizar al respecto de la posibilidad de convertirse en marido y mujer pudiera considerarse en verdad una proposición.

Iría, claro que sí, añoraba a Alexander y si el niño había preguntado por ella… se le calentaba el corazón al pensar en el hijo de su querida Anna, pero ¿estaría mal responder a su padre el domingo por la noche? Claro que, en ese caso, sería al pequeño a quien causaría ansiedad; dudaba de que Kit —volvió a sonreír al usar el apelativo familiar— estuviese conteniendo la respiración

mientras esperaba su respuesta.

Inspirada, decidió responder enseguida, pero únicamente a Alexander, en una carta en la que le agradecía la invitación y confirmaba que acudiría, y le pedía que, durante el almuerzo, le contase todas las cosas nuevas que había aprendido, exagerando su curiosidad como hacía siempre que se dirigía a él, haciendo que sus ojos azules brillasen de ilusión.

Firmó como «Tía Emma» y, en el último momento, añadió un *post scriptum* para Christopher, agradeciéndole la consideración y los halagos por sus avances aquella temporada.

Antes de hacer algo tan estúpido como preguntarle si acudiría a la ópera la noche siguiente, selló la carta y pidió a un lacayo que la portase al señor Robert, el mayordomo de la casa vecina.

***

Todo ocurrió tal y como esperaba, para bien y para mal.

El lunes llegó antes de que se diera cuenta y sin que viese a lord Christopher con anterioridad. No acudió a la misma *soirée* que ella y era obvio que sabría dónde estaba, pues iba acompañada de sus primas; no obstante, acudió a otra velada. En la ópera estaba en el reservado de la familia Cramwell, con el conde de Bensters y otros amigos. Lord Richard *sí* se pasó por el palco de los Illingsworth a saludar a su familia; Kit, en cambio, cabeceó hacia ella desde lejos. Para su horror, cuando comenzó la segunda parte del recital, la sorprendió mirándole cuando enfocó con los impertinentes hacia él y no hacia la soprano que entonaba un aria de amor.

Ese lunes por la mañana, como intuyó que ocurriría, se sintió nerviosa y ningún vestido parecía tener el escote adecuado; tampoco los pendientes, ya fueran discretos o exagerados, le convencían, aunque no se gustaba con las orejas desnudas.

Y, también como esperara, durante la comida con Alexander y Christopher, el pequeño no dejó de parlotear, feliz.

En ese último punto reconocía que el niño había hablado según su costumbre, cierto, pero que nunca le había visto tan parlanchín con su padre presente, lo que le alegraba porque significaba que la relación entre ellos se había estrechado deprisa.

¿Deprisa? Bueno, hacía casi un mes desde que fueran a Berks; si había pasado

tiempo a diario con él y de calidad… Alexander adoraba a su padre y, por la cara de Kit cuando lo miraba hablar sobre todas las excursiones que hicieran, era obvio que el sentimiento era mutuo.

La mirada que le dedicó él al llegar, en cambio, había resultado más difícil de interpretar y, no obstante, no tenía dudas de haber acertado con el vestido verde claro con rayas blancas y el cuello con la forma de la camisa de un caballero, aunque con unos pequeños botones de perlas desabrochados. Esa misma alhaja había elegido para los lóbulos de las orejas, dejando que colgasen de una fina cadena hasta la mitad de su cuello.

Por un instante había mirado su escote para apartar la vista al siguiente. A sus pendientes, en cambio, había parecido prestarles más atención.

No podía saber que estaba fascinado con la delicadeza con la que se movían, acariciándole el cuello, deseoso él de ser la pequeña perla para poder hacer lo mismo. Y que si no volvía a mirar su escote era por decoro, no porque su mente, díscola, no quisiera disfrutar de la piel que le mostraba. Había estado espiándola en la ópera con los binoculares y, para su horror, le había sorprendido, así que Kit se había prometido discreción ese lunes.

Afortunadamente, Alexander, charlatán como nunca lo había visto, evitaba cualquier silencio incómodo. Acabado el postre, llamaron a su niñera para que le cambiase la ropa pues, a pesar de llevar una servilleta larguísima, se las había arreglado para echarse chocolate sobre los pantalones y en los puños de la camisa.

A solas en el comedor, Emma comentó, satisfecha:

—Nunca lo había visto tan hablador.

Negó con la cabeza Kit.

—No delante de mí, querrás decir.

Lo miró, desafiante.

—Diré, entonces, que nunca lo había visto tan feliz.

Tardó algo en asentir.

—¿Estás molesta conmigo? Apenas me has dirigido la palabra y ahora…

—No tengo ninguna razón para estarlo. Me has invitado a ser sincera. Quizá no deberías, si no te gusta lo que pueda decirte.

Christopher se levantó y, sin pedir permiso, se sentó a su lado. Siguió la conversación, aunque no la miraba.

—Tengo la sensación de que estás enfadada conmigo y desconozco la razón.

Era cierto, pero tampoco Emma sabía por qué ni quería analizarlo. No queriendo tensar el ambiente, sonrió, algo forzada, y se aseguró de que su tono sonase divertido:

—¿Has hecho algo que pueda enfadarme y que todavía no sé, Kit?

De poder, se habría llevado las manos a la boca. ¿Kit? ¿Le había llamado Kit de verdad? Enrojeció. Quiso disculparse, pero las palabras, que con tanta facilidad habían brotado de sus labios momentos antes, estaban atoradas en su garganta ahora.

También él acusó el diminutivo.

—¿Kit? —murmuró para sí—. Nunca nadie que no fuera de mi familia me había llamado así.

Emma quiso preguntarle si tampoco Anna lo había hecho, pero ni podía tener celos de su mejor amiga ni los tendría de una esposa que ya no estaba; sabía, además, que siempre fue Christopher para la fallecida.

Afortunadamente entró el mayordomo para preguntar qué coche pedía que preparasen.

—Creo que iremos algo incómodos en el tílburi, siendo tres. Aun así, ¿te importaría? Prometí a Alexander que lo llevaría en ese coche algún día y lleva toda la mañana insistiendo en que, si vienes con nosotros, no puede haber ningún riesgo.

Rio a su pesar. El niño podía ser muy dulce y era innegable que la adoraba, tanto como ella a él.

—Y yo que aún me creía una dama peligrosa… Es oficial: me he vuelto una solterona aburrida. —Y miró a Robert—. Prepare el tílburi, por favor, y añada un par de mantas, por si se nos hace tarde.

No miró a milord para confirmarlo.

—Sí, milady.

Y se marchó a enviar el mensaje a las caballerizas.

—Diría —le dijo— que una mujer capaz de conseguir que un mayordomo le haga más caso que al señor de la casa es, sin duda, una dama peligrosa.

Restó Emma importancia a la actitud del sirviente con un gesto de la mano.

—Es difícil negarte algo si realmente lo quieres; ya lo sabes.

Se dio cuenta tarde de que ella se había negado a casarse con él. Recibió una mirada intensa de sus profundos, oscuros ojos azules.

—No eres una solterona, también sé eso —le susurró.

Se miraron unos segundos eternos en los que ninguno quiso dar una réplica aún más comprometedora.

En esa ocasión fue su hijo quien interrumpió, entrando ya con ropas limpias y emocionado ante la idea de ir en el tílburi.

Cogió Emma al niño de la mano.

—Será mejor que vayas a mi lado, Alexander. Creo que me da miedo ese

coche tan rápido.

—Mi papá es el mejor conductor, no te preocupes —le dijo, orgulloso.

Emma, aún sentada, se inclinó a besarle la mejilla. Cuando se incorporó, tenía el brazo de Christopher, ya en pie, extendido.

—¿Me permites?

Y le tomó la otra mano, colocándola sobre su brazo y poniendo su palma encima, rodeando la de ella.

Salieron a por el coche. Emma esperó que Kit no hubiera notado el temblor de sus dedos sobre la chaqueta.

Capítulo 10

Hicieron el viaje en silencio, a una velocidad relajada, Alexander en brazos de Emma para poder divisar la calle de acera a acera, los ojos azules del pequeño llenos de curiosidad y una enorme sonrisa. Iba señalando aquí y allá y, a pesar de que nadie podía escucharle dado el ruido del traqueteo de las ruedas, no dejaba de hablar. Kit mantenía todo el tiempo la vista al frente, concentrado en el tráfico, tenso al llevar a su hijo en su carruaje, maldiciendo haber elegido un vehículo inseguro. Emma, en cambio, tenía la misma sonrisa que el niño y lo abrazaba con ternura.

Cuando llegaron al parque, la emoción se desbordó y Alexander comenzó a corretear sobre la hierba, gritando cada vez que aparecía una ardilla, tratando de perseguirlas e, incluso, de trepar algún tronco para poder alcanzarlas. La dama lo miraba, ilusionada también. Christopher, aunque también sonería, la miraba a ella, en cambio. Si le había impactado el corpiño que vestía, una pieza en teoría recatada que, sin embargo, parecía pedir a gritos que arrancasen los botones uno a uno, en ese momento era su rostro el que hacía que su pecho vibrase: miraba a su hijo con adoración, feliz por el mero hecho de que Alexander también lo fuese.

Se acercó con sigilo a ella, tomó su mano, la colocó sobre el brazo, cubriéndola después con su palma, mucho más grande, y la dirigió hacia el Serpentine. El niño, atento, los siguió. No había nadie en el parque, era un lapso extraño: esa hora en la que los transeúntes matutinos estaban ya en sus hogares o clubs, preparándose para comer, y los vespertinos consideraban que no era la hora educada para pasear en carruaje.

Viendo que no rehuía su contacto, como hiciera en Almack's, se permitió acariciarle el dorso y entrelazar después sus dedos. Como la noche del miércoles, la sintió temblar bajo su caricia.

¡Ojalá no tuvieran que llevar guantes!, se lamentó. Le encantaría conocer la suavidad de su piel. A punto había estado de acariciarle la mejilla la última mañana en Stanfort Manor. Al recordarlo, también a él le recorrió un pequeño escalofrío de placer, uno que Emma debió de notar, porque alzó la vista a mirarlo.

No veló la mirada Kit, dejando que sus ojos transmitieran el deseo que sentía. Supo que ella reconoció la pasión de su mirada, dado que sus pupilas se ensancharon y se le aceleró la respiración.

—Emma —susurró, solo por el placer de decir su nombre.

Presionó sobre sus dedos en forma acariciante y continuó a su lado hasta llegar al pequeño puente sobre el río artificial. Alexander jugaba unos metros más allá, cerca de la orilla, lanzando al agua las piedrecitas que iba encontrando, como le había enseñado su padre en la finca, y no podía escucharlos. Ni siquiera los miraba.

—¿Tienes frío? —le preguntó, solícito.

—No, estoy bien —susurró ella, sin querer levantar la voz, temerosa de romper la red de atracción que se estaba urdiendo entre ambos.

Christopher oteó a su alrededor, confirmando, con mayor minuciosidad esa vez, que estaban solos. A pesar de estar sobre el puente, un punto más visible que la orilla, también podía observar mejor a su alrededor y cotejar que, en efecto, ni siquiera un mozo había a la vista.

Despacio, dando tiempo a Emma para que se apartase si así lo deseaba, tomó la mano que tenía apoyada en su brazo, asió la muñeca y, con la otra, le fue retirando el guante dedo a dedo. Hipnotizada, la dama no hubiera podido negarse de haber querido hacerlo.

Cuando terminó con la femenina prenda de satén, tomó el suyo de cuero y se lo quitó también. Volvió a cogerle la mano, apoyando la suave palma sobre sus dedos, y acarició el dorso con el pulgar, extasiándose con la suave, cálida piel. Mantenía la mirada azul en el punto en el que sus cuerpos se tocaban, cautivado, como si fuera la primera vez que rozaba a una mujer.

Emma tenía los ojos fijos en ese mismo punto, las mejillas sonrojadas. Sus dedos se aferraron a la mano acariciante, deseando sentir más.

—Kit —suspiró su nombre.

Christopher giró la mano para acceder a su palma y trazó con el pulgar un pequeño círculo en la delicada muñeca, deteniéndose después para sentir bajo su

yema el pulso de Emma, acelerado. No necesitaba mirarla para saber que le gustaba sentir su tacto ni debía hacerlo. Si levantaba la vista, quedaría cautivado por sus ojos verdes y la besaría en pleno día y en Hyde Park.

Siguió masajeando su piel y permitiendo que también ella tantease la suya en sutiles caricias. Podría pasarse la vida así, pensó.

Pero un fuerte chapoteo apagó la pasión que sentía.

—¡Alexander! —gritó Emma, que también salió del embrujo al escuchar algo pesado caer en el agua.

Se volvieron para encontrar al niño dentro del cauce del río.

Kit, que en alguna ocasión había acabado en las infestas aguas del Serpentine cuando era un joven algo alocado, saltó la baranda del puente y cayó al agua, sabiendo que en esa zona cubría más que en la orilla, queriendo llegar a su hijo cuanto antes y sacarlo.

El agua estaba helada. No en vano muchas Navidades se congelaba la superficie y algunos acudían a patinar.

Mientras llegaba hasta el niño, Emma corrió al tílburi, que se encontraba a menos de cincuenta metros, y regresó con las dos mantas que habían cogido. En cuanto Kit salió, estiró ella los brazos hacia Alexander para envolverlo en la lana y abrazarlo, señalando al caballero la otra manta, que había dejado en el suelo.

—Te va a empapar —le dijo él, dubitativo, todavía con su hijo aferrado a él.

Sabía que era mejor que lo sostuviese ella. Estaba seca, le daría más calor y le permitiría, además, conducir a él.

—Dámelo —insistió Emma.

Accedió. El pequeño, sollozando, se abrazó a Emma sin perder de vista a su padre. Volvieron al tílburi y condujeron hasta casa a mayor velocidad que a la ida. Ni él pensó en dejarla a ella en su hogar ni tampoco la dama se lo pidió. Llegaron a la residencia de Kit y prácticamente saltaron del vehículo para alcanzar las escaleras.

Robert abrió la puerta en cuanto vio llegar el coche y se mantuvo estoico a pesar de ver a milord y milady corriendo.

—Pida dos baños calientes —le pidió ella, que había estado concentrada todo el camino en qué hacer—. Uno al dormitorio de lord Christopher y el otro al cuarto de Alexander. Y aviven los fuegos de las chimeneas de ambas alcobas. —En ese momento llegó el ama de llaves y la siguió escaleras arriba—. Que la cocinera prepare un caldo bien caliente. Si no lo hubiera…

—Lo hay, milady.

A Alexander solían inflamársele las anginas todos los inviernos un par de veces y le producía fiebres muy altas. Nunca faltaba sopa en la casa.

—Y que haga estofado para milord o cualquier otra cosa que lo haga entrar en calor para cenar. Y té. Prepara una tetera ya mismo.

Llegaron a la planta de las habitaciones de la familia.

—Emma —le dijo él, angustiado.

Alexander temblaba visiblemente.

—Date un baño bien caliente —le ordenó—. Mientras, la niñera y yo nos encargaremos de él. Te esperaremos en el dormitorio con un té caliente.

—¿Tú…?

—¡Hazlo! Si enfermas, de poco le servirás.

Y desapareció en el cuarto del pequeño.

Sentía el frío calársele en los huesos y, después de todo, no iba a bañar a su hijo y sabía que estaba en buenas manos. Aun sin necesidad, dijo al mayordomo que siguieran al pie de la letra las instrucciones de la señorita, que llenaran primero la tina de su hijo y que alguien fuera a buscar al doctor.

Ya en su enorme cuarto, se desvistió, se secó lo mejor que pudo con una toalla, se envolvió en una manta cerca de la chimenea y esperó a que le trajeran la bañera.

***

Cuando entró en el dormitorio de Alexander, lo encontró recostado. Emma tenía un bol de caldo e iba acercándole cucharadas que el niño apenas sorbía.

Se acercó por el otro lado de la cama y le tocó la frente: ardía. La preocupación lo atropelló. No podía verse, pero su rostro reflejaba toda la angustia que sentía. A Emma se le encogió el corazón al reconocer su gesto.

—¿Cuánto tardará el médico? —preguntó él. El mayordomo no le había informado al respecto.

Emma enrojeció y se encogió de hombros, cohibida.

—Está atendiendo un… —calló y Kit entendió.

Nada sabían las damas de partos.

El caballero trató de mantener la calma.

—No es la primera vez que tiene anginas —comentó, para sí y para el resto. Se volvió a la nana, que estaba sentada en un rincón, el rostro ceniciento—. ¿Tenemos el tónico que suele prepararle el doctor Guerny?

—Sí, milord.

Para la joven criada aquello sonó a salvación; tenía algo útil que hacer que

podría ayudar al joven Alexander. Hizo una reverencia y fue a por él, dejándolos a solas.

—¿Cómo estás? —preguntó Emma a Kit, sin mirarlo.

—Bien. No suelo resfriarme —procuró que su voz sonase serena—. Tú, en cambio, estás mojada. Deberías secarte un poco.

Lo que debía hacer era marcharse a su casa a cambiarse y no regresar, pero era demasiado egoísta para dejarla ir.

—Quizá tendría que… —Calló al darse cuenta de que si escribía a casa pidiendo ropa era probable que su madre acudiese a la carrera a ver qué estaba ocurriendo; su padre estaba en el norte visitando algunas fábricas. Además, no quería dejar a Alexander allí. Tampoco a Christopher, tan necesitado de ayuda y consuelo lo veía—. Tal vez alguna de las doncellas podría prestarme su ropa y secar la mía —dudó.

—En algún lugar hay ropa de Anna. Si prefieres vestir sedas…

Algo se encogió en ella pero, siendo práctica, las doncellas solo tenían dos vestidos, no sería justo pedir uno y hacer lavar el suyo.

—De acuerdo. Cuando tu hijo acabe de comer, hablaré con la señora Johnson.

Siguió dándole pequeñas cucharadas de caldo al pequeño mientras él salía en busca del mayordomo para que buscase a otro médico y al ama de llaves para que consiguiese un vestido para lady Emma. En verdad, el corpiño de su vestido estaba empapado y temía que cogiese una pulmonía.

El ama de llaves, siguiendo su intuición, buscó un vestido de los que la antigua señora compró y nunca llegó a usar. Le gustaba lady Emma y no quería que a lord Christopher le recordase en nada a la difunta lady Anna. Encontraría un traje que el señor nunca hubiera visto y se lo diría a la señorita para asegurarse de que no se sintiera incómoda y que estuviese, además, bonita.

***

Abrió los ojos, desorientado. Estaba en el dormitorio de su hijo, se dio cuenta. Miró hacia la ventana para comprobar que había oscurecido por completo: era noche cerrada. El médico había acudido a verlos alrededor de las siete de la tarde. El fuego de la chimenea ardía con fuerza, dejando el dormitorio en penumbra.

Alexander dormía. Roncaba, lo que únicamente hacía cuando estaba muy

resfriado. Le tocó la frente y la sintió muy caliente. En la mesilla localizó la palangana con un paño y agua. Se levantó, empapó el trapo y lo pasó por la frente y los brazos del niño, secando en cambio la garganta y el pecho con su pañuelo, como había visto hacer al doctor un par de horas antes. Detestaba que su hijo se pusiera enfermo; los dos inviernos anteriores habían sido así y hubiera dado su propia vida por no verlo sufrir. Según el médico, solía ser frecuente que los infantes padecieran de dolor de garganta con fiebres altas.

Agachó la cabeza para besar a Alexander en la sien y volvió a sentarse a su lado. Un pequeño suspiro desvió su atención y la vio: Emma seguía allí, en el sillón en el que la dejara horas antes, cuando se había quedado dormida poco después de intentar, con más perseverancia que éxito, que el pequeño comiera unas gachas. Fue después el turno de Kit de convencerla para que también cenara algo ella.

Al regresar él al dormitorio, tras comer un poco a medianoche, la había encontrado dormida sobre la cama en una posición pésima para su cuello, así que la había tomado en brazos y sentado en el sillón, tapándola con una manta, arropándola con ternura. Tan agotada estaba que no se había despertado en ningún momento del proceso.

Allí seguía, arrebujada. No podía ver su rostro, pero lo imaginaba precioso. Si había pensado en llevarla en brazos o verla dormir en las últimas semanas, no había sido en una situación como aquella.

No supo cuánto tiempo estuvo observándola, el pecho lleno de un cálido sentimiento desconocido, antes de darse cuenta de que ella que no debía de estar allí, que nunca debió quedarse a pasar la noche. A su pesar, pues deseaba poder tener el derecho de llevarla a su propio dormitorio a descansar, se acercó y la despertó con suavidad. En cuanto los ojos verdes se abrieron, Emma miró hacia la cama, alarmada.

—¿Alexander?

—Duerme —le respondió, agradecido.

Aquel gesto, la preocupación que mostraba por su hijo, acabó de definir la infinita ternura y afecto que sentía en algo mucho más profundo.

—¿Estás bien? —susurró ella.

—Estoy bien —le dijo con una sonrisa irónica—. Pero tú estás en un lío. Es tardísimo.

La vio relajarse.

—Avisé a mi madre de que tu hijo estaba enfermo y de que era posible que pasara la noche en vela, aquí.

La dama se obligó a levantarse y se acercó a la cama. Puso el dedo tras la

oreja y sintió la temperatura, febril.

—Sigue aún muy caliente.

Cuando quiso coger el paño para refrescarle, él la detuvo.

—Acabo de hacerlo yo. —Le atrapó la mano y la soltó al instante, culpable, pues un hombre no tocaba a una mujer si no era necesario o no bailaban. Su hijo estaba convaleciente, dormido frente a ellos. Murmuró con voz formal—. Emma, deberías regresar a casa, no tiene sentido que estemos los dos despiertos.

Se giró a mirarlo con gravedad, los ojos fijos en los suyos.

—¿Quieres que me marche? —le preguntó, la voz seria.

Le costó responder. Optó, al fin, por ser sincero.

—Quédate.

Asintió ella y se sentó en la silla al lado de la cama. Él tomó la de enfrente y nada más dijeron. Estuvieron observando al pequeño hasta quedarse dormidos, la llevó en brazos al sillón una vez más y quedó él recostado al lado de su hijo.

Capítulo 11

No fue hasta dos días después que la temperatura de Alexander bajó. Dos días y dos noches que pasaron juntos Emma y Christopher, al lado del niño, a la espera de que se recuperase, compartiendo anécdotas de los tres años de vida del pequeño, tratando de entretenerse y aliviar la preocupación del otro.

La mañana del jueves, cuando al fin el pequeño se despertó sin fiebre, Emma volvió a su casa. Preguntó por su madre, extrañada de no haber sabido nada de ella en aquellos días. El mayordomo le dijo que lady Adele había decidido, en el último minuto, viajar con su padre al norte, siendo que el viaje sería finalmente de, como máximo, cinco días, y que podía desentenderse de la temporada de su hija durante tan corto lapso estando ella amadrinada por la familia Saint-Jones

Despreocupada, pidió un baño, tomó un buen desayuno mientras esperaba que la tina se llenase y, una vez cubiertas las dos necesidades básicas, limpieza y comida, se decidió a cubrir la tercera: un sueño reparador.

—Baño, camisón y sábanas limpias. Dulces sueños garantizados —le dijo a su doncella poco antes de quedarse dormida.

Nada más lejos de la realidad, su calma se vio interrumpida con violencia al entrar sir Edward en la alcoba. Gritó, del susto primero y al encontrarse a su progenitor allí, después. Nunca había irrumpido así en su cuarto; era una mujer, ¡por el amor de Dios!

—¡Padre! —chilló, presa del horror.

—Edward, sal —escuchó a su madre a la espalda de este.

—Adele —se revolvió él, el tono de voz iracundo.

—Déjame a mí. Vístete —ordenó a Emma de malos modos— y baja al comedor. Tienes quince minutos o no le detendré esta vez.

Nunca la había visto tan enfadada; sí a su padre, pero no a su madre. Sin tiempo para pensar qué podía haber ocurrido, hizo lo que le pedían, se puso un vestido de día que se abrochaba por delante, se hizo una coleta que recogió como pudo y bajó al salón principal a la carrera.

Cuando llegó el reloj daba las tres y media de la tarde. Había un servicio de té completo en la mesa.

—¿Dónde has dormido las tres últimas noches? —preguntó su padre a bocajarro, sin importarle que el mayordomo los escuchase ni esperar a que ella se acomodara.

Se sonrojó. Dicho de ese modo parecía que hubiese hecho algo malo.

—He estado cuidando de Alexander.

El rostro de Edward se puso rojo como la grana. Tanto que su esposa se preocupó. Colocó la mano sobre el brazo de su marido, tratando de calmarlo, y continuó ella, como había hecho quince minutos antes en la planta de arriba.

—Por el día puedes cuidar de un infante, Emma; levantarás más rumores, pero podemos entender tu preocupación por el niño. Pero en la noche debiste regresar a casa si no querías que todo Londres hablase de ti.

—Tenía mucha fiebre —se excusó con voz débil.

Sabía que tenían razón, lo había sabido desde el principio, pero había preferido ignorarlo y quedarse en el pequeño dormitorio, con Kit. Se merecía la regañina. Solo esperaba que no le prohibieran regresar a ver a sus vecinos durante demasiado tiempo. Los añoraría muchísimo.

A pesar de todo, no acababa de sentirse mal, lo que era todavía peor. Sí, había abusado de la confianza de sus padres, ignorando que no hubiera sabido de ellos en tanto tiempo, dando el silencio por aquiescencia, cuando sabía que no era posible que estuvieran de acuerdo con su decisión de dormir en la vivienda de un soltero, con o sin carabina. No quiso pensar por qué no iban a buscarla. Su padre estaba en un viaje de negocios y ella esquivó los principios que su madre le había inculcado.

—Tenía mucha fiebre —repitió con más convicción.

—Y tiene también una nana y varios sirvientes que pueden ayudar. Pudo contratar a una enfermera.

La voz de su madre, tan fría cuando normalmente era cálida, le dolió.

—Había una.

Quería introducir así la presencia de una chaperona; sin embargo, la mirada de su padre le dijo que el hecho de que hubiera una cuidadora empeoraba aún

más el asunto. Tras más de un minuto de tenso silencio, se sentó en la mesa, pidió té y una porción de tarta de manzana y se sentó a esperar el veredicto. Sus padres no tomarían su apetito como una impertinencia, sabían que se despertaba siempre con un hambre voraz.

El matrimonio Towsend mantuvo una de esas conversaciones con la mirada que solo una pareja de muchos años y bien avenida podía permitirse. Cuando vio que iban a hablarle de nuevo, supo que el correctivo sería severo y se preparó para lo que pudiera venir. Aunque, como descubrió un segundo después, nada la hubiera predispuesto a las palabras de su padre.

—Voy a hablar con lord Christopher ahora mismo —dijo el marido a su esposa, ignorándola a ella—. Confió en que los Saint-Jones acepten un enlace discreto a pesar del boato que se espera del hijo de un duque y no llamemos demasiado la atención. El rumor ya va de cocina en cocina, así que es probable que, si esta noche nuestra hija no se ha convertido en lady Saint-Jones, no le permitan entrar en ninguna mansión de Mayfair.

Si no se rebeló fue porque la sorpresa la había dejado muda.

—¿Crees que se podría conseguir tan deprisa una licencia especial? —dudó Adele, sabiendo que no solo el coste era elevado, sino también que no siempre eran concedidas.

—Creo que su hermano, el marqués de Wilerbrough, podría conseguir incluso que la reina amadrinase el enlace.

Soltó Emma los cubiertos, el estómago cerrado.

—Si me disculpáis, regresaré a mi dormitorio.

La voz estaba tan cargada de congoja que la dejaron ir sin más reproches.

Se tumbó sobre la cama y esperó a que las lágrimas la inundasen, pero sus ojos se mantuvieron secos. Estaba asustada, pues temía un rechazo tanto como la aceptación de Kit. Lady Adele llamó un poco después y pidió entrar. Se acercó hasta ella y le acarició la espalda.

—Emma, eres muy inteligente, no puedo creerme que no supieras que esta sería la consecuencia a un acto tan imprudente.

Tomó aire mas no se incorporó; continuó tumbada boca abajo, dejándose consolar por la mano mimosa de su madre.

—No quise verlo —reconoció—. Quería estar allí y preferí no pensar en lo que ocurriría después.

—Me sorprende que lord Christopher te lo permitiese.

—Supongo que tampoco él quiso medir el alcance de nuestra osadía.

Adele no ofendería a su hija preguntándole si había ocurrido algo indecente. Con Alexander enfermo y la adoración que tanto su padre como Emma sentían

por el niño, solo habría habido espacio para la angustia. Confiaba, además, en la probidad de su hija.

—Entiendo que el pequeño ya está bien.

—Sí. Lo peor ya ha pasado. Siempre es igual, cada año, y aun así nos da un susto de muerte.

Hablaba como lo haría la esposa de lord Christopher, se diera Emma cuenta o no. Por si acaso, la dama se lo señaló:

—Vas a convertirte en la madre de Alexander y en la dueña de la casa de Saint-Jones. En realidad, vas a legitimar lo que llevas haciendo años y, sin embargo, estás disgustada. ¿Es por Anna?

Se incorporó al oír el nombre de su amiga.

—No me siento mal por ella. Nunca pretendí vivir su vida. —Reflexionó sobre la pregunta, queriendo saber si era una desconsiderada o una aprovechada —. ¿Opinas que debería sentirme mal?

—En absoluto —la tranquilizó al punto, tomándole la mano con cariño—. Allá donde esté, no puede sino agradecerte todo lo que estás haciendo.

A pesar de la resignación, seguía enfadada. En verdad, se sentía estafada por la hipocresía social.

—¿Por qué *la ton* no puede verlo igual? En nuestra antigua casa, en el norte, antes de que papá fuera nombrado sir, era habitual cuidar unos vecinos de otros.

—Las normas son diferentes aquí, ya lo sabes.

—Sí —murmuró.

Volvió a tumbarse. No quería mirar a los ojos a su madre, se sentía avergonzada y temía qué pudiera leer en los suyos. Adele insistió con tiento.

—¿Te preocupa que lord Christopher sienta que le has tendido una trampa?

—Él jamás pensaría algo así.

La seguridad en la afirmación alivió a la dama.

—¿Qué crees que va a pensar de vuestro matrimonio?

—Estás dando por sentado que…

—Que es un caballero —la atajó su madre—. ¿Qué crees que opinará?

—Le parecerá estupendo —refunfuñó.

—¡Emma! —la riñó—. Estoy preocupada: vas a unirte con un hombre que no quiere volver a casarse, por lo que nos has dicho.

Suspiró. No quería que su madre sufriese. Se sentó en la cama y la miró.

—Me propuso matrimonio cuando fui a visitar su finca. Y lo rechacé, ya te lo adelanto. No me mires así, mamá. No me lo pidió, fue más bien… no lo sé, pero parecía un acuerdo comercial. Por eso le dije que no.

—Si hubiera sido romántico, ¿habrías respondido otra cosa?

El estómago se le encogió de inseguridad. Detestaba esa conversación y necesitaba, al mismo tiempo, tenerla. Se sentía atrapada entre la euforia y el miedo a casarse.

—No entonces —dijo, al fin, siendo sincera consigo misma—. En aquel momento Kit no me parecía un marido en potencia.

Su madre le tomó la mano e inquirió en un susurro:

—¿Y qué pasó?

—Nada. No pasó nada y, sin embargo, todo cambió.

Si bien era cierto que Adele no entendió la respuesta, sí supo que Emma quería aquel matrimonio, aunque no por las razones por las que iba a celebrarse.

—Eres una luchadora, Emma. Lucha por lo que deseas.

Le dio un beso en la mejilla y la dejó sola.

***

Kit llegó a su casa agotado y con el portafolios lleno. Cuando Emma se marchara aquella mañana, pidió un baño para sí, se arregló y se fue a casa de su hermano a desayunar. Tenía mucho que hacer y todavía tenía que hacer entrar en razón a Emma. Miró el reloj. Eran las tres y media. Hasta ese momento todo había ido bien… pero en menos de una hora tendría que…

—Sir Edward Towsend le espera, milord —le dijo el mayordomo—. No ha querido irse aun sabiendo que no estaba, y dado que… —calló Robert, precavido.

«Y dado que su hija ha dormido aquí tres noches seguidas y debe de saberlo ya todo Londres…» quiso acabar Kit la frase. Pero sería prudente también él.

—¿En la salita?

—Lo he acompañado a su despacho.

Cabeceó a modo de asentimiento. Era un buen lugar para tener aquella conversación. Se detuvo unos segundos delante de la puerta de su biblioteca, inseguro de cómo actuar. Dándose cuenta de que podría pasar horas allí sin hallar una respuesta que le convenciese, entró y saludó a sir Edward. Lo vio calmado, seguro, y se relajó. Sería una conversación tranquila; importante pero sin exabruptos. Le ofreció un brandi, se sirvió él agua y se sentó. Aprovechó la extrañeza de Towsend por su elección de la bebida para comenzar:

—No he dormido en tres días, prefiero no beber alcohol a pesar de las circunstancias.

Dubitativo, sir Edward preguntó:

—¿Ha empeorado Alexander?

—No, gracias a Dios está mucho mejor. Es increíble como ayer apenas podía moverse y esta semana ya pretendía corretear por casa; hemos tenido que forzarlo a mantenerse en la cama. Cuando su hija se ha marchado —entró en materia— he acudido a ver a mi hermano para solicitarle algunos documentos. —Abrió la cartera que portaba y dejó sobre la mesa varios fajos—. La licencia especial de matrimonio, el contrato prenupcial… nada complicado, si me ocurriera, algo Emma quedaría bien situada… —especificó los términos ante la mirada estupefacta de su futuro suegro—. Por último, permítame disculparme por poner a su hija en una situación tan comprometida. Mentiría si le dijera que no lo pensé. Pero tenerla en casa era lo mejor para Alexander. —Calló unos segundos antes de decidirse a seguir—: Y para mí también.

Sir Edward estuvo mirando al hijo del duque con fijeza durante más de un minuto antes de decidirse a hablar. Todo el discurso que tenía preparado era ahora inservible, pues no tenía nada que exigir.

—Sabía que era usted un caballero. Me alegro de que sea usted, milord. —Colocó también él sobre la mesa los documentos que portaba—. Aquí están los términos de la dote. Emma es mi única heredera y…

Una hora después, quedaban para cenar aquella noche en la mansión de Kit y celebrar un discreto matrimonio: los novios, los padres de Emma y los duques de Saint-Jones y los marqueses de Wilerbrough.

***

Al día siguiente sería incapaz de contar ni un solo detalle sobre su boda. No recordaba nada, solo a Emma a su lado pronunciando sus votos y una cena distendida en la que estuvo más atento a su madre que a su esposa, al otro lado. Tampoco recordaría los nervios o los discursos. Únicamente la conversación que mantuvo con su hermano cuando todos se hubieron ido quedó grabada en su memoria.

Acabada la cena, fue precisamente este, Alexander, quien, intuyendo el estado de ánimo de Kit, se puso en pie y dio por finalizado tan extraño día.

—Miladies, caballeros, si no me equivoco los recién casados llevan tres noches sin dormir apenas dada la enfermedad de mi sobrino y sé que mi hermano lleva todo el día realizando las gestiones pertinentes para hacer posible esta boda, así que creo que ha llegado el momento de que nos marchemos y dejemos a los

novios descansar.

Hubo un carraspeo incómodo por parte de sir Edward ante la idea de que su hija descansase con un hombre; también lady Judith enrojeció un poco a pesar de su edad. Emma se mantuvo impávida; tampoco ella recordaría mucho de aquel día, tan sobrepasada por todo se sentía.

Tras las despedidas, Kit pidió un baño para la nueva lady Saint-Jones a pesar de los reparos de su esposa; todo el servicio debía de estar agotado tras tres días en vela y la preparación de una cena de gala, alegaba, declinando la bañera humeante que, en realidad, su cuerpo pedía a gritos.

Cedió al fin cuando el mayordomo ordenó que subieran la tina al dormitorio principal. Fue la naturalidad con la que Robert decidió que sus señores dormirían juntos la que salvó una situación que ninguno de los dos sabía cómo abordar. Era lo esperado para la primera noche de cualquier matrimonio, sí, pero el suyo no era cualquier matrimonio, o así lo sentían ambos.

Apenas subió ella a la primera planta se abrió la puerta y vio Kit a su hermano en el umbral. Seguramente había esperado cinco minutos en la entrada antes de regresar, enviando a May con sus padres en el carruaje, quedándose él el suyo para volver cuando Christopher le pidiese que lo dejase solo.

—¿Quieres algo de compañía mientras tu esposa…?

No dijo más. Alexander no conjeturaría qué hacía su nueva cuñada, pero sí el estado de ánimo de su hermano.

—Por favor —casi suplicó Kit.

Entraron en el estudio y sirvió dos brandis. Wilerbrough bromeó.

—Estás a punto de quedarte dormido de pie, sentémonos.

Lo hicieron.

—Es cierto, creo que podría quedarme dormido aquí mismo.

Y le preocupaba mucho. No sabía qué esperaba Emma de esa noche, los nervios lo atenazaban tanto como la certeza de que, si ocurría algo, no sería como ella merecía. Estaba demasiado cansado, demasiado tenso y hacía demasiado tiempo que no yacía con una mujer. Demasiado todo para la primera vez de su esposa.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto a casarte, más todavía de que sea Emma la elegida.

—¿Elegida? —preguntó, irónico.

—Pudiste enviarla a casa —alegó el marqués con voz suave—. Pudiste no traerla a Stanfort Manor. Pudiste apartarla cuando Anna murió.

Era cierto. Emma llevaba en su vida tanto tiempo que no concebía un día a día sin ella.

—Espero que mi esposa piense como tú.

—Oh, sin duda pensará que eres un hombre afortunado —dijo Wilerbrough, la voz llena de sarcasmo.

Rieron los dos.

—Siento que piso terreno resbaladizo —confesó al cabo de un rato.

—El matrimonio es siempre terreno resbaladizo.

—No podría soportar que se repitiera lo de Anna.

—Emma nada tiene que ver con ella. No conocí mucho a la madre de Alexander, pero siempre pensé que era una mujer frágil.

—¿Podemos hacer como que no la he mencionado? —Brindó el marqués al aire, asintiendo—. ¿Cuánto tarda una dama en prepararse para acostarse? —Había impaciencia en su voz.

Rio su hermano una vez más.

—¿De veras quieres saber cuánto me cuesta meter a May en la cama?

—¡Oh, cállate!

Pero las carcajadas rebajaron la tensión.

—No deberías tardar mucho más en subir. Es probable que, si le das una hora, la encuentres dormida cuando llegues.

—Menuda tentación —murmuró.

No obstante, no era un cobarde, no eludiría su noche de bodas. Alexander lo sabía, así que no hizo comentarios al respecto. Se puso en pie y alcanzó la licorera.

—Sirvámonos otro, brindemos por tu felicidad y sube entonces. Debería haber pasado tiempo suficiente, May había pedido ya el baño media hora antes de las despedidas.

—Tu esposa vale un imperio.

—También la tuya.

Brindaron de nuevo por ambas damas Saint-Jones y recordaron viejas anécdotas de cuando eran jóvenes y estaban solteros y afirmaban que tendrían un matrimonio como el de sus padres o no se casarían.

El marqués de Wilerbrough había contraído nupcias con la mujer de la que llevaba media vida enamorado y algo le decía a Kit que él pasaría la media vida que le quedaba amando a su esposa.

Para cuando subió al dormitorio, una hora más tarde, no sabía qué esperar, pero ni permitiendo apostar al respecto a todos los socios de White's hubiera logrado averiguarlo: Emma estaba aovillada en el sillón, completamente dormida, las sábanas abiertas.

Supuso que la doncella habría preparado la cama para acostarse y ella no se

habría atrevido a meterse en ella sin conocer los planes de Christopher. La observó, admirado. Era hermosa y valiente: no había huido.

La tomó en brazos y la acostó en la cama. Como las noches anteriores, no se despertó mientras la desplazaba, envuelta en su abrazo. Se desnudó, se puso una bata de dormir en deferencia al pudor de su esposa y ni siquiera recordaría haber puesto la cabeza en la almohada.

El agotamiento de los últimos días le venció y se quedó dormido al instante.

Capítulo 12

La despertaron los pasos de alguien: abrió apenas los ojos y vio a su doncella dejando sobre la mesilla una tetera; sentía el estado de semiinconsciencia. Volvió la muchacha poco después por el vestidor y depositó varios platos de comida. Antes de que supiera dónde estaba o con quién, había vuelto a quedarse dormida.

La siguiente vez que abrió los ojos se sentía descansada. Esa vez fue el contacto de alguien a su lado quien la despejó. Un pesado brazo cubierto a medias por una manga de algodón arrugada a la altura del codo se apoyaba sobre ella. Le costó poco saber quién dormía a su lado. No reconoció el lugar pero, claro, hasta la noche anterior no había entrado en las estancias privadas de Kit y, tras la tensa cena, había subido hasta allí demasiado nerviosa como para fijarse en nada. Sí sabía, sin lugar a duda, a quién pertenecía aquel musculado brazo.

Estiró un poco el cuello para ver si la comida seguía sobre la mesa. Tenía hambre, apenas probó la cena de celebración de su boda. Quería levantarse, pero temía despertarle e iniciar algo, lo que fuera; no estaba preparada para nada. La diosa Fortuna le sonrió, pues Kit se dio la vuelta y siguió durmiendo, alejado ya de su cuerpo. Salió de la cama tratando de ser lo más sigilosa posible, se cerró bien la bata y se sentó a desayunar.

El ligero movimiento de Emma había despertado a Christopher, quien tenía el sueño ligero y el más mínimo movimiento lo desvelaba. Consciente del embarazo que su esposa debía sentir —era él quien la había llevado a la cama, ella había elegido el sofá— y deseando facilitarle la situación, simuló no despertarse y esperó hasta que ella llevaba ya cinco minutos desayunando antes

de decidirse a abrir los ojos. Se volvió hacia Emma, quien evitaba mirarle, y la saludó.

—Buenos días.

—Buenos días, Christopher —respondió, tímida.

—Estos días me has llamado Kit —se quejó—. ¿Te molestaría seguir haciéndolo, al igual que el resto de mi familia?

Se sintió azorada, mas asintió.

—Soy parte de tu familia, ahora.

—Lo eres —confirmó él con gravedad—. ¿Te sentirías muy incómoda si me siento a desayunar contigo?

Su rostro le dijo que sí, que le resultaba incómodo. Aun así, lo invitó a sentarse.

—Gracias —le dijo cuando le sirvió Emma una taza de té—. ¿Has pedido que trajeran todo esto?

—Cuando me he despertado ya estaba aquí. ¿Prefieres otra cosa? ¿Quieres que llame a tu valet?

Miró hacia el cordón esperanzada. Si tiraba de él, en menos de un minuto habría alguien más allí y dejarían de estar solos. Kit adivinó sus pensamientos, pero no le concedió el gusto.

—Preferiría hablar.

Suspiró Emma.

—De acuerdo.

Se animó su marido.

—Quería disculparme por lo que pasó ayer. Han sido días…

—Este matrimonio lo hemos propiciado ambos —lo interrumpió.

Tomó aire Kit antes de continuar.

—No me refiero a nuestra boda, Emma, si no a anoche. A lo que no hicimos anoche.

—Ah —fue todo lo que pudo responder, bajando después la mirada y sintiendo que incluso las orejas le ardían.

—Cuando llegué estabas dormida. No sabía bien qué hacer, pero parecías incómoda, así que te tomé en brazos y te metí conmigo en la cama.

—Estamos casados —contestó enseguida.

De hecho, su respuesta llegó demasiado rápido para su gusto, como si eso lo explicase todo y los hiciera sentirse mejor, cuando la realidad era que parecían dos extraños.

—En efecto, lo estamos.

Calló el silencio durante más de un minuto. Sin embargo, no quería dejar

pasar la ocasión de aclarar las circunstancias.

—Ayer no pudimos hablar… no me interrumpas, por favor, no todavía. Ayer no pudimos hablar —retomó la frase tras asegurarse de que esa vez sería escuchado— porque todo se precipitó. Hubiera querido decirte que estoy muy satisfecho con nuestro enlace. Ya sabes que quería casarme contigo, Emma.

A Emma la palabra «satisfecho» le dolió. Aunque ¿qué esperaba, después de todo?, ¿que le dijera que casarse con ella lo convertía en el hombre más feliz de Inglaterra? Recordó el consejo de su madre de luchar por lo que quería, y lo que ansiaba era su amor. Se animó, diciéndose que era pronto, que apenas llevaban casados unas horas y que era un enlace que no habían elegido, pero se prometió que lograría hacerle feliz; que ambos lo fueran por el hecho de haberse casado.

Viendo que no le respondía, Christopher prosiguió:

—Respecto a lo que no ocurrió anoche, lo siento. Estaba agotado y tú dormida. No quiero que pienses que no pretendo hacerte el amor, me pareces preciosa. —Pronunció las palabras a la carrera, sintiéndose un crío inexperto.

Emma no había valorado que no la hubiera besado siquiera hasta que él se lo había indicado. Le pareció considerado que no la culpase de no haber consumado ya su matrimonio. Mejor aún, que la halagase, dándole a entender que la deseaba.

—Yo… —calló, sin saber qué más decir.

—Lo que no quiero es que te sientas obligada. Que estés aquí, que te hayas casado conmigo, es un regalo para Alexander y para mí. Desde que llegaste a nuestras vidas… —Negó con la cabeza en un gesto rayano a la desesperación; hablaba a borbotones—. Si no hubieras estado a nuestro lado, habría sido un desastre.

—Kit, por favor —le pedía de manera velada que dejase la conversación, pues no sabía cómo manejarla.

—Solo quiero decirte que ocurrirá cuando tú quieras.

Se llevó la mano al pecho, ofendida ante lo que insinuaba.

—¿Me estás diciendo que tendré que pedírtelo?

Era un borrico, se reprendió. ¿Cómo iba una dama, una dama virgen, además, a pedir a su esposo intimar?

—No. Sí. Mierda. Perdón.

La consecución de palabras la hizo reír, ya fuera por nervios o por hilaridad, lo que calmó el ambiente. También él se relajó al oír su risa. Aprovechó Emma el momento para afianzar el coraje que reuniera la noche anterior.

—Vine anoche a tu dormitorio a que me besaras y… y hacer el amor —dijo de corrida también ella—. Si ha de ocurrir, creo que cuanto antes, mejor.

Resultará más sencillo. ¿O no? —dudó.

Después de todo, ¿qué sabía, si solo la habían besado en un par de ocasiones?

—Sí, sí.

Definitivamente era un borrico. ¿Qué se suponía que debía hacer entonces?, ¿lanzarse sobre su esposa como un imberbe desesperado?

Acabaron de desayunar en tenso silencio, evitando cruzar sus miradas.

—Saldré a pedir que recojan esto —murmuró Kit. Podía llamar al servicio tirando del cordón; en realidad lo que hacía era darle unos minutos de soledad—. Vendré en un cuarto de hora, ¿te parece bien?

Supo que lo que le estaba preguntando era si quería hacer el amor con él. Le dio la espalda y solo entonces asintió, resuelta a ignorarlo. Su valor ya no daba para más.

Adivinando su azoro, salió y miró el reloj: las doce y media de la mañana. Quince minutos, se prometió. En quince minutos regresaría y se dedicaría a la maravillosa tarea de besar y acariciar a Emma.

***

Llamó a la puerta y, cuando le dio permiso, abrió y la encontró sentada en el sillón sin hacer nada. Le pareció una vesta lista para ser sacrificada. Se acercó a ella, la tomó en brazos y se sentó él, colocándola sobre sus piernas. Hubiera preferido llevarla a la cama, sin embargo, algo le decía que la asustaría, y lo último que quería era a una mujer muerta de miedo. Despertaría su deseo, ese que había intuido en un par de ocasiones que sentía por él.

Colocó el dedo pulgar bajo su mentón, alzándole el rostro, y le acarició la mejilla después. Dado que se negaba a sostenerle la mirada, acercó su boca despacio hasta la de ella, dispuesto a besarla, cerrando también los ojos, sumiéndolos a ambos en una oscuridad llena de anhelo.

Esperaba reticencia. Encontró, no obstante, unos labios suaves, casi dispuestos. La besó una, dos, hasta tres veces con delicadeza antes de deslizar apenas la lengua por su labio superior y repetir el beso, imprimiendo más presión esa vez. La sintió temblar y le tomó las manos, invitándola a colocarlas sobre sus hombros, cerrando su abrazo.

Siguió besándola no supo cuánto tiempo hasta que notó cómo abría su dulce cavidad y respondía al roce de sus labios primero y al envite de su lengua poco después. Eufórico, la pegó a él y profundizó la caricia de su boca hasta

convertirla en un acto apasionado. Las manos, errantes, comenzaron a pasear por la suave espalda, y la boca por el cuello y las clavículas. Su esposa echó la cabeza atrás, gimiendo y facilitándole el acceso a su piel.

Emma se perdía en un mar de dichoso goce. Kit la besaba con ardor y ternura a la vez, con deseo y afecto; la besaba como nunca creyó que podía besarse y la hizo sentirse única. Así que, cuando comenzó a rozarle el cuello con los labios, se hizo atrás y le dejó hacer. Nada dijo cuando desató el nudo de su bata y la dejó caer por sus hombros. Tampoco cuando sus manos comenzaron a acariciarle los muslos, haciéndola temblar. Y cuando su boca se situó en su seno, por encima del camisón, gimió y, sin saber lo que hacía, enredó los dedos en el cabello de su nuca, acercándolo de forma inconsciente. Había sido derrotada por su sensual ataque en una dulce rendición.

Kit se puso en pie, elevándola, y la llevó a la cama. La desvistió y se quitó él su camisón. Quiso pedirle que abriera los ojos, pero temió que la realidad la sofocase y se volviese tímida. Agradeció que las cortinas continuasen cerradas, dejando la estancia en penumbra. Más adelante se deleitaría mirándola, aprendiendo cada centímetro de su cuerpo con los ojos hasta memorizarlo.

Ese día, en cambio, se tumbó sobre ella cuidando de mantener el peso de su cuerpo sobre sus brazos y evitando el contacto más allá de sus bocas y siguió besándola durante minutos eternos hasta que la figura femenina comenzó a cimbrearse, buscando su piel, deseosa. Dejó entonces caer su cuerpo para que sintiera su peso, sus caderas rozándose. Cuando las elevó ella, tocándose en el lugar más íntimo, notó humedad sobre su necesitado miembro. Tanteó y su mujer abrió las piernas de manera instintiva, facilitándole la entrada.

—Eres perfecta —le susurró al tiempo que embestía y entraba en ella.

Se tragó su grito de dolor y la besó de nuevo, quieto, profundamente enterrado en su centro, apoyándose en los codos para poder acariciarle los senos con las manos. Esperó hasta que volvió a devolverle los besos y a ansiar sus caricias para comenzar una danza atávica entre ellos que los fue cautivando hasta llenarlos y elevarlos a cotas imposibles.

—Kit —gimió Emma, perdida en su propio deseo, sin saber cómo acabar con la tierna tortura a la que se estaba viendo sometida.

Bajó él la mano y le acarició allí donde sus cuerpos se unían, elevándola a la cúspide del placer y siguiéndola él en un demoledor orgasmo que los dejó inertes, llenos de dicha.

Abrieron los ojos poco a poco y se miraron, reconociendo la satisfacción en el otro. A su pesar, se hizo a un lado, temeroso de aplastarla. Se tumbó en la cama boca arriba y pasó el brazo por debajo del cuello de Emma, invitándola a

recostarse sobre su hombro. Cuando lo hizo, le besó la coronilla.

—¿Estás bien?

La preocupación en su voz la hizo sentirse importante para su esposo, una sensación novedosa y muy reconfortante.

—Estoy bien.

La acarició con ternura con la otra mano, primero en la mejilla, el cuello y por el costado finalmente, asegurándose de que se sintiera mimada y no forzada a repetir un acto que, dado el grito que había proferido, la había dejado sin duda dolorida. No le haría el amor de nuevo mientras no estuviera convencido de que lo deseaba tanto como él a ella.

Jamás había sentido tal nivel de placer y sabía que no se debía a la esbeltez de su cuerpo o la suavidad de su piel, ni a la belleza infinita de sus senos. Era la esencia de Emma quien lo hacía especial. Y sabía que sería esa la mujer que despertase al fin en él sentimientos enterrados y otros nuevos que nunca llegó a sentir; que, con ella, tendría el matrimonio que siempre deseó y que le había sido esquivo. Agradeció en silencio aquella última oportunidad de ser feliz, prometiéndose que también su esposa acabaría valorando haberse casado con él a pesar de que las circunstancias los hubieran precipitado a pronunciar sus votos antes de lo esperado.

—Si algo he aprendido de los matrimonios de mi hermano o de mis primos, es que el amor no es un sentimiento que llegue deprisa, sino que va creciendo, expandiéndose, que es demasiado importante e intenso como para mostrarse de un día para otro. No, no creo que sea algo instantáneo, que ocurra con una mirada o una caricia —divagaba, compartía en voz alta reflexiones pasadas sin temor a confesarle lo que sentía y lo que llegaría a sentir por ella—. Puede que muchos matrimonios se basen en la ternura, el deseo, el respeto… todo eso que despiertas en mí desde hace mucho tiempo y que crece día a día, que se ha intensificado en las últimas semanas hasta elevarte a la única persona imprescindible en mi vida, pero ¿amor? Sí —se reafirmó—, estoy convencido de que es demasiado intenso para poder sentirlo en un corto lapso y que yo no he estado preparado para albergarlo en mi pecho hasta que te compré aquellos rubíes. Creo que es una emoción importante, algo que se construye con el tiempo, la convivencia y la confianza. Algo que pocos privilegiados viven y que estoy convencido de que, más pronto que tarde, será la base de nuestro matrimonio.

Estaba hipnotizada por su voz. Emma estaba convencida de amarle ya, pero al escuchar sus palabras se dio cuenta de que, con los años, su amor crecería y adquiriría un mayor significado. Solo esperaba que Kit no tardase tanto tiempo en llegar a amarla.

Sin saber qué responderle, le imitó, acariciándole. En su caso, pasó los dedos con suavidad por sus pectorales y costillas, deleitándose con su tacto.

Kit siguió hablando con voz calma, segura.

—Me encantaría decirte que te amo, pero no estoy seguro de haber sentido algo así jamás. Sé que te amaré, Emma. Desde que la idea del matrimonio se instaló en mi cabeza, eres la única mujer en la que he pensado. Pero necesito algo más de tiempo. ¿Me concederías ese tiempo, por favor?

Sintió cómo los ojos se le volvían acuosos ante las palabras de su marido.

—Tómate todo el tiempo que necesites. Me has dicho que sientes ternura, afecto y respeto por mí, y eso es mucho más de lo que esperaba.

La abrazó, sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—Sin duda tenías que saber cuánto…

—Agradecimiento no es lo mismo que afecto o deseo —especificó con gravedad. Se había dado cuenta al escucharle de lo mucho que temía que lo que le inspirase ella fuera la gratitud por haber cuidado de su hijo—. Y no estaba segura del alcance de tus sentimientos por mí. Después de todo, acabo de caer en la cuenta de que ningún hombre me ha amado… todavía —se obligó a añadir la última palabra. Necesitaba creer.

Extrañamente, él no se vio empujado a responderle nada en concreto. Emma se explicaba, no presionaba.

—Soy el hombre más afortunado de Inglaterra.

Que dijera lo que ella había pensado aquella mañana la hizo sonreír. Acercó los labios a su hombro y lo besó.

—Eso significa que estás más que satisfecho con este matrimonio, entonces.

Había chanza en su voz, pero también un deje de inseguridad que Kit detectó y que lo hizo sentirse mal.

—Gracias por esperarme, Emma. Te prometo que no será en balde, que algún día sentirás que ha valido la pena.

—Por ti esperaría siempre —murmuró bajito—. Sé que, con los años, como has dicho, lo que siento por ti ahora se intensificará —repetía sus palabras, incapaz de encontrar otras mejores—. Pero no me avergüenza que sepas que te amo, que me he enamorado de ti antes de que tú puedas compartir esa emoción y que mi corazón es ya tuyo. —Lo sintió tensarse a su lado, así que volvió a besarle el hombro y a acariciarle el abdomen hasta que lo notó relajado—. Solo te pido que lo cuides bien hasta que puedas entregarme el tuyo.

Christopher rodó sobre sí mismo, colocándola bajo él, permitiendo que sus ojos reflejasen la intensidad de sus emociones, dejando que la mirada de ella lo escrutara hasta el fondo de su alma, si así quería.

—Tienes mi palabra, Emma. Y pronto tendrás mi amor.

La mirada que sus ojos reflejaban y el beso que llegó después le hicieron saber que así sería. No le importaba haberse declarado antes; sabía que Kit llegaría a amarla, que sería pronto y que, incluso, la amaría más que ella a él.

—Te amo, Christopher—le dijo entre beso y beso.

—Te amaré —le juró él

Y, hasta que supiera expresarlo con palabras, se decidió a demostrárselo con su cuerpo.

Epílogo

Londres, un año después

—Milord.

Se alarmó al ver llegar tan pronto al doctor Guerny. En su experiencia, todavía debían de faltar, al menos, tres horas de dolor antes de que Emma diera a luz. Algo grave tenía que haber ocurrido para que el médico bajase tan pronto a la sala en la que se había refugiado para evitar escuchar los gritos de su esposa. Un escalofrío lo recorrió.

—¿Qué ha ocurrido?

Guerny sonrió.

—Es una niña. La madre y la recién nacida están perfectamente, puede subir a verlas, si lo desea.

El alivio tardó unos segundos en llegar, el tiempo que le costó asimilar la noticia. Quería preguntar cómo era posible que hubiera sido tan rápido; saber si milady se encontraba feliz o estaba triste; conocer… Pero sus piernas se movieron con agilidad y lo llevaron a la primera planta de la casa antes de que se diera cuenta de que se estaba moviendo. Conforme se acercaba a la puerta de la alcoba de su esposa, que nunca utilizaba pues dormía con él en el dormitorio principal, su velocidad se fue reduciendo hasta quedarse detenido en el umbral, temeroso de entrar.

—Es fea.

—¡Alexander! —regañó escandalizaba el ama de llaves al pequeño.

Emma reía.

—Es muy pequeña todavía, espera unos días y te parecerá perfecta.

Sonrió Kit, más relajado al escuchar la risa de su mujer. Su hijo, en cambio, no parecía compartir su optimismo.

—Si tú lo dices, mamá. Aunque pasará de fea a tonta. Todas las niñas que conozco lo son.

—¿Y a cuántas niñas conoces, si puedo saberlo?

—A las hijas de la tía Edith, a la hija…

Fue enumerando a sus primas. Era maravilloso cómo había madurado en solo un año; tanto como oírle llamar mamá a Emma, algo que el propio Alexander había pedido la mañana de su cuarto cumpleaños, para sorpresa de todos.

—Créeme, hijo, las chicas dejarán de parecerte tontas en unos diez años —dijo Christopher al fin, entrando en el cuarto y haciéndose notar—. Y en quince años las adorarás.

—¡Kit! —protestó ella, divertida.

—Mi amor —le dijo, llegando a la cama al fin.

Feliz, Emma alzó a la niña que sostenía contra su pecho y se la enseñó.

—Mira, Anna, este caballero tan atractivo es tu papá.

La bebé gritó al verse apartada del calor de su madre. De nuevo, Emma rio, arrullando al bebé contra sí. Parecía que sus risas no tuvieran fin.

—Me encanta ese sonido —confesó.

—¿Los llantos de Anna? Algo me dice que acabarás desesperado de tanto escucharlos.

—Tu risa —la corrigió en voz baja.

La sonrisa de Emma se ensanchó.

—Espero que mis risas no te acaben agotando nunca.

—Jamás podría cansarme nada que provenga de ti —confesó en otro dulce susurro, olvidándose de quienes les rodeaban.

Por un momento, el tiempo quedó suspendido,

—Alexander —llamó el ama de llaves al pequeño—, creo que bajaremos a las cocinas a celebrar el nacimiento de tu hermana con un chocolate caliente y una porción bien grande de bizcocho.

—¡Sí! —accedió el niño entusiasmado.

Con un gesto de la señora Johnson, el resto del servicio se fue también, dejando solo al matrimonio. Una vez cerrada la puerta, Kit se sentó en la cama y pasó un brazo por los hombros de Emma, acercándola a él.

—¿Estás bien? —murmuró.

—El doctor Guerny dice que poseo una buena complexión para ser madre. Tengo que decirte que me ha hecho sentir como una yegua de cría.

Sonrió con ternura Christopher, besándole la coronilla. Se quedaron en silencio, abrazados, él pensativo, ella esperando escuchar las palabras que tan pocas veces pronunciaba Kit.

—Te amo —declaró con la voz llena de ternura.

Continuaron quietos, Emma entres sus brazos, como si su esposo no hubiera dicho nada. No esperaba réplica ni Emma se la daría. Eran contadas las ocasiones en las que le decía cuánto la quería; ella en cambio, aprovechaba cualquier ocasión para declararle su amor. No le importaba que fuera comedido en sus palabras, no cuando la hacía sentir amada a diario. Temía no lograr que Kit se sintiera tan querido como ella, que sus gestos no lo reconfortasen tanto.

Atesoraba cada ocasión en que él le decía cuánto la amaba, y siempre que las escuchaba volvía a enamorarse.

—Siento no decírtelo más a menudo, Emma, pero te amo. Te juro que te amo con tanta intensidad que la mera idea de poder perderte hace que sienta que voy a romperme.

Se volvió a mirarlo, sorprendida por sus palabras. Le acarició la mejilla con cariño antes de responderle.

—Sé que me amas —lo reconfortó—. No necesito oírlo.

Negó con la cabeza él.

—Debería decírtelo cada día, lo sé, pero… —decidió callar, era un día feliz, no cabía la angustia.

—¿Pero? —le instó.

—Pero temo que el amor que sentimos se desgaste de tanto hablar de él. —La vio sonreírle con ternura y siguió compartiendo sus reflexiones con ella, como hacía cada vez más a menudo—. Mientras esperaba a que naciera Anna me he dado cuenta de que podría ocurrir algo y que me arrepentiría de no habértelo dicho más veces…

—Shh —chistó la dama, apoyándose en su hombro—. No lo pienses.

Sin embargo, era inevitable.

—Y ahora que te veo con nuestra hija me doy cuenta de que nuestro amor no se desgasta, sino que crece día a día.

—Algún día será tan grande que tendremos que cambiar de mansión por una mayor —bromeó ella, feliz.

A Kit se le escapó una carcajada.

—Cambiaremos de residencia, sí, pero porque vamos a tener tantos niños que no van a caber en esta casa.

—Tenemos seis dormitorios —razonó la dama.

—Insuficientes.

Fue el turno de Emma de reír.

—Exagerado.

Se apartó del cuerpo de su esposa y la volvió hacia él para que viera sus ojos azules, llenos de amor.

—Te amo, Emma. Te amo —repitió.

Con cuidado, depositó a Anna en la cama y se abrazó a él.

—Te amo, Kit.

Pasaron unos minutos haciéndose arrumacos, antes de que la recién nacida los separara con sus gritos. Riendo, la madre volvió a tomarla entre sus brazos. A él no le importó la interrupción: tenía toda una vida para decirle cuánto la amaba y se prometió que no pasaría un solo día sin hacérselo saber… y demostrárselo.

Aquella mujer había significado la oportunidad de volver a ser feliz cuando creyó que su existencia sería gris e intrascendente. El amor lo había devuelto a la vida.

—Te amo, Emma Saint-Jones —dijo de nuevo.

Y repetiría aquellas palabras durante décadas.

Nota de autora

Cuando creé el personaje de Kit, hace ya algunos años, tenía una única misión: mostrar que no todos los matrimonios son felices. Recuerdo que mi editora me dijo que le había gustado mucho el personaje, pero también entristecido, que se merecía una oportunidad.

Algunas de vosotras también me preguntasteis qué pasaría con el hermano del marqués de Wilerbrough; bastantes, en realidad (gracias por escribirme, me encantan vuestros mensajes). Aunque tengo que reconocer que los ignoré, no tenía intención de saber nada de él y estaba convencida de que lo olvidaríais.

Sin embargo, años después sigo recibiendo el mensaje de alguien que ha descubierto ahora el libro y pregunta por él, así que finalmente me decidí.

¡No os imagináis el enfado de mi editora o de mi madre cuando les dije que me cargaba a la esposa! Espero que vosotras no os hayáis enfadado tanto. Pero tenía claro que, si lord Christopher iba a tener su oportunidad, sería una última, a regañadientes y con otra mujer.

Espero que Emma Towsend haya logrado que me perdonéis por cargarme a un personaje. En este sentido, creo que he logrado despertar la envidia de mi autora favorita, Nieves Hidalgo, quien suele jurar que acabará matando a sus secundarios para evitar que una novela se convierta en una saga.

Nieves: asesinar personajes secundarios es posible (pero, por favor, no le digas a Lola que te lo he dicho yo).

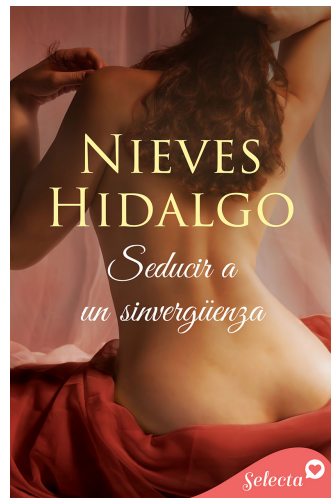
En fin, como no podía ser de otra forma, también Eliza va a enamorarse, pero antes me gustaría contaros la historia de lady Edith y Jared Morrington. Algo hizo que la joven me cautivase y quise buscarle al marido más guapo posible.

¡Nos leemos pronto en «Una última caricia»!
Ruth M. Lerga.
PS: ¿Richard Bensters? No me suena de nada ese nombre…

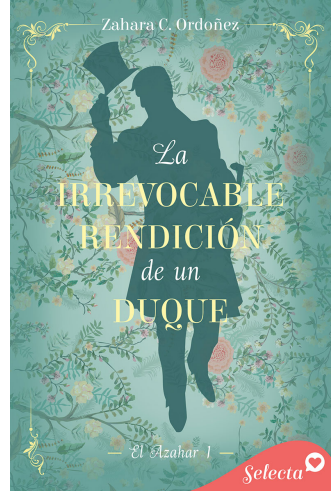
Si te ha gustado

Una última oportunidad

puedes disfrutar de estas



NIEVES HIDALGO
Serie Un romance en Londres
EDICIÓN LIMITADA
Rivales de día, amantes de noche
Ódiame de día, ámame de noche
Días de ira, noches de pasión
Lili, la entrometida hija del duque
Alex, la indómita sobrina del conde
Selecta


Zahara C. Ordoñez
La IRREVOCABLE RENDICIÓN de un DUQUE
— El Azahar I —
Selecta

ANA ÁLVAREZ
Cuando sube la marea
Selecta

LIRIOS AZULES para PEDIRTE PERDÓN
Ana F. Malory
Selecta

¿Quién iba a decirle a Kit que Emma no estaría interesada en casarse ni en formar parte de una de las mejores familias del Reino? Lo que parecía una proposición favorable y sencilla va a convertirse en una auténtica batalla campal, porque ninguno de los dos pretende ceder en su postura.

La señorita Emma Towsend es la única hija de un recién nombrado baronet sin relevancia social, casi una advenediza a los ojos de la aristocracia. Sus padres están convencidos de que si a su edad no ha recibido todavía una oferta de matrimonio es porque pasa demasiado tiempo cuidando del hijo de la que fuera su mejor amiga, fallecida de forma trágica, y muy poco en los salones de la nobleza. Ella, en cambio, sabe que la razón de su soltería es su origen y su exigua dote. Sin embargo, a sus veinticuatro años Emma se considera una privilegiada, es feliz con su vida sencilla y no desea atarse a alguien que pueda cercenar su recién descubierta libertad.

La esposa de Kit, lord Christopher Saint-Jones, falleció joven, dejando huérfano a su pequeño hijo y a él marcado para siempre por la tragedia que supuso la muerte de Anna. Para su suerte y la de su hijo, en su misma calle vive lady

Emma, la mejor amiga de su difunta esposa, que adora al pequeño Alexander y a quien este considera casi una madre.

La solución parece sencilla para Kit: ser honesto con su amiga Emma y ofrecerle un matrimonio conveniente para ambos, donde ella logra el estatus social que su familia ansía y él una dama que le ayude con su hijo. Pero cuando es rechazado se da cuenta de que lo que desea de Emma es mucho más que nueva madre para Alex; acaba de descubrir que él quiere una esposa y, de repente, parece que solo Emma es apta para esa posición en concreto.

Ruth M. Lerga nació en Sagunto… no hace tanto tiempo. Lectora voraz, pasión inculcada por su madre, comenzó a inventar historias siendo una niña, pero no se animó a escribirlas hasta que una larga convalecencia la obligó a permanecer quieta durante más de dos años.

Como resultado de aquel período surgió la serie de Una noche en Almack's, cuya primera novela, *Cuando el corazón perdona*, fue galardonada con el Premio Vergara.

Disfruta escribiendo Regencia, como demuestra en su última saga, *Los Knightley*, pero también contemporánea, ya sea ambientada en España, con la serie *Enredos con la ley*, o en otros países cuando se esconde tras el seudónimo de *Brandy Manhattan*.

Cuando no está escribiendo o leyendo intenta jugar al ajedrez, hacer fotografía o montar a caballo… hasta que una hora después regresa a por más letras, necesitada de nuevas historias. Solo la separa del teclado su otra gran pasión: sus sobrinas.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2022

© 2022, Ruth M. Lerga
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18724-75-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] N. de la A.: Durante siglos casi todas las enfermedades de carácter sicológico de las mujeres, y algunas físicas, se relacionaban con la histeria. En la época victoriana fue un diagnóstico en voga y tenía tratamientos muy dispares.

Índice

Una última oportunidad

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ruth M. Lerga
Créditos
Notas